ALAIN BESANÇON

BREVE TRATADO DE SOVIETOLOGIA

PROLOGO DE

Raymond Aron



Alain Besançon, nacido en París en 1932, es director de estudios en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, y enseña Historia de la cultura rusa. Entre sus obras publicadas figuran *Le Tsarévitch immolé* (1967); *Histoire et expérience du moi* (1971); *Éducation et société en Russie* (1974), y *Être russe au XIXe siècle* (1974).

Desde hace algunos años, soviéticos y occidentales se congratulan de la *distensión.* Algunos opinan que la vuelta a la *guerra fría* no está próxima. Pero estos términos no significan lo mismo para los occidentales que para los soviéticos. Para el Kremlin, se trata de dos tácticas, dos *líneas* políticas, de aplicación tanto en política interior (y se denominan entonces *Nep* y *comunismo de guerra),* como en política exterior: dos tácticas en una estrategia ofensiva, y la más conquistadora no es la que se piensa.

En la presente obra, Alain Besançon desmonta los equívocos y los paralogismos que hacen tan difícil de comprender la política de la U. R. S. S., incluso para los que le dedican su atención. El autor esboza una descripción de conjunto del fenómeno soviético. Ignorar éste o conocerle equivocadamente expone a peligros, desengaños o ridículos.

ALAIN BESANÇON

BREVE TRATADO DE SOVIETOLOGIA

Prólogo de RAYMOND ARON

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Título original:

Court traité de Soviétologie à l'usage des autorités civiles, militaires et religieuses

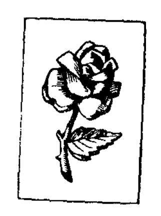
ISBN: 84-321-1925-3

Depósito legal: M. 38.442 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

TORDESILLAS, O. G. - Sierra de Monchique, 25 - Madrid-18

BREVE TRATADO DE SOVIETOLOGIA



LIBROS DE BOLSILLO RIALP

1. VICENTE MARRERO: *El Cristo de Unamuno.*
2. LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS: *Don Quijote y la Vida es Sueño.*
3. VINTILA HORIA: *La rebeldía de los escritores soviéticos.*
4. FEDERICO SOPEÑA: *Introducción a Mahler. Maestro y precursor de la música actual.*
5. FRANCISCO ANSÓN y FERNANDO DE LIÑÁN: *Teoría y técnica de la administración.* Prólogo de JOSÉ A. ESCALANTE.
6. WILLMOORE KENDALL, WLODZIMIERZ BACZKOWSKI, KARL A. WITTFOGEL y otros: *El oso y el dragón. Las relaciones entre Rusia y China.*
7. JORGE USCATESCU: *Hombres y realidades de nuestro tiempo.* Prólogo de VINTILA HORIA.
8. ANTONIO FONTÁN: *Los católicos en la Universidad española actual.*
9. ROBERTO SAUMELLS: *Fundamentos de Matemática y de Física.* (Segunda edición.)
10. VICENTE MARRERO: *Ortega, filósofo «mondain».*
11. RAFAEL GAMBRA: *Historia sencilla de la Filosofía.* (Décima edición.)
12. JOSEPH HÖFFNER: *Matrimonio y familia.* (Segunda edición.)
13. VÍCTOR GARCÍA HOZ: *La tarea profunda de educar.* (Segunda edición.)
14. FRANCISCO BERMEOSOLO: *El origen del periodismo amarillo.* Prólogo de PEDRO GÓMEZ APARICIO.
15. HENRY A. KISSINGER: *Armas nucleares y política internacional.* Prefacio de GORDON DEAN.
16. W. GROUSSOUW, A. DE WAELHENS y E. DE GREEFF: *Estudios sobre la angustia.*
17. JUAN ROGER: *Figuras de la literatura francesa contemporánea.*
18. WILLMOORE KENDALL, JOHN COURTNEY MURRAY, JAMES BURNHAM, KARL A. WITTFOGEL y GERHART NIEMEYER: *El Occidente ante el comunismo.*
19. JOSEPH HÖFFNER: *Problemas éticos de la época industrial.*
20. AMINTORE FANFANI: *Economía.* (Segunda edición.)
21. ALVARO D'ORS: *Una introducción al estudio del derecho.* (Tercera edición.)
22. CHARLES DE KONINCK: *El Universo vacío.*
23. JUAN BAUTISTA TORELLÓ: *Psicoanálisis y confesión.* (Segunda edición revisada.)
24. FLORENTINO PÉREZ-EMBID: *Paisajes de la tierra y del alma.*
25. RAFAEL BENÍTEZ CLAROS: *Visión de la literatura española.*
26. JOSÉ MARÍA PEMÁN: *De Madrid a Oviedo, pasando por las Azores.*

27. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1963. De «Azorín» a Zubiri.*

28. CLAUDE POPELIN: *Los toros desde la barrera.* (Segunda edición.)

29. C. F. VON WEIZSACKER, J. JUILFS: *La Física actual.*

30. CÉSAR ORTIZ-ECHAGÜE: *La arquitectura española actual.*

31. BOHDAN CHUDOBA: *Los tiempos antiguos y la venida de Cristo.*

32. EMILIO OROZCO DÍAZ: *El barroquismo de Velázquez.*

33. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1964. De Unamuno a D'Ors.*

34. D. J. B. HAWKINS: *Problemas cruciales de la filosofía moderna.*

35. JUAN JOSÉ LÓPEZ IBOR: *Rebeldes.* (Cuarta edición.)

36. RAFAEL ECHAIDE: *El origen de la forma en Arquitectura.*

37. SIDNEY Z. EHLER: *Historia de las relaciones entre Iglesia y Estado.*

38. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1965. De Ortega a Nicol.*

39. ANDRÉ PIETTRE: *Cartas a la juventud.*

40. WILHELM FREIHERR VON SCHOEN: *Alfonso X de Castilla.*

41. JOSÉ ORLANDIS: *La crisis de la Universidad en España.*

42. CORNELIO FABRO: *Introducción al Tomismo.*

43. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1966. De Marañón a López-Ibor.*

44. KAI HERMANN: *Los estudiantes en rebeldía.* Traducción y prólogo de ANTONIO MILLÁN PUELLES. (Segunda edición.)

45. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1967. De Castro a Millán Puelles.*

46. HILDEGARD HAMM - BRÜCHER: *La educación en el año 2000.*

47. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA: *Pensamiento español, 1968. De Amor Ruibal a Zaragüeta.*

48. ANDRÉ FROSSARD: *Dios existe. Yo me lo encontré.* Prólogo de JOSÉ MARÍA PEMÁN. Epílogo de JUAN JOSÉ LÓPEZ-IBOR. (Sexta edición.)

49. RAFAEL GÓMEZ PÉREZ: *Teología en la vida diaria.*

50. JOSÉ LUIS ILLANES: *Hablar de Dios.* (Segunda edición.)

51. VÍCTOR GARCÍA HOZ: *El nacimiento de la intimidad y otros estudios.*

52. ANGEL SANTOS RUIZ: *Vida y espíritu ante la ciencia de hoy.*

53. *Cristianos corrientes. Textos sobre el Opus Dei.* (Quinta edición.)

54. GEORGES COTTIER: *Regulación de la natalidad.*

55. JOSÉ LUIS SORIA: *Paternidad responsable.* (Segunda edición.)

56. SACHA GELLER: *La temperatura, guía de la mujer.*

57. Gonzalo Fernández de la Mora: *Pensamiento español, 1969. De Sanz del Río a Morente.*

58. José Manuel Cuenca: *La Iglesia española ante la revolución liberal.*

59. José Luis Comellas: *Historia de España moderna y contemporánea.* (Cuarta edición.)

60. Vicente Serrano: *Tierra de exilio.*

61. Juan Bautista Torelló: *Psicología abierta.* (Segunda edición.)

62. José María Pich: *El desafío de los hijos.*

63. José Manuel Cuenca: *Estudios sobre la Iglesia española del XIX.*

64. Eric Voegelin: *Ciencia, política y gnosticismo.*

65. Angel M.ª García Dorronsoro: *Charlas en la TV. II. Dios y la gente.* (Tercera edición.)

66. Juan José López-Ibor: *De la noche oscura a la angustia.*

67. Federico Sopeña: *Música y literatura.*

68. Angel M.ª García Dorronsoro: *Apuntes de esperanza. Charlas en la TV. III.* (Segunda edición.)

69. Josef Pieper: *Una teoría de la fiesta.*

70. Rafael Sánchez Mantero: *Liberales en el exilio.*

71. Jesús Urteaga - Manuel Aguado: *Siempre alegres para hacer felices a los demás.* (Novena edición.)

72. Cormac Burke: *Conciencia y libertad.*

73. Max Jacob: *Consejos a un joven poeta seguidos de consejos a un estudiante.*

74. Angel María García Dorronsoro: *Tiempo para crecer. Charlas en la TV. I.* (Cuarta edición.)

75. Rafael Gómez Pérez: *La minoría cristiana.*

76. Federico Sopeña: *Historia de la música española contemporánea.* (Segunda edición.)

77. Claudio Sánchez Albornoz: *Una ciudad de la España cristiana hace mil años.* (Sexta edición.)

78. Víctor García Hoz: *Familia, sexo, droga.*

79. Antonio Millán Puelles: *Universidad y sociedad.*

80. Jean Guitton: *El trabajo intelectual.*

81. Gustave Thibon: *Entre el amor y la muerte. Conversaciones con Christian Chabanis.*

82. Sergio Cotta: *El hombre tolemaico. (La crisis de la civilización tecnológica.)*

83. André Piettre: *Carta a los revolucionarios bien pensantes. (Acerca del precio y el desprecio de las formas.)*

84. Antonio Orozco Delclós: *La libertad en el pensamiento.*

85. André Frossard: *¿Hay otro mundo?*

86. Thierry Maulnier: *Diccionario de la terminología política contemporánea.*

87. Alain Besançon: *Breve tratado de sovietología.* Prólogo de Raymond Aron.

A mis amigos Emilio, Paz y Juan Miguel.

PROLOGO

El Breve Tratado de Sovietología *de mi amigo Alain Besançon sorprenderá quizás al lector. Y yo no me perdonaría el quitar a nadie el placer de la sorpresa. Voy a asumir el riesgo de que lo que escribo resulte, a fin de cuentas, más bien un epílogo que un prólogo; pero pienso comentar, no presentar, este texto denso, agresivo, escrito de un solo impulso, iluminado por una especie de alegría intelectual que acentúa el contraste entre la aridez del tema y la personalidad del autor.*

Después de la muerte de Stalin ha llegado a calar en la opinión occidental, o por lo menos en gran parte de ella, el convencimiento de que la Unión Soviética es un país "como los demás", que su régimen presenta puntos de si-

militud con los regímenes que aparecieron a lo largo de los siglos; desde luego, se trata de un sistema tiránico, que no tolera una oposición, que no tiene elecciones libres; pero más bien en línea con los antiguos despotismos, por lo menos en la línea de los asiáticos, si no de los europeos. Los más optimistas llegaron incluso a considerar la posibilidad de un determinado nivel de convergencia: ¿Por qué —pensaban algunos— no puede ocurrir que un capitalismo en vías de socialización y un socialismo liberalizado, a medida que avanzan en el tiempo y en dirección al horizonte histórico, aparezcan como meras variantes, cada vez más semejantes, de un mismo tipo de sociedad? Después de todo, los medios y las fuerzas de producción se hallan sometidos, en ambos lados, a un mismo pensamiento racional. ¿Acaso no se admite hoy, incluso desde las posiciones no marxistas, que el maquinismo y la organización tecnológica conforman al individuo que está a su servicio?

Desde otra burda interpretación del fenómeno marxista, no faltaron quienes llegaran a conclusiones aún más optimistas: los soviéticos corrieron el telón de acero sólo para ocultar los métodos a que inevitablemente hubieron de recurrir para superar su primitiva desventaja en el campo de la producción. El día en que lleguen a igualar, o incluso superar, a

los países capitalistas, el telón será levantado. Todos recobrarán la libertad, o por lo menos ciertas libertades, a partir del momento en que, de acuerdo con la frase de N. S. Jruchtchiov[1], *"cada uno pueda poner un poco de mantequilla en sus espinacas y comer en el almuerzo un buen gulash". Suponemos que los recientes testimonios de los disidentes Andriéi Sajárov y Alieksándr Solzhenitsin habrán propinado una buena sacudida a la fatua ecuanimidad de los que presumen de clarividentes "porque supieron liberarse de las bajas pasiones del vulgo".*

El hecho es que hoy nos hallamos ante una superpotencia que posee un cincuenta por ciento más de cohetes intercontinentales que Estados Unidos, pero en la que, sin embargo, el salario mensual mínimo es de sesenta rublos y el salario medio no supera los ciento diez (las cifras oficiales mencionan la cifra de ciento treinta). Según Sajárov, el poder adquisitivo del salario mínimo equivale al de treinta dólares; admitamos que lo doble y añadamos el valor de los servicios sociales, gratuitos o muy baratos: el nivel de vida así estimado sigue re-

---

1 Al transcribir palabras y nombres rusos no recurrimos a las formas convencionales de transposición, impuestas por las grandes diferencias fonéticas existentes entre la lengua rusa y el francés o el inglés. El valor fonético del alfabeto castellano permite, salvo algunas excepciones, dar una grafía muy aproximada de las voces rusas. *(N. del T.)*

sultando increíblemente bajo, en comparación con el que rige en los países de la Europa occidental (España incluida). En la URSS, una familia de cuatro personas que disponga de un apartamento de tres habitaciones, pertenece al sector más privilegiado, probablemente al de los mimados por el poder.

Este es el régimen que nos es propuesto como modelo, que pretende mostrar a la humanidad su vía de salvación; pero que, transcurrido medio siglo largo desde la revolución, tiene que seguir importando decenas de millones de toneladas de cereales y sigue prohibiendo a los simples ciudadanos que abandonen la patria del socialismo. En la frontera de la República Democrática Alemana, en el no man's land *que separa dos mundos, los perros policía patrullan las veinticuatro horas del día en acecho de algún traidor decidido a escoger la libertad. En la línea divisoria de las dos Alemanias, el muro de Berlín es una muestra tangible de la interpretación que los hombres del Kremlin y de Pankow dan a la coexistencia pacífica: ellos poseen la suprema verdad, pero se niegan al diálogo.*

¿Cuál es el rasgo fundamental que hace a la Unión Soviética distinta de los despotismos y tiranías de corte clásico? ¿En qué se basa la indestructible fidelidad de los verdaderos creyentes, su temor a los infieles, la señal infamante

e indeleble con que el marxismo-leninismo marca a quienes un día juraron y luego abjuraron? Hay una palabra que no da la respuesta, pero sí señala la línea de partida en su búsqueda: la ideología. *Los analistas políticos de Occidente no tuvieron hasta ahora en cuenta la ideología; pero Solzhenitsin primero, luego Alain Besançon en su* Breve tratado..., *cada uno a su manera, revelan que no es posible penetrar en el pensamiento y en la acción de Lenin, de Stalin, ni siquiera de Briejniev, si se descarta la doctrina (o el dogma, o la fe..., la palabra no importa) en nombre de la cual una secta marxista conquistó el poder y emprendió las tareas de reconstruir el mundo y construir el socialismo.*

Los bolcheviques dieron a las profecías de Marx una muy tosca interpretación: ruptura absoluta entre capitalismo y socialismo, absoluto rechazo de cualquier compromiso entre uno y otro, incluso de la posibilidad para el socialismo de realizarse mediante reformas; de ahí que pusieran sus esperanzas y su voluntad en una revolución que para ellos quedaba transfigurada en una especie de advenimiento de la verdad que condena sin posible recurso a la propiedad privada (en el más amplio sentido de la palabra) y a la economía de mercado, en tanto y en cuanto se trata de dos instituciones identificadas con el abominable capitalismo. Secta intransigente y pendenciera en el seno de

la socialdemocracia rusa, que constituía ella misma uno de los eslabones menos sólidos de la II Internacional, habituada y obligada a la vida clandestina, la facción bolchevique, y más aún su cabecilla, Lenin, se consideraba investida de la misión histórica que Marx había confiado a la clase proletaria, y la II Internacional a la socialdemocracia. Considerándose los únicos representantes auténticos de la socialdemocracia, que a su vez se creía la sola representación legítima del proletariado, los bolcheviques creyeron que su conquista del poder significaba el acceso al poder de toda la clase obrera (o, por mejor decir, del conglomerado clase obrera-campesinos). Transcurridos cincuenta y ocho años desde "los días que hicieron temblar al mundo", siguen pensando igual que cuando estaban en el destierro o en la emigración. El fanatismo de Lenin se ha convertido en la ortodoxia de un Imperio.

Pese a ciertas divergencias, más aparentes que reales, y en cualquier caso, de tono menor, el físico y el novelista venidos del frío coinciden con el sovietólogo francés en su forma de entender el fenómeno *soviético: el régimen es la obra de unos auténticos creyentes que se estrellaron y siguen estrellándose contra la resistencia insuperable de la naturaleza humana y social. El socialismo que soñaron no existe ni jamás existirá dentro de un futuro previsible.*

Pero los bolcheviques no renunciarán (por lo menos de momento) a su ideología; a pesar de los pesares, y de lo que opine Solzhenitsin, ni abandonarán sus ilusiones ni confesarán sus errores (incluso si Solzhenitsin está en lo cierto cuando dice: "Desde hace mucho tiempo ya nada se apoya en un impulso ideológico, sino en un cálculo del interés material y en el espíritu de obediencia").

En todas las épocas, los regímenes, o si se prefiere, los que mandan, los que ostentan el poder y los privilegiados, pretenden justificarse, invocar un principio de legitimidad. Es evidente que para el régimen soviético, su principio de legitimidad estriba en el marxismo-leninismo. Por gracia del marxismo-leninismo, la supremacía del partido (y dentro del partido, la de una casta oligárquica, y dentro de ésta, la de un determinado individuo) queda transfigurada en "un paso en el camino de la salvación de la humanidad". El partido no puede dejar de proclamarse "vanguardia del proletariado", porque si lo hiciese quedaría convertido en tirano colectivo, en un príncipe de muchas cabezas que sólo gobierna de acuerdo con su interés y talante. Pero el partido no quiere aparecer como un tirano: está convencido de que si conserva en sus manos un poder excluyente, este poder no se aparta del proletariado ni del socialismo. Aquellos miembros del partido que en el fuero

de su conciencia creen que el partido (o su oligarquía dirigente) actúa tiránicamente, incurren en un desviacionismo al que Alain Besançon denomina "cínico": desviacionismo de derechas, en el que las tácticas maquiavélicas, inevitables en toda guerra, se confunden con la filosofía del maquiavelismo.

Para no incurrir en esa desviación de derechas, no basta adjudicar al partido la tarea de hacer la revolución; el ser dueño absoluto del poder sólo se justifica con una misión más alta: la construcción del socialismo. ¿Y en qué consiste el socialismo? A esta pregunta posiblemente respondería Lenin de una forma y Briejniev de otra, a no ser que este último no tuviera nada que contestar. Pero en lo negativo, ambos estarían de acuerdo: repulsa de la propiedad privada sobre los medios de producción, repulsa de la "forma mercancía", es decir, de los intercambios comerciales, y en último extremo, de la moneda. Los bolcheviques ignoraban todo lo que es gestión de una economía moderna, pero, eso sí, estaban convencidos de que su primer deber de marxistas consistía en suprimir todas aquellas formas de organización contra las que el marxismo había pronunciado excomunión mayor. De ahí los encontronazos entre el partido (o el Estado partidista) y la sociedad civil. De ahí el ritmo alternativo de las fases de tensión seguidas por fases de relaja-

miento. A veces, el partido, o el Estado, llegan a los máximos extremos en el empleo de sus medios coercitivos para someter la sociedad civil a la ley de la ideología, y otras, permiten que los koljosianos cultiven su parcela de huerta o dejan que Solzhenitsin publique Un día en la vida de Ivan Dienisóvich.

En el umbral del año 1976, los dirigentes y los pueblos de la Europa del este parecen temer el comienzo de una fase de tensión, la reanudación de la lucha contra "los residuos del capitalismo" y contra "el regreso violento de las clases condenadas por la historia". Esta fase se parecería muy poco al "comunismo de guerra" que Lenin y sus compañeros impusieron. Nadie sueña hoy en el Kremlin con expediciones militares para despojar a los campesinos de su trigo, o con abolir la moneda. Los gerentes de las empresas estatales aceptan la "forma mercancía", aunque tome la de artículo del mercado negro. Expresándolo de otro modo, podríamos decir que, soterrada bajo los ciclos de tensión y de apaciguamiento, se esconde una orientación definida: los bolcheviques son los mismos ideólogos que fueron, pero se han resignado a transigir con la rebelde realidad. Se equivocaba el sociólogo que allá por los años treinta publicaba The great Retreat, *un libro sobre la Unión Soviética; su optimismo era por lo menos prematuro, puesto que no tenía en*

cuenta que cada retirada había sido precedida por una enérgica ofensiva. Sin embargo, los fracasos cosechados en aquellos movimientos ofensivos fueron dejando su huella en el espíritu de los dirigentes. Hoy, ninguno de ellos escribiría El Estado y la Revolución.

Bien es verdad que las amargas enseñanzas deducibles del comunismo de guerra no evitaron años después los excesos de la colectivización agraria. A raíz de su toma del poder, en un clima de guerra civil, los bolcheviques intentaron un reparto de bienes por la vía de autoridad, reduciendo al mínimo los intercambios. Ocho años después de ese primer fracaso, y de la correspondiente retirada que provocó, Stalin pensó que conseguiría, con su plan de colectivización, reducir el poder adquisitivo de los kulaks[2]*, que se conseguiría elevar el monto de las partes tomadas de la producción agrícola en beneficio de las ciudades, y que, al tiempo, sería eliminada en el campo la discriminación entre pobres y ricos, entre los que nada poseían y los que poseían algo. El resultado fue una guerra entre el Estado y los campesinos; naturalmente, éstos resultaron vencidos, sin que con eso queramos decir que el vencedor, el Estado.*

---

2 Los "kulaks" eran pequeños propietarios a los que la *Nep* de Lenin permitía explotar sus tierras por cuenta propia. *(N. del T.)*

lograse alcanzar sus objetivos económicos y políticos.

Cada nueva fase, sea Comunismo de guerra *o* Nep [3], *presenta sus características propias. En el orden económico, desde el "primer paso adelante", cuyo rasgo destacado fue la sustitución de la moneda por las bayonetas como medio adquisitivo, hasta el tercero, que se produjo en 1945, inmediatamente después de la victoria en la Segunda Guerra Mundial, y que se significó por la reorganización de los koljoses y el mantenimiento de la subordinación del Sector II (consumo) al Sector I (inversiones), el historiador recibe la impresión de un acercamiento entre la ideología y la realidad, de que los dirigentes van aprendiendo los mecanismos de la economía, sin lograr superar, desde luego, sus bloqueos mentales, hasta el momento invulnerables. Los hombres del Kremlin no ignoran por qué medios podrían mejorar el rendimiento de la agricultura, pero siguen prefiriendo la lógica de su ideología a la de la productividad. A eso, los occidentales dan erróneamente el nombre de "irracionalidad", como*

---

[3] NEP: Abreviatura de *Novaya Ekononiiicheskaia Politika,* Nueva Política Económica. Movimiento de liberalización en el campo de la economía, decidido por Lenin a raíz de la plaga de hambre que asoló el país en los primeros años de la década de los veinte, como consecuencia de las tácticas progresivas del "comunismo de guerra" impuestas a los campesinos. *(N. del T.)*

si los actos contradictorios de los hombres no tuvieran cada uno su propia lógica subjetiva.

Al igual que en la Unión Soviética no se repetirá, en forma idéntica, el comunismo de guerra o la colectivización agraria, tampoco es de esperar que se reincida en las grandes purgas de 1937-38 y en el rito de la "confesión" de los acusados. El terror y los campos de internamiento en masa surgieron en la época de ascensión del leninismo al poder. La violencia verbal con que Lenin, militante y jefe de la facción bolchevique, acusaba de traición a cualquiera de sus camaradas que no interpretase como él uno u otro artículo del dogma, se transmutó, cuando Lenin estuvo ya en el poder, en violencia efectiva. Los "traidores" fueron excluidos, no ya del partido, sino de la sociedad. Pese a que los bolcheviques se identificaban a sí mismos, y eran sinceros al hacerlo, con toda la coalición obrero-campesina, no dejaban de ser una secta que se enfrentaba con la hostilidad de toda la masa popular. La exclusión de los traidores y la persecución de los enemigos de la secta se convirtió en el cuento de nunca acabar. Durante su destierro en Zurich, el Lenin intérprete de la verdad histórica hizo de la ironía su arma de combate. Detentador de la espada del poder y de la balanza de la justicia, recurrió a la convincente dialéctica del terror. Sin embargo, no debemos negar a Stalin la parte que le

corresponde: la gran purga, la destrucción del partido leninista para levantar sobre los escombros un partido auténticamente staliniano.

¿Se trata de un pasado que no ha de volver? Antes de formular suposiciones excesivamente optimistas, tengamos en cuenta los estrechos límites de la presente liberalización: se calcula que el número de los alojados en los campos de internamiento oscila entre el millón y el millón y medio, en tanto que de cinco a diez mil disidentes se hallan sometidos a tratamiento en los asilos psiquiátricos. Comparada con la época de las grandes purgas, o con los últimos años de Stalin, en la fase actual se observa sin duda un cierto grado de distensión (aunque hayan aparecido ciertos signos de retroceso con respecto a los felices años de Jruchtchiov). Pero no deduzcamos de esto que los bolcheviques hayan concertado la paz con la sociedad y con la naturaleza humana. Un día cualquiera pueden reemprender el asalto de las ciudadelas improvisadas en las que buscan refugio intelectuales y obreros cuando ruge la tormenta ideológica y terrorista. Sin embargo, me parece difícil que de la actual oligarquía envejecida surja una personalidad fuera de serie, un idealista o un cínico, a quien la ambición o el odio lleven a emular las hazañas leninistas o stalinistas.

Ideocrático o logocrático, el régimen soviético comparte con los despotismos del pasado un

rasgo característico: su aparente inmutabilidad. En las sociedades que viven bajo el signo del autoritarismo, el tiempo no discurre al mismo ritmo que en las democracias, cuya conmoción permanente produce la impresión, muchas veces errónea, de rapidez en los cambios. El inmovilismo, el esfuerzo sin fisuras ni distracciones por mantener al individuo y a la sociedad sometidos a la voluntad del partido; la negativa de los dirigentes a verse tales como son y a reconocer que su obra es lo que es; el despotismo que ha levantado un Imperio, pero no ha construido el socialismo... Todo esto hace que los occidentales, cuando se enfrentan con el fenómeno soviético, sientan que no se trata de un régimen político "como los demás". Ante ellos se levanta la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (que no es precisamente aquella "vieja Rusia" en la que el general De Gaulle fingía creer): una estructura industrial que ha alcanzado altas cotas de producción, una potencia militar de primer orden, ambas revestidas por una secta que pretende (o cree) estar dedicada a la construcción del socialismo... Y como telón de fondo, un país en muchos aspectos todavía primitivo. La ideología es el único medio de colmar el bache que separa sus interpretaciones milenaristas de la realidad prosaica.

En un pasaje, con frecuencia citado, de la Carta a los dirigentes de la Unión Soviética,

Solzhenitsin dice: "La mentira generalizada, impuesta, obligatoria, es el aspecto más horrendo de la vida de las gentes en nuestro país. Es una desgracia peor que todos los infortunios materiales, peor que la absoluta carencia de libertades cívicas". Quizá conviniese, a riesgo de parecer pedante, seguir los pasos de Alain Besançon y trazar el esquema de una tipología de las *mentiras. En el sentido más propio y riguroso del verbo,* miente *todo aquel que a sabiendas dice lo contrario de la verdad: los viejos compañeros de Lenin mentían ante sus jueces, en la época de las grandes purgas, cuando confesaban crímenes que no habían cometido; mentía la propaganda soviética cuando cantaba la felicidad de las poblaciones campesinas durante la campaña de colectivización agraria, y mintieron los que decían que Trotsky era un agente de la Gestapo, y Tujachevski, también.*

Por el contrario, no se puede decir con toda seguridad que mientan los bolcheviques de allá, y los comunistas de acá, cuando afirman que la Unión Soviética es un régimen "socialista". Todo depende de lo que se entienda por socialismo: si el socialismo implica libertad del individuo e igualdad en la retribución del trabajo, los bolcheviques y los comunistas mienten. Si admitieran que la realidad soviética está lejos todavía de lo que será el socialismo del futuro, acorde con sus propias esencias, entonces men-

tirían menos: se limitarían a sustituir la realidad por lo que Alain Besançon llama "la superrealidad", por el sentido que dan a lo real en función de un porvenir que imaginan acorde con la ideología. Pero, en cualquier caso, el sovietismo significaría, *según ellos, una etapa en la vía que conduce al socialismo, es decir, a la salvación para la humanidad entera.*

¿Acaso es refutable dicha interpretación (dando a esta palabra el sentido de "descubrimiento de un significado")? Parece tratarse de un juicio plausible, si no científico, sobre el lazo de conexión entre propiedad colectiva y planificación, de un lado, y los valores humanos del socialismo, del otro. La crítica capitalista ha difundido en los medios intelectuales de Occidente un prejuicio según el cual las virtudes morales que los marxistas han descubierto en la propiedad colectiva y en la planificación se fundan única y exclusivamente en el hecho de que sus contrarias, la propiedad privada y la economía de mercados, estén manchadas de capitalismo, que en sí es un horrendo pecado. La experiencia histórica parece más bien venir a demostrar que entre las modalidades económicas soviéticas y los ideales del socialismo, en vez de establecerse un lazo de conexión, se está planteando una situación de incompatibilidad. Mas, por desgracia, parece que sólo los escépticos y los racionalis-

tas, puestos a elegir entre la experiencia y la fe, se quedan con la primera.

Me vienen a la memoria las palabras que en ocasión de cierto congreso pronunció el presidente del Consejo de Ministros de la IV República: "Se nos achaca que nuestra política ha fracasado. ¿Acaso es razón suficiente para renunciar a ella?". Los bolcheviques llevan más de medio siglo esgrimiendo el mismo argumento. Pero con una diferencia: Guy Mollet despertó la hilaridad general; en cambio, de Stalin nadie se reía, ni de Jruchtchiov, y hoy nadie se ríe de Briejniev. Desde el punto de vista de sus objetivos ideológicos, los soviéticos sólo han cosechado fracasos. Quizá el número de sus divisiones y de sus cohetes intercontinentales contrapesen su fracaso. Por lo menos, evitan que nadie se ría.

RAYMOND ARON

BREVE TRATADO DE SOVIETOLOGIA

Todo lo que puede haber de sólido en los análisis expuestos en este libro es producto de un intercambio de ideas entre amigos. Sé cuánto debo a mis muchas conversaciones con Kostas Papaioanu y con Annie Kriegel. El público se dará cuenta de que en mi libro aparecen, distribuidos en orden distinto, elementos procedentes de las grandes obras que debemos a la pluma de Annie Kriegel. De Raymond Aron he aprendido cómo debe ser una argumentación política. De las tesis defendidas en este breve tratado, yo me hago único responsable.

1 de noviembre-2 de diciembre, 1975

A. B.

Creer en lo increíble

Llegar a conocer la URSS exige una dedicación constante, y no precisamente porque en el régimen los cambios fundamentales sean frecuentes. Muy por el contrario, su extraordinaria inmovilidad es una de las razones que nos hacen difícil muchas veces comprenderlo, porque creemos normal que un régimen y un país sigan, con más o menos retraso, el ritmo histórico de los demás regímenes y países. El problema del experto en asuntos soviéticos no estriba, como pasa en otros campos de la investigación, en poner al día los propios conocimientos. La gran dificultad está en que hay que acostumbrarse a tomar por verdadero lo

que todo el mundo consideraría inverosímil, a creer lo increíble. Hace veinte años, pocos eran los expertos capaces de tomar en serio los datos realmente absurdos que proporcionaba la información objetiva. ¿Quién hubiera sido capaz de admitir, sin considerarlo una locura, la cifra de sesenta millones de muertos, que Solzhenitsin nos da hoy sin escandalizarse? ¿Quién no recibiría hoy con un encogimiento de hombros las evaluaciones formuladas por Sajárov sobre los ingresos medios y el salario mínimo en 1975: 3.300 y 1.800 pesetas al mes (55 y 30 dólares)? El gran problema nos lo plantea nuestra incapacidad de situarnos mentalmente dentro de un universo cuyas coordenadas son distintas a las del nuestro. La sensación de verse trasladado al otro lado del espejo no es agradable, y a la larga resulta psicológicamente insoportable. Llega para el observador un momento en el que ya no se le escapa este o aquel detalle, sino la visión global del conjunto. Sólo mediante un continuado esfuerzo de mentalización es posible llegar a captar en su integridad los "fenómenos URSS y comunismo". Si el esfuerzo se relaja, desaparece la capacidad de comprensión, y lo hace de golpe y totalmente. Es lo que en los últimos diez años ha ocurrido en los países que se habían propuesto conocer la URSS y que tal vez lo habían conseguido: el esfuerzo prolongado, el

tener fija la atención en un objeto tan ingrato e inmóvil, fatigó a los expertos, que al fin decidieron volver la vista hacia paisajes más amenos y variados. La opinión pública, a la par que la prensa, se han movido desde entonces faltas del contrapeso que las equilibrara, y los dirigentes se han dejado arrastrar por una y otra. De este modo, con el transcurso del tiempo ha ido surgiendo una versión *vulgata* del fenómeno soviético, de texto poco riguroso, sin que, por otra parte, sobreviniera una de aquellas situaciones de crisis que obligan a revisar todas las ideas preconcebidas; porque, en tales materias, sólo el urgente imperativo de una amenaza inmediata logra que los hombres despabilen su atención.

La inquietud

Desde hace algún tiempo permanecemos recostados en la muelle almohada de la "distensión", sin que ningún apremio nos obligue a precisar nuestros conceptos. No deseamos que nada venga a perturbar nuestro sosiego; ni siquiera las voces (bien resonantes, por cierto), de los disidentes soviéticos. Aceptamos que sus libros consigan un éxito literario, pero no que-

remos, aun cuando su autor se llame Solzhenitsin, que influyan en las corrientes de opinión y alteren la serenidad de nuestros dirigentes. Hemos acabado por sentirnos a gusto en las vaguedades del análisis teórico, a reserva de mostrarnos prudentes ante cualquier toma de posición demasiado comprometedora, y "realistas" —según nuestra propia opinión— frente a los beneficios tangibles del tráfico comercial Este-Oeste.

Pero últimamente —por lo menos desde comienzos de 1975— parece que nuestro reposo pudiera no continuar siendo tan apacible. Los disidentes, por un lado, el gobierno chino, por otro, no cesan de avisar cuánto hay de "ilusión" en el "apaciguamiento". Los chinos no desaprovechan una sola ocasión para advertir a los europeos de la amenaza militar que gravita, según su opinión, más sobre Europa que sobre China; nos urgen a que precipitemos la unificación, primero militar y luego política, de Europa. En eso los chinos nos están resultando, con mucha demora, desde luego, fieles seguidores de John Foster Dulles. Pese a todas las declaraciones tranquilizadoras del gobierno soviético, hoy resulta ya imposible cerrar los ojos ante la evidencia de sus empresas subversivas o de espionaje, admitir que no tuvieron arte ni parte en los desastres de Vietnam, en las

tensiones de Oriente Medio (incluyendo en ellas la guerra del Kipur) o en los intentos subversivos del comunismo portugués. Existen motivos para preguntarse si la "distensión" es algo más que una hipócrita tramoya, una nube de mentiras tras la que los soviéticos ocultan sus planes agresivos. Los chinos y los disidentes andan repitiéndolo una y otra vez. Pero, a nuestro entender, ni siquiera esto resulta claro en la política de la URSS.

Los dirigentes soviéticos, en efecto, de modo declarado a partir del pasado verano[4], renunciaban a un doble juego que llevaba todas las trazas de resultarles muy provechoso y comenzaban a soltar algunas insolencias de efecto calculado, a dosificar sus desaires y a propiciar que *Pravda* volviese de vez en cuando a los artículos "duros", "ideológicos", "revolucionarios"... Se acabaron los calurosos apretones de manos, las bromas con los fotógrafos, las sonrisas en las pantallas grandes y pequeñas; sus personajes vuelven a mostrarse severos, fríos y gruñones. Los interrogantes acuden en tropel a las mentes occidentales: ¿Ya no les interesa la "distensión"? ¿En el Kremlin se impusieron los "halcones"? ¿Piensan volver a la guerra fría? ¿El camarada Briejniev está con las pa-

---

[4] Alain Besançon escribía este libro a finales de 1975.

lomas o con los halcones? ¿No convendría prestar franco apoyo a los "blandos" en su pugilato contra los "duros", a los "pragmáticos" contra los "dogmáticos"? ¿Acaso no es éste el momento de atraerlos con el cebo de un trato económico más favorable, de que así se llegue a establecer con los soviéticos lazos permanentes, de enviarles en forma masiva el trigo que necesitan, e incluso tecnología, puesto que tecnología es lo que piden? Porque, en efecto, los soviéticos exigen trigo y tecnología, y para poder adquirir el uno y la otra, piden también créditos a largo plazo y a los mínimos tipos de interés. Pero, entre tanto, siguen hablando de lucha de clases, de dictadura del proletariado, de control ideológico. Entonces, ¿qué es lo que realmente ocurre? ¿Cómo es posible acumular una deuda que, para el conjunto del COMECON, sobrepasa los diecisiete mil millones de dólares, y a la vez abrir una tumba delante del capitalismo monopolista de Estado? Si los dirigentes soviéticos pensaran de verdad en expropiar maquiavélicamente a sus acreedores, ¿acaso no procurarían tenérselo bien callado y evitarían mencionar en público la palabra "expropiación"?

Resulta imposible dar una visión de conjunto del comunismo soviético en unas pocas páginas. Pero sí es factible trazar un esquema de la política exterior soviética que no esté en con-

tradicción con lo que creemos saber del comunismo. En mi concisa exposición me voy a limitar a un solo punto: a la interrelación entre las presentes necesidades de la política interior de los soviéticos y su política exterior.

I

Los dos modelos

Existen dos modelos generales de política soviética, y solamente dos. Dado que ambos quedaron diseñados en los primeros años del régimen, les daré los nombres que entonces recibieron: *comunismo de guerra,* y *Nep.* Entiendo por *comunismo de guerra* la lucha del partido comunista por conseguir que la sociedad civil se integre en el marco predeterminado por la ideología. Al asumir el poder, en 1917, los bolcheviques tenían ideas muy definidas referentes a la forma en que creían se configuraría espontáneamente la sociedad en cuanto el poder "burgués" quedara sustituido por un poder "proletario", representado por el partido

bolchevique. Pero las cosas no ocurrían de la forma esperada. Los grupos sociales, los individuos, los fenómenos económicos, tomaron un rumbo totalmente diverso al previsto. El comunismo de guerra fue una táctica de fuerza con la que se pretendió que los hechos y los hombres penetraran en la esfera en que el partido pensaba y se movía.

Con la palabra *Nep* me refiero al repliegue del poder ideológico y a un cierto grado de libertad consentido a la sociedad en busca de las formas de organización que ésta desea. La *Nep (véase nota 3, pág. 23)* es una consecuencia del fracaso en el *comunismo de guerra.* Los hombres que están en el poder se dan cuenta de que, a medida que extienden su violento control sobre la sociedad civil, ésta perece, en tanto que las instituciones que debían susituir a las viejas murieron antes de nacer. Los bolcheviques reconocen que, de obstinarse en tal dirección, corren el riesgo de acabar con su propio poder, porque éste se va debilitando al ritmo en que su esfera de acción se va extendiendo hasta englobar a todos los hombres y a todos los problemas del inmenso país.

Vista desde este punto de mira, la interrelación poder-sociedad civil se podría comparar con el vínculo que une al parásito con el organismo en el que se aloja. Si éste muere, el pa-

rásito compartirá su suerte un poco más tarde. A veces se establece una especie de convenio simbiótico entre uno y otro: el parásito renuncia a invadir la totalidad del organismo, y el involuntario anfitrión llega a habituarse a la presencia del intruso y a conllevar la molestia o la enfermedad. En los sesenta años transcurridos desde la Revolución de Octubre no se ha llegado a un tal estado de equilibrio; más bien se observa un movimiento oscilatorio de gran amplitud, en el cual a veces la sociedad civil parece al borde del aniquilamiento, y otras, el poder, a punto de ser eliminado o absorbido.

Nadie piense que ignoro los riesgos metodológicos en que incurre quien designa dos modelos, dos arquetipos políticos, con nombres que se refieren a situaciones históricas singulares y no repetibles. Pero se da el caso de que en el vocabulario soviético, del que en mi exposición voy a procurar no apartarme, aquellos nombres se aplican también a dos *líneas* políticas, que fueron llevadas a la práctica en los primeros años del régimen, y que en mi opinión volverían a informar las tácticas de gobierno en épocas ulteriores. Los dos modelos propuestos, puesto que se trata de modelos, no los encontramos en la realidad histórica en estado de pureza. Aquí serán utilizados como meros instrumentos para el análisis de situaciones históricas concretas. Tómese nota de

que cuando utilizo las expresiones *Comunismo de guerra* y *Nep,* y más adelante *Distensión* y *Guerra fría* lo hago en su sentido de entes de razón convencionales y abstractos.

Comunismo de guerra I

La primera fase de comunismo de guerra, aquella que precisamente dio origen a la expresión, es la que transcurre desde 1917 a 1921. La ofensiva debeladora contra todas las clases sociales fue tan brutal, que a punto estuvo de que el hambre y la enfermedad, llegadas al extremo de provocar un estado de *shock* colectivo, dieran al traste con la sociedad entera.

Nep I

En 1921, contra la opinión de Trotsky y de "la izquierda", que se mostraban partidarios de continuar el experimento aun a riesgo de llegar a la quiebra del poder, el partido bolchevique decidió emprender una retirada táctica. A la sazón, el partido controlaba el Estado, las ciudades, la clase obrera y la *intelliguentsiya*[5];

[5] El autor utiliza la palabra rusa. *(N. del T.)*

los dirigentes decidieron renunciar temporalmente a su influencia sobre los campesinos. Las gentes del campo, que constituían la inmensa mayoría de la población, fueron en cierto modo confinadas en un compartimiento aparte, donde gozaban de cierta autonomía, dentro de unos límites de libertad prefijados. Los campesinos podían plantar, cultivar, recoger y vender a su gusto lo cosechado. Así, los campesinos pudieron hacer vivir el país, y salvar, a fin de cuentas, el régimen soviético, el cual, quede bien entendido, por encima de su momentánea retracción, seguía bien aferrado a sus ambiciones utópicas. El partido aprovechó la tregua para consolidar su posición, recomponer sus cuadros directivos, proseguir la educación ideológica de la base, reforzar la disciplina interna y perfeccionar la obediencia de los grupos sociales que tenía directamente sometidos a su férula.

Sin embargo, la presencia de una esfera de autonomía podía a la larga resultar peligrosa. Un hecho de tal naturaleza estaba en contradicción con lo que la doctrina tenía previsto e introducía en el contexto ideológico una incoherencia desastrosa. Recurriendo de nuevo a un símil de la biología, diremos que el poder ideológico no guarda semejanza con la triquina, que se nutre de los tejidos que la rodean, pero no los transforma. La acción ideológica es más

bien comparable a las células cancerosas, que programan las células sanas de su entorno según el propio código de reproducción patológica, de modo que aquéllas acaban por convertirse a su vez en cancerosas; el cáncer propende a transformar todo el organismo en un cáncer generalizado bajo el patrón del cáncer inicial. Si el proceso quedara interrumpido, el foco maligno podría experimentar una regresión y ser eliminado por una afluencia de células jóvenes no patológicas.

Esta comparación es acertada en tanto y cuanto la ideología lleva dentro de sí un plan de reorganización total del mundo, que dimana de su conocimiento infalible de las leyes que lo configuran y prevén su evolución. El partido está constituido por el bloque de aquellos hombres que, poseedores de la ideología, se proyectan hacia la nueva realidad que ésta promete. Si los círculos del poder permitieran que la realidad antigua superviviera, ésta desmentiría, con su propia presencia, la efectividad de la superrealidad ideológica y le haría correr el riesgo de verse, de sopetón, volatilizada en la nada. La reconstrucción de una sociedad civil, es decir, la reaparición de grupos sociales allí donde el todopoderoso partido debiera operar en una nube de inermes átomos sociales, llegaría a causar grave daño a la unidad del propio partido: el pluralismo social acabaría por re-

flejarse en su estructura interna, escindida en tendencias más o menos comprometidas con los intereses concretos de tal o cual sector de la población.

COMUNISMO DE GUERRA II

Los argumentos anteriormente expuestos fueron los que, a finales de la década de los años veinte, determinaron una nueva ofensiva por la que el partido intentó poner bajo su control a la totalidad de la población. En el aspecto político estaba en condiciones de hacerlo, puesto que no había adversario al que dominar. El partido pudo, pues, salir de la espantosa crisis de la colectivización sin grave menoscabo político. Aquella crisis provocó un hambre mortífera, la ruina definitiva de la agricultura soviética y la instauración de un régimen permanente de terror. Fue una catástrofe nacional, pero no una catástrofe política; dicho de otro modo: un desastre para la realidad, pero no para la superrealidad.

Así fue como el régimen entró en su segunda fase de comunismo de guerra. Stalin, sabedor de lo que hacía, recurrió a los métodos puestos a prueba en la anterior fase de ofensiva. Pero, al igual de lo que entonces ocurriera, tampoco

Stalin logró poner en pie instituciones viables. Los koljoses, en vez de ser las cooperativas agrícolas que se pretendía, aparecen como grandes centros explotadores del trabajo servil; no hay verdadera planificación (salvo en la mente de los occidentales), sino una pura y simple economía de guerra, capaz de atiborrar los arsenales, mientras todo lo demás yace en un lamentable abandono; en cuanto a lo que de verdad es economía, nada de nada, porque no llega a crearse un sistema que se autorregule, porque donde no existe ni un atisbo de control contable, resultan imposibles los cálculos y previsiones económicas más elementales.

Esta era la lamentable situación en que se hallaba la URSS cuando hubo de ir a la guerra. Millones de personas habían muerto de hambre, o víctimas de las grandes purgas, o se encontraban en los campos de concentración. Los cuadros militares habían sido diezmados. El propio partido había sido casi totalmente renovado, porque Stalin quiso un partido nuevo, totalmente entregado a su devoción. El viejo partido fue aniquilado, pese a que su entrega al jefe era casi total; pero a éste le sobraba el "casi". En la guerra, llegaron las inevitables derrotas iniciales, y éstas impusieron la necesidad de una nueva *Nep.*

NEP II

En relación con su primera homónima, esta *Nep* presenta notables diferencias. No puede decirse que el control material sobre la población quedase suavizado, sino todo lo contrario. Pero hubo una cierta relajación en el control espiritual. Más concretamente: se produjo un retroceso en el campo ideológico, dando entrada a tendencias que le eran extrañas por naturaleza, pero con las que la crítica situación aconsejaba establecer un pacto de conveniencia: el nacionalismo (el nacionalismo gran ruso) y el sentimiento religioso (sobre todo, el de la Iglesia ortodoxa moscovita). Durante la guerra, el pueblo soviético tuvo la impresión, que luego se revelaría ilusoria, de estar viviendo bajo una tiranía de corte clásico, es decir, en condiciones mucho más tolerables que las de la locura superrealista de los años treinta. El pueblo vio en Stalin una especie de zar singularmente cruel, pero que la supervivencia nacional hacía imprescindible. La gente se mostraba dispuesta a soportar la vigilancia del partido y de la policía, satisfecha de que ya no la obligasen a tomar demasiado en serio las monsergas ideológicas, de que la dejaran vivir de acuerdo con las pasiones humanas y tradi-

cionales del nacionalismo patriótico y religioso, y le permitieran gustar los placeres guerreros del valor y del saqueo. Los hombres de Estado occidentales (Churchill, Roosevelt y De Gaulle) que en aquel momento hicieron el descubrimiento de la Unión Soviética coincidieron en este punto de vista. A sus ojos, el comunismo aparecía como un revestimiento superficial, bajo el que alentaba el viejo Imperio ruso, que resurgía de sus cenizas, tiránico y expansionista.

Pero un régimen ideológico no se puede convertir en régimen de tiranía, so pena de perder su propia razón de ser, que no es otra sino imponer por la fuerza el mito superrealista, pero de modo que todos acepten de buen grado la realidad de tal mito por encima de la propia realidad. Con esto quiero decir que no se trata de conseguir de la población, por la fuerza o con amenazas, su colaboración en el esfuerzo de "ir" hacia el "socialismo", ni su asentimiento en cuanto a las excelencias del ideal socialista en curso de realización. Es necesario lograr que la gente acepte que el socialismo "ya" está instaurado, que muestre su entusiasmo, no por un programa de futuro, sino por una realización presente, por un resultado que se supone ya conseguido. Porque el mito ideológico no se presenta como un ideal que se persigue, sino como una verdad científica; y puesto que la au-

tenticidad de una ley científica se comprueba por el método experimental, puesto que *a priori* hemos decidido que la ley era rigurosamente exacta, será necesario que los resultados del experimento estén de acuerdo con ella y aporten la verificación de su certeza.

Tomemos, por ejemplo, un koljós. A los ojos de cualquier visitante no prevenido aparece como una explotación agrícola trabajada por una mano de obra servil dirigida desde lejanos centros burocráticos y vigilada por un riguroso sistema represivo. Los siervos reciben para su sustento una parte ínfima de lo que cultivan por orden y decisión ajena; porque son otros los que deciden lo que hay que sembrar, cómo hay que laborarlo y cuándo hay que recogerlo. La empresa agrícola de tipo plantación tiene sus antecedentes históricos: hubo plantaciones en Roma, en el Brasil colonial y en la Virginia sudista... Y en Rusia, desde el siglo XVI a 1861. Pero se concibe que un régimen ideológico, y cuya ideología es socialista, tal como ésta se entendía en la Europa occidental del siglo XIX, no quiera reconocer que un koljós sea lo que verdaderamente es. Esto dejaría malparado su principio de legitimidad. El régimen no puede tampoco conformarse con una pasividad benevolente, ni siquiera con la buena voluntad de los koljosianos. Imaginemos que éstos, que durante la guerra trabajaron con

entusiasmo, hubieran hecho a sus amos la siguiente proposición: "Somos siervos, pero patriotas. Ahora queremos ayudaros, y trabajamos con tesón, casi como lo haríamos si nos sintiéramos libres en una cooperativa agrícola. Toleramos la tiranía y estamos dispuestos a declararnos partidarios del socialismo, puesto que deseamos que se establezca un régimen que enarbole la bandera del derecho de asociación de los trabajadores en régimen de cooperativa libremente consentida."

Como bien se comprende, una propuesta de tal naturaleza nunca se hubiera podido formular, ni siquiera concebir. En cualquier caso, un régimen que se dice socialista, no en potencia, sino en presencia, no la hubiera podido aceptar. Exige la adhesión de los koljosianos, no en su condición real de siervos, sino de imaginarios cooperadores agrícolas; no de gentes que se hayan resignado a su situación en la realidad, sino que se entusiasman con lo irreal; que no confíen en el futuro, sino que se complazcan en el presente.

Comunismo de guerra III

Esto hizo que después de la guerra se volviese a insistir en el factor ideológico, sin que

eso quiera decir que hubiera el mínimo alivio en las medidas coercitivas que la guerra había impuesto. La ideología volvió a invadir el ámbito espiritual. La segunda fase de comunismo de guerra tiene un nombre: Yéjov. El hombre de la tercera será Zhdánov.

Este tercer comunismo de guerra produce, una vez más, las habituales lamentables consecuencias. Inmensas multitudes emprenden de nuevo el camino de la prisión, y la economía (o para no utilizar impropiamente este término: la producción) se va al garete. El embrutecimiento general, la servidumbre del pensamiento, llegaron incluso a afectar a la industria de guerra y a las otras fuentes materiales del poderío soviético. Por lo demás, razones circunstanciales, originadas por un declive en la lucidez mental de Stalin, hicieron que este comunismo de guerra no pudiera evitar cierto deterioro en la dirección suprema del régimen, que en cierto modo tomó los rumbos de una tiranía de corte clásico.

Aristóteles define la tiranía como el régimen en el que un solo individuo gobierna en su interés particular, y la oligarquía, como aquel en que lo hace un grupo elitista en defensa del mismo interés. De acuerdo con Aristóteles, el régimen soviético no es tiránico ni oligárquico. Los soviéticos gobiernan en defensa de una ficticia realidad que la ideología da por exis-

tente; el interés de esa supuesta realidad no tiene forzosamente que coincidir con el del partido o con el de su jefe. En 1937, Stalin exterminó el partido, y entonces no le movía únicamente su interés personal, sino también el del mito ideológico, y esto hizo que lograse la aprobación de aquellos a cuya destrucción se disponía. Pero en los últimos tiempos, a Stalin le dio por gobernar a su capricho, muchas veces al margen de la rigurosa coherencia de la ideología. Tenía sus favoritos, sus criaturas. Iba adquiriendo los rasgos de un gran malhechor, mientras se esfumaba su vieja personalidad de ideólogo. Se trataba, si bien se mira, de un progreso moral, de un acercamiento a la normal condición del hombre, que despertaba en su pueblo sentimientos de ternura y amor, en tanto y por cuanto es menos malo vivir bajo el crimen que bajo la locura. Pero la conducta política del viejo tirano fue haciéndose más y más caprichosa e imprevisible; hasta el punto de llevar el régimen soviético hasta el mismo borde del abismo. Hay que preguntarse si, de haber sobrevivido Stalin algunos años, el régimen soviético no se hubiera desplomado.

Nep III

Stalin muere en 1953, e inmediatamente el partido decide iniciar una tercera fase *Nep*. En la Unión Soviética las cosas habían llegado a tal extremo, que ese tercer período de distensión tenía forzosamente que ser largo, si es que de verdad se pretendía ponerles remedio. De acuerdo con los datos que maneja Solzhenitsin, el número de los que habían perecido de muerte no natural, desde 1917, andaba por los sesenta millones de víctimas, y en la medida en que se van filtrando otros informes, esta monstruosa cifra va pareciendo cada vez menos inverosímil. El aparato de producción agrícola e industrial se revelaba incapaz de proporcionar a los trabajadores el mínimo necesario para, según la jerga marxista, "renovar su fuerza de trabajo". Tampoco era capaz de procurar un soporte tangible a las aspiraciones propias de una gran potencia. Puesto a la tarea, Jruchtchiov vació los campos de concentración, intentó reorganizar la industria y la agricultura, y entreabrió las puertas a una cierta libertad de pensamiento. En el ambiente social, tuvo efectos inmediatos. Jamás, en el curso de toda su historia, el régimen soviético había parecido a los observadores extranjeros, e incluso a los

soviéticos, tan cercano a *un cambio*. Sin embargo, en la perspectiva del tiempo, la era jruchtchioviana, o por mejor decir, sus prometedores comienzos, aparece como una moratoria. como un compás de espera y nada más.

Solzhenitsin dice que hay que considerar el episodio Jruchtchiov como un milagro. Que un sistema tan corrompido, que una organización política tan esencialmente criminal como aquellos que inventaron el Terror y lo pusieron en ejecución, permitieran que un hombre como Jruchtchiov accediese a los primeros planos del poder; que luego aquel hombre, en su tosquedad, diera pruebas de sentimientos tan humanos como la alegría y el enfado, y que luego supiera expresarlos por medio de un lenguaje personal y no al dictado, constituye, en efecto, un milagro sorprendente; tanto, por lo menos, como la aparición de Solzhenitsin en el mundo soviético.

Jruchtchiov era, pese a todo, un bolchevique. Pero un bolchevique al estilo "ingenuo", para quien algunos de los conceptos y valores al uso en el marxismo-leninismo no estaban reñidos con las ideas que los demás tenemos de tales valores y conceptos. Jruchtchiov creía en la universalidad de los valores que informan el bolchevismo, porque daba menos importancia que sus compañeros a la tajante línea divisoria entre las dos realidades, "capitalista" y

"marxista", es decir, entre la realidad efectiva y el superrealismo ideológico con que los bolcheviques sustituyen su realidad. Cuando Jruchtchiov habla de un socialismo "con mantequilla", él imagina una auténtica loncha de pan untada con manteca. Por el contrario, cuando Stalin decía, en 1935, que "la vida, camaradas, ahora es entre nosotros más fácil y más alegre" pretendía sugestionar a las gentes con un infundio. Pero Jruchtchiov no pretendía introducir cambios fundamentales en la sociedad soviética; quería tan sólo adecuar un poco el socialismo en acción y el socialismo de los principios.

A nadie puede extrañar que su programa fracasase. Mejorar las condiciones de la agricultura insuflando en ella generosas aportaciones económicas podía aliviar la miseria psicológica de los campesinos, pero no librarlos de su servidumbre; podrían sentirse menos desgraciados, pero siervos al fin y al cabo. Jruchtchiov intentó asimismo remodelar la industria soviética de acuerdo con los patrones de la economía industrial; quiso que las empresas estatales gozaran de un cierto margen de autonomía, que hasta cierto punto pudieran decidir por sí mismas en materia de compras, de ventas y de contratación de mano de obra. Pretendió esbozar las líneas de un primario mercado competitivo e intentó mejorar y hacer más ágiles los sistemas centralizados de contabilidad y "plani-

ficación". Mas, para que tales reformas pudieran prosperar, habría sido necesario cambiar de modo radical el principio de autoridad que informa, en su nivel decisorio, las empresas económicas del mundo soviético. Porque, en la URSS, la autoridad de la gerencia no dimana de sus conocimientos técnicos, sino de su condición política. En la escala jerárquica, el mejor cumplimiento de las órdenes recibidas no tiene por incentivos el interés material o el ascenso en la profesión, sino el temor al castigo. Las decisiones económicas emanan de la misma autoridad que las políticas: los escalones locales y superiores del partido. De ahí deriva que nadie se sienta neutral cuando se trata de redactar un informe o de establecer un balance. Naturalmente, resulta ocioso hablar de contabilidad cuando los resultados de una encuesta contable han de coincidir, so pena de sanción, con los datos previstos de antemano. Así, de escalón en escalón jerárquico, se va levantando una edificación estadística ficticia en la que artificialmente aparece calcada, de abajo arriba, la planificación anteriormente proyectada de arriba abajo. De entre todos los aspectos de la actividad del país, la faceta económica es aquella en que la superrealidad ideológica aparece más estrechamente superpuesta a la realidad concreta, sin que, a pesar de todo, presenten ambas el menor punto de contacto. Piénsese

en lo que significaría, dentro de tal sistema, utilizar las técnicas de la informática, por otra parte indispensable en cualquier proyecto de planificación total y eficaz; habría que empezar por alimentar los ordenadores con datos falseados, y el resultado final sería un desbarajuste mucho mayor que el que se intentase solucionar.

En el terreno intelectual, pronto se dio cuenta Jruchtchiov de que la nueva tolerancia no tenía la virtud de convertir a los escritores y artistas de talento en entusiastas de la escuela "realista" patrocinada por el "socialismo" leninista. Su decepción fue grande y auténtica. Por lo demás, su total adhesión al bolchevismo queda bien demostrada por la reanudación de las persecuciones contra la Iglesia ortodoxa y contra las demás confesiones religiosas, las más violentas que se produjeran desde los años treinta. Quizá Jruchtchiov recurrió a ellas como prenda de fidelidad y para ganarse las buenas gracias del partido.

Porque el partido tenía buenas razones para sentirse descontento, y entre otras, dos de marca mayor, aunque contradictorias: en tanto bolchevique, Jruchtchiov seguía un estilo de dirección altamente personal, que, si bien diametralmente opuesto a la línea stalinista, tendía igualmente a la conversión del régimen ideológico en una tiranía a la usanza clásica. Y aquí sur-

ge la contradicción: los intolerantes del partido quizá llegaron a barruntar que Jruchtchiov abrigaba la idea de utilizar sus personales poderes tiránicos para volcar el régimen del lado de la sociedad civil. En *La encina y el becerro*, Solzhenitsin apunta la sospecha de que Jruchtchiov, quizá inconscientemente, sintió ciertas veleidades que le inclinaban de este lado; unas veleidades que, llevadas a vías de hechos, hubieran dado lugar a una auténtica revolución. El partido se sentía incómodo y creía oler en el ambiente un peligro difuso. Al fin Jruchtchiov fue eliminado.

Los diez últimos años pueden ser contados entre las épocas más brillantes del régimen. Constituyen el ejemplo de una fase *Nep* que ha logrado alcanzar sus objetivos. En esta fase aparecen fortalecidos, tanto el poder ideológico, como la sociedad civil. A continuación intentaremos analizar a grandes rasgos uno y otro aspecto.

El poder de Briejniev

Las dos respectivas esferas han sido delimitadas de forma que el poder ideológico mantenga sólidamente bajo su control a la sociedad civil. Por lo menos en su aspecto formal, el con-

trol es absoluto. Los campesinos y los empleados y obreros de las empresas estatales aparentemente marcan el paso; la dialéctica ideológica ha sido reinstalada, de modo exclusivo, o poco le falta, en la posición monopolista que ocupaba en la última fase de comunismo de guerra. En este régimen, donde los que dominan la situación tienen el poder "en la punta de su lengua", el alcance del poder de cada uno puede medirse por el grado de solidez de su "lengua dogmática"[6].

En la época de Stalin, y luego en la de Jruchtchiov, el partido bolchevique hubo de sufrir bajo la férula de unos poderes personales que pusieron el régimen en peligro de verse convertido en algo que ya no hubiera sido el propio régimen. Para impedir que surja un nuevo poder personal, el partido consigue imponer el principio de la "dirección colegiada"; lo que significa que el secretario general se encontrará en cierto modo vigilado por el Buró político y por el Comité central, con el fin de que su gestión política no se aparte demasiado de la línea que haya obtenido un consenso en el partido. Podría decirse, al respecto, que se trata del regreso a "un Estado de derecho", que en la ya larga historia del partido nunca se había dado con anterioridad.

---

[6] En el texto francés, el autor emplea la imagen *langue de bois* (lengua de madera). Nosotros traducimos por "lengua dogmática". *(N. del T.)*

Por lo menos en apariencia, la fórmula salva el principio de unidad, que los hombres del partido saben es la clave de su mantenimiento en el poder. El precio que exige la salvaguarda de ese Estado de derecho es el envejecimiento de la *élite* dirigente. La mayoría de sus miembros pertenecen a la generación que sustituyó a los veteranos de la Gran Revolución de Octubre en la épocas de las purgas, cuando Stalin hizo surgir un partido flamante de las cenizas del viejo. Todos habían participado en las sangrientas operaciones, todos habían actuado como "depuradores". La necesidad de mantener el estado de equilibrio que entonces se gestó, y que hasta hoy se mantiene, dificulta la renovación de los mandos. Por otro lado, no es seguro que una edad avanzada sea inconveniente para el ejercicio del poder. En un régimen ideológico como mandan los cánones, esos mismos cánones imponen que los dirigentes se mantengan en un discreto tono gris. Cuando la esfera ideológica se encuentra bien asentada, sus dirigentes, es decir, sus instrumentos, o sea, los individuos, son intercambiables (por lo menos, esta situación es la ideal), y el régimen tuvo que soportar a sus expensas la presencia en su seno de individualidades que destacaron demasiado. El perfecto dirigente que fue Lenin realizó una auténtica hazaña: ser el creador de toda una fórmula revolucionaria y continuar aparecien-

do como el más insignificante, el más huidizo de los individuos. Y sabido es que, con la edad, se van disipando en el hombre los deseos de aparentar; en la juventud, los ejercicios ascético-ideológicos no han dado todavía sus frutos.

Refiriéndonos antes a Jruchtchiov, hemos dicho que "la ingenuidad" consiste en dar valor universal a conceptos que sólo en una esfera delimitada por la ideología reciben su sentido "auténtico". Para un ingenuo, por ejemplo, democracia es un régimen donde la soberanía pertenece a los ciudadanos, cuando en rigor son democracias "auténticas" únicamente aquellas regidas por el partido comunista; justicia social, que "aparentemente" significa el reparto equitativo de la propiedad entre todos los ciudadanos, quiere decir la puesta de toda la propiedad a disposición del partido comunista; y libertad no significa, como podría creer un "ingenuo", el reconocimiento de una esfera de autonomía a cada ciudadano, sino, como es lo correcto, el libre arbitrio del partido comunista. Pero al lado de "la ingenuidad" existe otra forma simétrica de desviación: "el cinismo". Esta otra desviación consiste en dar una interpretación absolutamente personal a los conceptos ideológicos, o en aplicarlos al propio provecho, proclamándose uno mismo la excepción de la regla común. El cínico, que conoce la fuerza del lenguaje ideológico, lo manejará de forma irre-

prochable, pero en su fuero interno irá tras de aquello que persigue todo el mundo: seguridad, riqueza, comodidades y poder. La actitud correcta consiste en no ser ingenuo ni cínico, en seguir los pasos del maestro Lenin, quien se consideraba, por un lado, ajeno a toda idea o cosa que no fuese bolchevique, y por otro, era tan perfectamente desinteresado, que ni siquiera imaginaba que para él pudiese haber un interés particular.

Conviene destacar que, en tiempos de Lenin, la ingenuidad seguía impregnando al partido. Hay que reconocer también que Stalin y algunos de sus lugartenientes mostraban cierta inclinación al cinismo. Y que el partido de Jruchtchiov, forjado en los crisoles leninista y staliniano, no compartía la ingenuidad pasajera de su secretario general. Es posible que en el partido de nuestros días hayan quedado dominadas las dos desviaciones y se haya llegado a un cierto grado de homogeneidad.

Kostas Papaioanu dio el nombre de "ideología fría" a las ideologías, más bien enfriadas, que dejan de ser capaces de suscitar entusiasmo, y aun de ser creídas. Refiriéndose al bolchevismo, allá por los años 1963-67, Papaioanu supone que "ideología fría" equivale a "ideología moribunda", que presupone su fin cercano. Pero el hecho de que la última década haya sido testigo, no sólo del mantenimiento

del comunismo ideológico en la URSS, sino de su formidable expansión en Europa occidental y en las dos Américas, hace que deba replantearse la cuestión: ¿no será precisamente lo contrario, que una ideología se halle en el cenit de su poder y eficacia cuando ha dejado de acarrear consigo el impulso afectivo de la "ingenuidad"? Quizá la fase fría sea la de perfecta madurez, "el estadio supremo de la ideología".

El partido briejnievniano se encuentra a salvo de las asechanzas del entusiasmo ingenuo, nadie osaría ponerlo en duda, pero no del aún más peligroso cinismo. Esta desviación era tolerada en ciertos órganos subordinados, porque permitía la formación de *élites* eficaces y competentes; pero hoy, algunos de aquellos órganos —el ejército, la diplomacia, la policía, los servicios de espionaje— están adquiriendo una preponderancia desmesurada. Tales instituciones están asumiendo todo el potencial ofensivo del bolchevismo, constituyen su punta de lanza. Podría llegar el momento en que el partido quedase identificado, por ejemplo, con las fuerzas del KGB [7], y entonces dejaría de ser "el partido". A largo plazo, la desviación cínica resulta la más temible. Mucho hablan los cínicos de "desestalinización", cuando debieran

---

[7] *KGB: Komitiét Gosudárstviennoy Bieszopásnosti,* Comité de Seguridad del Estado, órgano rector de la policía política. *(N. del T.)*

emplear el término "desleninización", puesto que el objetivo de su labor de zapa no es el régimen de Stalin, sino el de Lenin. Y a propósito: nadie toma en cuenta que el régimen de Stalin, el más grande de los cínicos, constituye la primera y más vasta operación desleninizadora de las que hasta hoy han sido montadas. En la película de Eisenstein *Iván el Terrible,* transposición histórica del stalinismo, que el propio dictador autorizó, no aparece la menor huella del régimen que surgiera de la Revolución de Octubre. El sistema de Briejniev debe ser reconocido como el más sincero, metódico y, en apariencia, logrado intento de regreso a las normas leninistas. Por eso está expuesto a que, sin la grandeza casi épica del stalinismo, las tendencias cínicas provoquen su degeneración.

La fuerza del régimen briejnievniano emana de haber descubierto que la ideología no necesita de la fe. Todos los testimonios imparciales coinciden en que, allá en la URSS, "ya nadie cree". Nadie cree en la ideología, pero todos "hablan" de ella. Antes de su acceso al poder, el partido recibía su fuerza de cohesión de las ideas. Resulta lógico, pues, que su gobierno fuera una "ideocracia". Pero, a medida que la realidad "real" y la realidad imaginaria se iban distanciando, las ideas iban vaciándose de su contenido, hasta no quedar de ellas más

que la envoltura verbal. El régimen fue evolucionando hacia una "logocracia".

La logocracia posibilita una coherencia más aséptica y simple que la ideocracia. No exige la adhesión convencida de los súbditos y basa su relación con ellos en un sistema de actitudes y comportamientos externos que nada viene a perturbar, ni la policía, desde fuera, ni los conflictos de interpretación subjetiva, desde dentro de los propios individuos. Cada uno procura mantener su vida privada desenganchada del sistema, salvo los dirigentes, que se ven obligados a utilizar en sus casas el mismo lenguaje que en la célula del partido.

El vacío que se ha hecho en torno de la ideología es un factor de sosiego, pero que, al mismo tiempo, la pone en precario. Aparentemente, la superficie de la ideología no presenta fisuras, pero por debajo de ella se producen desgarrones cada vez más difíciles de recoser. Ya resulta imposible conseguir que la literatura disidente se autoarrepienta, obligar a que el escritor colme por su mano la grieta que su libro provocó. La tela de la envoltura aún aparece indemne, pero tenue, desgastada, consumida.

La sociedad civil briejnievniana

Detengamos ahora nuestra mirada en el segundo parámetro del sistema de fuerzas cuyo peculiar estado de equilibrio caracteriza la *Nep* postestaliniana; nos referimos a la sociedad civil.

Hay que admitir que los profundos cambios sociológicos que se han producido desde 1953 no tuvieron al Estado como causante principal, ya que las tentativas de reforma industrial o agrícola, regularmente abortadas, acarrearon pocas consecuencias. La intervención del Estado se caracterizaría precisamente por un "no intervenir". Salvo la imposición de ciertas formas semi-jurídicas en la represión (rasgo positivo), todo lo demás es negativo: relajamiento de la propia represión, descenso de la población penal, que pasa de los diez millones al millón y medio, etc. Pero eso bastó para infundir nueva vida en la sociedad civil, objetivo perseguido por la *Nep*, y para que la sociedad comenzara a organizarse de forma espontánea de acuerdo con sus propios impulsos, cosa que la *Nep* debía esforzarse en impedir.

Uno de los resultados que pretende conseguir el comunismo de guerra es la supresión del sistema orgánico de la sociedad civil, a falta

de poder aniquilarla. Los cuerpos intermedios, las entidades solidarias naturales, los grupos, son quebrantados, y cada individuo aparece ante el Estado como un átomo solitario. La URSS de 1953 andaba muy cerca de esta situación. Veinticinco años más tarde, las cosas han cambiado. ¿Cuáles son las fuerzas sociales que en la actualidad ha de tener en cuenta el poder?

LAS NACIONALIDADES

En primer lugar, las *nacionalidades.*

El comunismo de guerra staliniano, que logró el sometimiento casi absoluto de las clases sociales, tuvo menos éxito con las nacionalidades. Al negar la idea de "patria", o de "las patrias", la ideología leninista tuvo que establecer un compromiso con otra ideología, de carácter ambiguo, que en relación con el concepto "patria" se encuentra en una postura a la vez destructiva y conservadora; nos referimos al "nacionalismo". El nacionalismo es destructor, porque embrutece espiritualmente y entorpece a los pueblos que se dejan llevar por él. Procura satisfacciones sustantivas al afán de libertad, pero desmenuza la comunidad humana en grupos hostiles. Con todo, puede ser para la ideología marxista un auxiliar valioso de

unos planes operativos enfocados en la misma dirección. Sin embargo, existe un límite más allá del cual ha de producirse la ruptura entre la ideología principal y la sub-ideología nacionalista. El nacionalismo, en efecto, mantiene la coherencia del grupo nacional, por lo menos en su forma negativa de odio generalizado hacia las otras nacionalidades. El grupo nacional no admitirá su destrucción como no provenga de una acción exterior al estilo de las que el propio nacionalismo preconiza.

En la problemática de los nacionalismos soviéticos hay que separar la nacionalidad gran rusa de las demás nacionalidades.

Al pueblo gran ruso la historia le ha procurado la inmensa satisfacción de sentirse un pueblo imperial. Nosotros llegamos a veces a sospechar que esa satisfacción puede compensar a los pueblos en mayor grado que un buen gobierno, la prosperidad o la libertad. En todo caso, si bien es cierto que la Gran Rusia fue la hija primogénita de la ideología leninista, también lo es que no fue una buena madre para la hija. Encontrándose el aparato de gobierno en su centro neurálgico, la Rusia propiamente dicha ha experimentado los efectos destructores del sistema más directamente que ningún otro pueblo soviético. A partir de la Revolución, su peso específico en Europa ha ido menguando sin cesar. El descenso demográfico (la pérdida

de vidas humanas sumada a una cota de nacimientos muy por debajo de la prevista) sobrepasa los cien millones de individuos. La población rusa, que en vísperas de la guerra de 1914 parecía destinada a sobrepasar con mucho a la del conjunto de pueblos germánicos, en la actualidad es apenas más numerosa que la de éstos, aunque tampoco los alemanes hayan sido muy bien tratados por la historia. Ahora los rusos son un pueblo fatigado, en pleno estancamiento demográfico, que envejece... Por lo demás, también disminuye su influencia en el interior de la URSS, pese a todas las campañas de rusificación. De tal situación deriva un cierto descontento del nacionalismo gran ruso, que ve en situación precaria su vocación imperial. Con tal de conservar su posición dominante, el nacionalismo gran ruso se mostraría dispuesto a soportar cualquier régimen, incluso el soviético, aunque destruya los valores auténticamente rusos; esto podría llevarle a desear otro sistema de gobierno, si le asegurase su preeminencia. La alianza nacionalismo-leninismo, que tan eficaz se mostró en la conquista bolchevique del orbe, quizá no sea hoy en Rusia tan sólida como antaño.

La mayoría de las restantes nacionalidades que constituyen la URSS tienen en común su inquina irreconciliable contra la nación rusa. Este odio es el ingrediente más activo (cons-

ciente y potencialmente más activo) de un visceral antisovietismo que sólo la indiferencia, el cansancio y el hábito mantienen latente.

¿Cuál es hoy la situación de los movimientos nacionales? Pretender juzgarla en función de la relativa poca entidad de los nacionalismos militantes podría conducir a un error de perspectiva. En Ucrania, de la que nos llega poca información, los grupúsculos se forman y reforman en retahíla. Parece que al gobierno soviético no le cuesta desmantelarlos y enviar sus magros efectivos a los campos de reeducación. El nacionalismo ucraniano va perdiendo de esta forma sus mejores militantes. Parece que algo semejante ocurre en los países bálticos. Las colectividades hebreas cuentan con la ventaja de apoyos eficaces en el exterior; mucho más eficaces, por ejemplo, que las ayudas que puedan llegar a los ucranianos o a los armenios; por otra parte, sus enfrentamientos con el poder gubernamental son de carácter menos agudo, puesto que los judíos soviéticos no aspiran a la constitución de una entidad de carácter nacional; su objetivo es la emigración. Y el hecho de que sus reivindicaciones sean atendidas por el gobierno, si bien de forma infinitesimal, no deja de constituir un éxito, aunque mínimo, que actúa como caja de resonancia para los demás movimientos de rebeldía y

anima la formación de nuevas unidades militantes en los otros nacionalismos.

Para enjuiciar la importancia de las tendencias nacionalistas, mejor piedra de toque resulta el grado de resistencia a la rusificación. Esta resistencia aparece casi impenetrable en los pueblos de ascendencia turca, donde son muy sólidas las barreras culturales, étnicas y de la religión. En las comarcas turcas, que se hallan en contigüidad geográfica, la población no suele emigrar, pese a su alta demografía. Los que han visitado aquellas zonas afirman que en ellas se produce un rechazo ante cualquier intento extranjerizante. Más al oeste, por ejemplo en Ucrania, la resistencia a las influencias rusificantes se hace más difícil. La enseñanza del ruso, e incluso "en ruso", encuentra su campo abonado en unas poblaciones, a fin de cuentas, también eslavas, con una larga tradición histórica de relaciones culturales y espirituales con la Gran Rusia. A lo largo y a lo ancho de todo el país soviético viven implantadas colonias de residentes rusos, que inmediatamente se constituyen en círculos exclusivos, y naturalmente, privilegiados. En el supuesto de una debilitación del poder soviético, pocos ponen en duda que la reacción de las poblaciones autóctonas sería inmediata y brutal. Estas poblaciones tienen bien aprendida la lección de los traslados y deportaciones masivos que el

propio gobierno soviético les ha enseñado. Probablemente sería ésta la suerte de las colonias rusas dispersas en los territorios alógenos.

El problema de los nacionalismos no parece tener solución viable, y a la larga es el único que puede resultar fatal, si no para el régimen comunista, sí para la unidad política de la URSS. Para conjurar este peligro, el gobierno soviético lleva sesenta años poniendo en ensayo toda clase de medios: ha balcanizado los países de población turca, ha instituido un federalismo puramente de fachada, ha rusificado, ha colonizado, ha deportado a los pueblos que por el número de sus gentes lo hacían factible. Stalin lamentaba que los ucranianos fuesen tantos; muchísimos más de lo que se necesitaba para desanimar al menos asustadizo administrador de un Archipiélago Gulag. Cuando murió, Stalin tenía dispuestos en Siberia los campos que debían recibir a los judíos. Por otra parte, intentó estabular los nacionalismos en un ámbito aldeano de campanario y de folklore escenificado, al tiempo que pretendía amalgamarlos en un "patriotismo soviético" evanescente. La Administración guarda en reserva un plan más pragmático, que consiste en remodelar las fronteras interiores según el patrón de unas imaginarias "regiones económicas", y en el que, haciendo caso omiso de las divisorias regionales naturales, grandes tajadas

de Ucrania, de Lituania, etc., se fundan con amplios territorios de población rusa. La realización del proyecto haría necesario modificar la Constitución soviética. Esto parece no presentar grandes dificultades, puesto que el código fundamental de los derechos del ciudadano soviético tiene una existencia totalmente ficticia. Pero es tan grande la fuerza del inveterado sentimiento nacional, que la operación, prácticamente hacedera, es considerada peligrosa por el gobierno y siempre ha sido pospuesta en el último momento.

Religión

El despertar religioso siempre acompaña en los pueblos el renacimiento nacional. A la división bipartita que señalábamos: Gran Rusia, en un lado; el resto de las nacionalidades, en el otro, se puede superponer otra división bipolar, en la que la Iglesia ortodoxa del Patriarcado de Moscú aparece en el lado de la Gran Rusia, y el resto de las confesiones, en el otro.

Excepto durante la Segunda Guerra Mundial[8], mientras estuvo vigente la *Nep* espiri-

[8] Los soviéticos nunca dan este nombre a la guerra de 1939-1945 (para ellos, 1941-45). La llaman *Vielíkaya Otechiestviénnaya Voiná:* Gran Guerra Patriótica. Indudablemente, para ellos lo fue. *(N. del T.)*

tual originada por la necesidad en que se hallaba el régimen de atraerse a todas las fuerzas subsistentes de la sociedad civil, la Iglesia ortodoxa había sido, y seguiría siendo, víctima de la más implacable persecución que recuerda la Historia, salvo quizá la persecución de la Iglesia católica en el Imperio japonés durante el siglo XVII. Pero, a diferencia del Japón, Rusia tenía una tradición cristiana milenaria. En la URSS, la Iglesia nacional ha sido diezmada: la mayoría de los obispos y sacerdotes, además de innumerables fieles, hubieron de tomar el camino de los campos de internamiento. Ha sido envilecida: muchos clérigos colaboran con la policía; eso, cuando ellos mismos no son la "policía". Y pese a que el Estado no se recata de que no es cuestión de someter a la Iglesia, sino de destruirla, la Jerarquía demostró siempre una total docilidad ante el nuevo poder; tanta mansedumbre, por lo menos, como la exteriorizada en el antiguo régimen.

La regla de oro de la represión religiosa consiste en llevarla hasta el punto exacto en que los fieles se sientan impelidos a un abandono en masa, bien para entrar en el ámbito de las sectas, es decir, provocando el cisma o los cismas, o bien para refugiarse en el seno de la piedad interna. Esta segunda opción resulta menos favorable para el régimen, puesto que pone al creyente incógnito fuera de los contro-

les que la Administración ejerce sobre las congregaciones toleradas.

En la práctica, la aplicación de esa regla no está exenta de dificultades. En la vida soviética se observa, por debajo de la envoltura ideológica, un renacer de la práctica y sentimientos religiosos, incluso de un interés especulativo por la teología. A muchos creyentes les deja insatisfechos el mero ceremonial litúrgico servido por ministros sospechosos. La regla de oro, aplicada correctamente, haría aconsejable levantar los niveles de tolerancia con respecto a las manifestaciones y ejercicios de auténtica religiosidad, pues contribuiría a que muchos fieles abandonasen la formalista Iglesia oficial. A esta misma conclusión, al ensanchamiento del margen de tolerancia, debieran llegar los gobernantes a la vista de las implicaciones que se dan entre la vida religiosa y la vida nacional. A partir de la desestalinización, y en cierto modo, incluso en la época de Stalin, el régimen promueve un renacimiento de los valores histórico-culturales clásicos. Pero si se quiere que la *intelliguentsiya,* los intelectuales, enfoquen su atención hacia esos valores, no se les puede impedir que tengan un reencuentro con los patrones del pensamiento cristiano.

Por debajo de la Iglesia ortodoxa oficial se extiende el mundo confuso y mal conocido de los cismas y las sectas. A pesar de que la re-

presión fue en este campo más dura incluso que la infligida a la Iglesia patriarcal, las sectas y los cismas subsisten, en la medida en que ahí se acogen los tránsfugas de aquélla. Lo mismo podemos decir de la congregación baptista.

Debemos señalar, por último, que la cuestión de los nacionalismos y el problema religioso no están delimitados con precisión. Los uniatos de Ucrania, los católicos y luteranos de los países bálticos, los monofisitas de Armenia, los judíos y los musulmanes, tienen que sufrir por doble motivo: como creyentes y como pueblos.

CLASES

El régimen ideológico se encuentra incómodo cuando la realidad le enfrenta con los fenómenos nacionalista y religioso, que no habían sido incluidos en sus repertorios. No le resulta fácil domeñar esas entidades impalpables, cuya existencia ni siquiera había sospechado. En cambio, la sumisión de las clases sociales resultó asunto mucho más sencillo y hacedero.

OBREROS

La liquidación de "la clase obrera" se puede presentar como una operación modelo en todos los aspectos. Era el campo en el que la falsificación ideológica —la sustitución artificiosa de la realidad por otra realidad imaginaria— podía imponerse con el máximo de efectividad. En el punto de arranque de la revolución, la clase obrera fue encumbrada hasta un rango mesiánico. Luego, el partido se atribuyó en exclusiva el papel de actuar en su nombre y lugar, en virtud de una especie de delegación irreversible justificada místicamente. La clase obrera, como entidad escatológica, había dejado de estar "encarnada" en el grupo social de los obreros manuales de las fábricas; éstos fueron privados por el momento de todos sus derechos, y luego convertidos en "servidores" de una abstracta "clase obrera" cuyo espíritu se había trasvasado por metempsicosis al aparato del partido. Los *soviets*[9] eran una especie de comités de huelga bastante indefinidos, espontáneos, incapaces de asumir con eficacia las

---

[9] Los *soviets* (Consejos) de obreros y soldados eran asambleas elegidas democráticamente a nivel de base por los obreros de las fábricas y por la tropa, que se autoproclamaron órganos rectores de la Revolución. En los *soviets,* los bolcheviques estaban en minoría. *(N. del T.)*

funciones de la organización sindical, la cual era, por otra parte, saboteada por los bolcheviques. A partir de julio de 1918, los *soviets* serían bolchevizados y "Sindicato" fue el nombre que se dio a la rama de la policía de Estado encargada de vigilar a los obreros de las fábricas. El trabajo a destajo, una cartilla personal mucho más detallista que la de los obreros franceses durante la Restauración, multas y penas de prisión para la mínima infracción a la disciplina del trabajo, el derrumbamiento del poder adquisitivo de los salarios; éstos eran algunos aspectos de la situación específica de los trabajadores en la era de Stalin. En los comienzos de la fase *Nep* de Jruchtchiov la condición de los obreros era peor que la de los trabajadores en cualquier época de la historia, y aun de la prehistoria, del capitalismo occidental. La total ausencia de organizaciones profesionales o mutualistas, la consideración de la huelga como un gravísimo delito, podían hacer pensar que en la URSS ya no existía una clase obrera en el sentido que a esta expresión daba la sociología del siglo XIX. Los trabajadores manuales de las fábricas constituían una categoría amorfa; como clase sólo tenían existencia en el superrealismo de las pancartas, en los desfiles del Primero de Mayo y en los titulares de los periódicos.

La colectividad obrera perdió hasta tal pun-

to su entidad, que hoy es, con toda seguridad, el sector de la población soviética que peor conocemos. Sabemos en detalle lo que ocurre en los campos de internamiento y en las cárceles, pero no en las fábricas.

Sin embargo, la poca información testimonial que ha podido llegar a nosotros en los últimos veinte años nos hace pensar que un germen de lucha y organización ha surgido en el mundo del trabajo. Ha habido algunos brotes huelguísticos, y aunque, como era de esperar, la autoridad ha recurrido a las ametralladoras para reprimirlos, esta misma autoridad ha aprendido la lección y cierra los ojos ante ciertas evidencias. Hoy, y en tanto no abusen de la tolerancia, los obreros tienen la posibilidad de mejorar sus condiciones de existencia y de trabajo; recurriendo a un absentismo discreto, a las huelgas "de celo", a un sabotaje disimulado, o pura y simplemente al robo, consiguen mejoras salariales y un suplemento de recursos.

Campesinos

Lo mismo ha ocurrido entre los campesinos. Confinados en las plantaciones, en la situación de siervos de la gleba, se han picardea-

do [10]. Superan en número al conjunto de todos los campesinos de Europa occidental más los de América del Norte, trabajan —o se supone que lo hacen— las tierras más vastas y estériles del mundo y, sin embargo, se muestran incapaces de asegurar el sustento alimenticio del país. Las brutales represiones del primer comunismo de guerra no lograron romper la espina dorsal de la clase campesina; en la subsiguiente fase de *Nep*, los campesinos lograrían reparar, con sus propios medios, gran parte del daño. El segundo comunismo de guerra los puso de nuevo bajo el control del poder ideológico, a costa de una catástrofe agrícola. La increíble, casi podríamos decir que "milagrosa", improductividad del agro es el resultado fehaciente de aquel control y de su fracaso. Durante la tercera fase de *Nep*, no sólo han sido teóricamente mantenidas todas las disposiciones de control, sino que el gobierno pensó en reforzarlas dramáticamente para encontrar salida a la gravísima crisis alimentaria. En el nuevo plan se persigue la destrucción de la célula primaria de la vida social campesina, la aldea, única reminiscencia del Antiguo Régimen que todavía

---

[10] El autor emplea la palabra francesa *clochardisés*. El *clochard* es un marginado de la sociedad, semi-mendigo y semi-vagabundo ciudadano, casi siempre inofensivo, cliente habitual de los refugios nocturnos y de los puentes del Sena, que vive de limosna, de sablear a los conocidos de mejores tiempos y de minúsculas tareas eventuales. *(N. del T.)*

pervive. Objetivo final del proyecto es el aniquilamiento de las formas de vida tradicionales en el campo, de los pueblos, aldeas e *isbas*, deportando a toda la población y agrupándola en comunidades mayores y menos dispersas, donde resultaría más fácil obligarla a colaborar de verdad en la puesta en valor de la producción agrícola, según una cuidadosa planificación. El proyecto no ha sido descartado, pero sí aplazada indefinidamente su puesta en ejecución. Lo cual viene a demostrar la capacidad de resistencia de la sociedad campesina.

El mercado

Para obreros y campesinos, la existencia de "un mercado" es factor vital, del que depende su pervivencia. Los mercados se mantuvieron incluso en los momentos culminantes del comunismo de guerra. El mercado koljosiano es la forma institucionalizada del mercado libre —o "negro", si el lector lo prefiere—. Aquello que impropiamente recibe el nombre de "mercado oficial" no es más que una forma caprichosa de pagar los productos, de distribuirlos y pagarlos, también a capricho. La señal más concluyente del robustecimiento experimentado por la sociedad civil en los últimos veinte

años es el paralelo desarrollo de los mercados. En el sector agrícola, el mercado koljosiano cuasi-legal [11] se desdobla en un mercado negro, éste ilegal del todo, en el que se trafica con productos cuyo origen ningún campesino podría justificar. Se dice que, de modo especial, en las Repúblicas no eslavas, muchos koljoses existen únicamente sobre el papel, que en vez de funcionar según el archiconocido patrón de las plantaciones de trabajo servil a las que la Administración da el pomposo nombre de "explotaciones colectivas" (en ruso *koljosz*) [12] constituyen, a espaldas y por encima de los controles administrativos ,"auténticas" explotaciones colectivas, a modo de cooperativas agrícolas. En cuanto al mercado del trabajo, se pueden observar las maniobras a que antes nos referíamos y mediante las cuales el obrero consigue aumentar sus ingresos; y asimismo, manipulaciones en las nóminas, mediante las que algunos llegan a cobrar su salario dos o tres veces, y la dedicación de parte de la jornada laboral a realizar trabajillos en beneficio propio, usando, cuando se da el caso, materiales propiedad del Estado. Por lo que hace a las empresas estata-

---

[11] A los koljosianos se les autoriza o tolera que cultiven pequeñas parcelas para subvenir a sus necesidades familiares. La mayor parte de los productos que obtienen van al llamado "mercado koljosiano". *(N. del T.)*.

[12] *Koljosz:* Palabra compuesta por las dos sílabas iniciales de *Kollektivnoe Xosziáitsvo* (Granja colectiva). *(N. del T.)*

les, también deben acudir al mercado negro, porque para cumplir las normas de producción, aunque sea con la laxitud que la ficticia contabilidad soviética posibilita, los gestores responsables tienen que recurrir a medios ilegales para conseguir imprescindibles materias primas, o mano de obra especializada, o piezas de recambio. Toda la red de almacenes estatales de productos elaborados, de suministros semi-acabados y de materias primas está inmersa en un tráfico de oferta-demanda en el que las prestaciones se miden en moneda contante, con sus cotizaciones, alzas y bajas. Incluso el oro es negociado. Dicho de otra forma: paralelamente a la "no-economía" soviética, funciona una "verdadera economía" en la que, de acuerdo con los más clásicos principios, la escasez y la abundancia determinan el precio. Pero esta economía vive clandestinamente, no dispone de lonjas de contratación ni de patrones oficiales de medida. Es una actividad económica primitiva, que a veces presenta el aspecto de un gran zoco árabe en tiempos de "Las mil y una noches", otras, parece un regateo entre *compradores*[13] chinos, y otras, finalmente, se diría que andan en el juego la Mafia o la Cosa Nostra americanas y que los "tratos" tienen lugar en los mundos subterráneos

---

[13] En castellano en el original francés. *(N. del T.)*

de Nueva York o de Chicago. Pero, tal cual es, esa economía fuera de la ley crea una parte importante de la riqueza del país y hace posible que el sistema oficial de producción funcione.

La "Intelliguentsiya"

Después de haber pasado rápida revista a las situaciones del poder y de la sociedad civil, nos toca dedicar algunas líneas a un sector intermedio: el de la *intelliguentsiya*. Desde un punto de enfoque histórico, la *intelliguentsiya* puede ser considerada como creación del Estado, que precisa de personal hecho a su estilo, altamente cualificado y apto para desempeñar funciones generales a más alto nivel que el de un técnico o un capataz. Pero aparece asimismo como un reflejo de la sociedad civil, en tanto la *intelliguentsiya* pretende también reafirmar sus derechos y su autonomía frente al Estado. Después de la Revolución, la alta *intelliguentsiya* del antiguo régimen quedó eliminada por el poder bolchevique. Pero en las filas bolcheviques abundaban los elementos procedentes de las *intelliguentsiyas* media y baja, si bien en el partido perdían su identidad de intelectuales, para ser, ante todo, bolcheviques. Quienes invirtieran los términos y pretendieran hacer prevale-

cer su condición intelectual, automáticamente se situarían en la posición de ambigüedad que antes hemos señalado.

Al final del período staliniano, la *intelliguentsiya* se hallaba en una posición singular. Salvo poquísimas excepciones, los mejores habían tomado el camino sin regreso de los campos de internamiento. Los que quedaban, se sentían comprometidos al punto de tener que soportar, por parte del Estado, la continua amenaza de un posible *progrom* popular. Porque la *intelliguentsiya* se encontraba en la situación contradictoria de temer tanto "al pueblo" como al Estado; ello le hacía recurrir a éste para que le defendiera de aquél, al tiempo que buscaba medios de protección "en el pueblo", en la sociedad civil, contra las asechanzas del Estado. En períodos de *Nep,* la *intelliguentsiya,* deseosa de forjarse una autonomía, amplía el ámbito de su campo de pensamientos. A sus funciones oficiales de ingeniería psicológica, digamos que de programación de las almas, superpone lo que siempre fue considerado como misión básica del intelectual: dar expresión a la conciencia humana. Y por esta vía, la *intelliguentsiya* se erige en defensora de las mismas almas que tenía orden de remodelar.

El despertar de la *intelliguentsiya* rusa después de Stalin pone al descubierto el desgaste de la urdimbre ideológica. El peligro más grave

que tal renacimiento hace correr al sistema estriba en que, al lado de las lenguas "de madera", de las lenguas doctrinarias, comienzan a hacerse oír voces humanas, ni más ni menos que humanas. El régimen comunista se había preocupado, al comienzo, más de la apropiación pública (mejor que "pública", "estatista", por el Estado) de los medios de comunicación que de los de producción. Antes de que fueran confiscados los campos y las fábricas lo habían sido los periódicos, las imprentas, los *media*. Así se hizo a partir del 8 de noviembre de 1917, cuando la autoridad efectiva del régimen se circunscribía apenas al entorno de Petrogrado. Mucho más que el resurgir de un mercado libre, para el sistema puede resultar mortífero el despertar de la palabra humana, del uso privado de los órganos de fonación, de la propiedad privada sobre las gargantas. La autoridad se siente tan escamada, que para la censura no sólo es importante lo que se dice, sino "cómo" se dice. Según afirma Etkind, la primera de las trece censuras por las que tiene que pasar cualquier escrito es la censura de estilo. Un *redáktor* oficial reescribe el texto para conformarlo a los usos retóricos del lenguaje de madera. Los soviéticos han comprendido cuán profunda es la sentencia de Buffon: el estilo *es el hombre*.

Cuando el escritor consigue romper las ba-

rreras del estilo, todo lo demás viene por añadidura. De pronto, el escritor se da cuenta de que, sin percatarse, ha forzado el pacto de mentira en el que se apoya todo el equilibrio del poder ideológico. En lo que el autor escribe, las palabras vuelven a tomar su valor auténtico, la inversión ideológica es rectificada. La superrealidad queda volatilizada y restablecido el auténtico sentido real de la única realidad existente. Esto tiene una segunda consecuencia: el escritor comienza a hablar de cosas que la censura procuró hasta entonces tener ocultas. En resumen: el lenguaje del derecho y la denuncia de la injusticia vuelven por sus fueros.

Es preciso reconocer que en los últimos veintitantos años, la *intelliguentsiya* rusa salió airosa de tal cometido. Basta citar los nombres de Pasternak, Ajumátova, Nadiézhda Mandielstamm, Solzhenitsin, Amálrik y Sajárov. Pero los intelectuales no podían ni querían limitarse a denunciar la injusticia. Para poder crear en libertad tenían que restablecer la cultura, reanudar la tradición cultural rusa, tanto tiempo interrumpida. Llegada a este punto, la *intelliguentsiya* se encuentra frente a opciones distintas que comprometen su unidad. Como es sabido, la intelectualidad rusa presenta hoy un abanico de tendencias que es fiel reflejo del que ya existía en tiempos del antiguo régimen. Algunos escritores coinciden en el viejo "nacio-

nalismo oficial" de la tradición imperial gran rusa; otros, con la eslavofilia de fondo religioso, y un tercer grupo vuelve sus ojos al occidentalismo, a la democracia y a la libertad. Muchos intelectuales no van tan lejos; son los científicos técnicos superiores y directores de empresas que se conformarían con que se les dejase trabajar en paz y eficazmente libres de intromisiones ideológicas. Ven en éstas un anacronismo absurdo, porque no comprenden que la ideología forma un todo con el régimen, o por mejor decirlo, que la ideología "es" el régimen. Esta capa de la *intelliguentsiya* es la que se encuentra más cerca de la sociedad civil, apolítica en sí misma, que no desea otra cosa que su propio desarrollo.

La presencia de una intelectualidad sustentadora de la libertad de palabra resulta intolerable para un régimen logocrático. Hasta hoy, el gobierno se ha limitado a tenerla residenciada en un coto de acción muy restringido. La difusión de obras no autorizadas se hace casi imposible. Esta es la base de la acusación que con más frecuencia se repite en los procesos políticos. La formación de un cuerpo de opinión ilustrada resulta improbable, porque, salvo en las dos grandes capitales y en algunas Repúblicas alógenas de la parte occidental, sobre el resto del inmenso país sigue gravitando la crasa ignorancia soviética. Por lo demás, todavía no

existe un nexo de unión entre la disidencia intelectual y el difuso descontento popular. Las vías de escape de ese descontento son el alcohol, el antisemitismo, la patriotería y la delincuencia; todavía no ha encontrado su forma política de expresarse. Según Sajárov, en la población carcelaria, que él calcula en un millón y medio de arrestados (en 1913 eran aproximadamente cincuenta mil), el número de los detenidos propiamente políticos es de los cinco a diez mil. El resto, casi la totalidad, son nacionalistas, creyentes, ladrones y traficantes que han rebasado los límites tolerados por la *Nep* en los embates de una sociedad civil que pugna por resurgir.

Cuando hablamos de *Nep* o de comunismo de guerra hemos de referir estas tácticas a la sociedad civil. En el campo de la cultura, desde 1922 no hubo distensión alguna de tipo *Nep*. A nivel político, no puede hablarse de *Nep* a partir de la colectivización agrícola.

LAS OPCIONES POLÍTICAS

Aquí terminamos nuestro esbozo del panorama que presenta la URSS de hoy, y de la relación de fuerzas en que, durante los últimos veintitantos años, se han encontrado el poder

comunista y la sociedad civil. Ahora vamos a plantear la cuestión de cuáles son las opciones políticas entre las que el partido comunista puede elegir.

INMOVILISMO DEL RÉGIMEN

Hagámoslo constar una vez más: régimen y sociedad civil constituyen un par cuyas dos ramas siguen manteniendo la distancia. Por su propia naturaleza, el régimen bolchevique se halla estrechamente conectado a una realidad que no es la real existencia del pueblo, que no tiene contactos con ésta; el régimen bolchevique "no puede" proceder de la sociedad civil. Viene de otra esfera y en ella se mueve. Para que el poder se situara en la realidad ordinaria sería necesario un hecho revolucionario: la supresión de la superrealidad. Entonces cambiaría la naturaleza del poder, aun en el caso de que persistiese la tiranía. Porque resulta evidente que, desde la muerte de Stalin hasta hoy, un lapso de tiempo que, visto en perspectiva histórica, ya resulta largo, el régimen soviético no se ha movido. La verdad es que no ha cambiado desde el 7 de noviembre de 1917, un auténtico *récord* en el palmarés de los regímenes modernos. Lo que ha cambiado es el país,

la URSS; porque ésta, como hecho real, no puede escapar de la marcha inexorable de la Historia. En cambio, sí puede escapar el régimen, puesto que no se asienta en la realidad histórica, sino en la superrealidad. El régimen no puede corromperse o evolucionar, porque la corrupción y la evolución son fenómenos que se dan en la tierra, en el auténtico suelo que pisamos. Al sistema soviético sólo pueden ocurrirle dos cosas: o desaparecer o perpetuarse indefinidamente.

ORIGEN LENINISTA DE LAS DOS TÁCTICAS

Con vistas a perpetuarse, el régimen opta, según sean las circunstancias, por una de las dos tácticas: comunismo de guerra o *Nep*. Sería posible demostrar que ambas políticas habían sido ya previstas por Lenin antes de su toma del poder como patrones tácticos y actitudes de conjunto ante los eventuales opositores o aliados; constituyen dos modelos formales, en cuyo molde quedó luego fundido el contenido efectivo de los ulteriores y concretos "comunismos de guerra" y "*Neps*". Lenin había fijado también los dos límites que ninguna de las dos tácticas podía rebasar, más allá de los cuales el partido podía caer en desviación:

"gauchismo", sectarismo o aventurismo a la izquierda, y "derechismo", oportunismo o liquidacionismo a la diestra. ¿En qué consiste, pues, la táctica correcta, la línea justa? Ni más ni menos que en la posibilidad de dar marcha atrás cuando se esté en una u otra de las dos tácticas: *Nep* y comunismo de guerra son válidos en tanto sean *reversibles.* Si, por desgracia, el partido se viese arrastrado por la fuerza dinámica de cualquiera de los dos modelos en su fase de aplicación, si se rebasara el punto crítico, de modo que ya no fuese posible dar al timón un giro a la redonda cuando el imperativo supremo de conservar el poder lo impusiera, entonces el partido perdería este poder que es la razón de su existencia y sería destruido.

El dilema que debe afrontar el gobierno soviético actual es el siguiente: ¿continuar en la *Nep,* o pasar al comunismo de guerra? El problema no es de hoy; sin duda quedó planteado en 1964, a raíz de la caída de Jruchtchiov, que significó el frenazo a una *Nep* que, si se aceleraba, corría el riesgo de hacerse irreversible. A partir de entonces el gobierno navega en reserva, manteniendo un equilibrio precario, que en cierto modo es una continuación de la *Nep,* como lo prueba el hecho de que la sociedad civil del país tiende a consolidarse y a organizarse espontáneamente en cuanto el gobierno

deje de darle fuerte en los nudillos. La política del gobierno se limita a una terapéutica conservadora. Por eso los observadores extranjeros, e incluso los soviéticos, califican de "reaccionario" y "conservador" al grupo dirigente actual, que limita todo su juego a la defensa; pero los observadores no toman en cuenta que esos mismos dirigentes mantienen intacta su capacidad "revolucionaria" ideológica y que pueden recurrir a ella cuando, desde su punto de vista, las circunstancias lo hagan aconsejable.

¿Fin de la Nep?

¿Acaso el gobierno dejará que las cosas sigan el camino que llevan y mantendrá la actual táctica de una *Nep* de hecho? En este punto hemos de abandonar las especulaciones teóricas y centrar nuestra atención en los acontecimientos, tal como ocurren. Y estos hechos parecen indicar que el régimen está en vísperas de un giro político importante. Si esta afirmación puede parecer demasiado concluyente, habrá que admitir, sin embargo, que existen razones que hacen pensar en la inminencia de un cambio. De continuar las cosas como ahora, podría llegar el momento en que la sociedad

civil alcanzase un grado de afirmación que la hiciese más fuerte que el partido. Esto quedaría probado cuando el partido, en vez de mantenerse intacto en el superrealismo ideológico, se viera penetrado por la fuerte corriente de la realidad, sometido a su influencia, roído desde dentro y asimilado en el entorno real. Entonces quedarían reflejadas en el partido las oposiciones nacionales y aparecería en su seno un clan ucraniano, otro ruso, varios caucasianos, etcétera... Y lo mismo podemos decir de los grupos sociales: habría la facción de los que viven en las grandes ciudades, de los campesinos, de los gerentes de empresa, de los técnicos... O bien el régimen se dejaría corromper por la economía de mercado. Y nadie piense que usamos la palabra "corrupción" en un sentido peyorativo. Porque lo peor que puede ocurrirle a lo bueno es corromperse, pero es lo mejor que puede pasarle a lo malo.

Existen muchas pruebas de que este comienzo de pudrición es algo más que un supuesto hipotético. El que los miembros de un partido gobernante, cualquiera que éste sea, procuren aprovecharse de su situación es algo consustancial con la naturaleza del hombre; pero que esto ocurra en el partido soviético demuestra cierta degradación de la superrealidad ideológica. Y el hecho es que el partido se ha ido haciendo, con el transcurso del tiempo, titular de

grandes privilegios materiales, tanto en lo que se refiere a los bienes de consumo como a la retribución del trabajo. Lo único que procuró el partido en este campo fue que sus afiliados no se inmiscuyeran en el mercado negro de bienes o de "favores" remunerables. Para eso tuvo que crear una red de economatos exclusivos bien provistos y, en cierto modo, reglamentar la institución del "sobre", con su contabilidad oficial y todo. Pero las tentaciones son muchas, tantas como el número de los codiciosos. Sajárov nos dice que hoy, incluso los funcionarios de la justicia se dejan sobornar. La presión de la oferta y la demanda se hace omnipresente, y el deseo (muy natural, pero muy poco comunista) de permanecer o incorporarse a la casta privilegiada, se refleja en algo muy semejante a una venta de destinos al mejor postor. Son muchos los testimonios denunciatorios de la venalidad que impera en el sistema educativo, que afecta especialmente a la colación de grados. Cuando algún hijo de familia comunista se muestra incapaz de ingresar en la universidad o en un instituto superior por su propio esfuerzo, resulta tentador el procedimiento del mercado negro de licenciaturas y doctorados. Pero la tendencia general hacia el cinismo, que se observa en el partido, no libra a éste de la desviación opuesta: la ingenuidad. Así, entre los hijos de familia, entre los que crecieron en un

mundo aparte, acolchado por los privilegios, abundan los contestatarios y los rebeldes. Entre ellos la intelectualidad disidente encuentra nuevos reclutas, cómplices y protectores.

¿Se puede contar con la posibilidad de un regreso al comunismo de guerra? Hay que pensar que para un sistema comunista los métodos de gobierno no matizados resultan aleatorios. que la tendencia natural es ir hasta los extremos. Esto es lo que ocurrió al final de cada fase de distensión, siempre seguida por otra de comunismo de guerra, salvo a la caída de Jruchtchiov, en 1964; el "endurecimiento" que parecía probable se quedó en unas discretas medias tintas, quizá porque así lo quisieron los nuevos dirigentes; pero más probablemente porque éstos, por impotencia, tuvieron que hacer virtud de la necesidad. El meollo de la cuestión está en la siguiente pregunta: *¿Cuenta el gobierno con los medios políticos que exigiría un franco regreso al comunismo de guerra?*

De hecho, ¿qué significaría ese regreso? Una palabra lo dice todo: *represión.* Para quebrantar la sociedad civil, para cortar los brotes que han reverdecido en los últimos veintitantos años, haría falta una depuración colosal.

Las motivaciones que lo impiden nada tienen que ver con la ética. En la URSS, el pueblo sabe por exigencia que el Estado se siente libre de tales cortapisas. Para el Estado tienen

absoluta prioridad los mandatos que impone la ideología, y ante tales mandatos la sociedad civil no existe. Una de las diferencias que distinguen la tiranía de corte clásico de un régimen ideológico estriba en que el tirano normal, que va tras de sus particulares fines, no puede desentenderse totalmente del interés general, porque la ruina de sus súbditos significa su propia ruina. El tirano clásico es un "cínico", todo lo poderoso que se quiera, pero que se sitúa en la realidad de su pueblo; esto le permite informarse y decidir con lucidez. Así, los khanes mongoles sabían cuándo era conveniente despoblar una región incorporada a su imperio para convertirla en tierra de pastos para sus caballos y cuándo era preferible concertar un pacto con sus habitantes y conformarse con un tributo. Por el contrario, en tanto no llegue el hundimiento final —si es que ha de producirse—, la superrealidad ideológica no se inquieta por el hecho de que la realidad real quede destruida; porque el exponente de la superrealidad, o sea, el partido, está convencido de no haber hecho sino transfundir las riquezas de la segunda en la primera: como en una novela de ciencia-ficción, las cosas y las personas se desintegran y aparecen luego intactas "en la cuarta dimensión". Exige cierto tiempo llegar a descubrir que la cuarta dimensión no existe y que las

personas y las cosas, en realidad, se han desvanecido en la nada.

CORTAPISAS POLÍTICAS

Las limitaciones que coartan la libertad de acción del gobierno soviético son de carácter político. Una purga de altos vuelos, hoy, se habría de realizar en dos vertientes; en la primera de ellas estaría el propio partido. En un régimen en que toda la vida política está monopolizada por la organización partidista, en cualquier cambio queda implicada la propia organización. En un régimen en que todo error político tiene el carácter simultáneo de pecado moral y de falta ontológica, cualquier cambio en el seno del partido lleva aparejada la muerte política de un sector del mismo, sin que nada se oponga a que tal sector pueda ser casi tan extenso como el propio partido. La muerte política equivale al anonadamiento ontológico; esto quiere decir que tal aniquilamiento puede ir acompañado de la muerte física. Pero esa eliminación colectiva, política o física, de los que se supone incurrieron en error, presenta también sus ventajas; por ejemplo, la de preservar la unidad monolítica del partido, reconocida como condición fundamental de su supervivencia.

Otra ventaja de una purga es la de abrir el camino del ascenso a muchos subalternos que veían sus carreras bloqueadas. Esto hace que sea la gerontocracia inmovilista el sector del partido que tenga que andar con más cuidado: la purga podría significar, como en los tiempos de Stalin, una cura de remozamiento y la sucesión generacional en un estilo que casi ha pasado a ser tradicional. Sin embargo, la purga es una operación siempre peligrosa, y que puede hacerse incontrolable. La generación que está en el candelero lo sabe por experiencia. Y hoy menos que nunca se podría confiar en que el relevo se realizara dentro de un cierto orden. Porque, en 1936, cinismo e ingenuidad se contrapesaban; hoy no es así: la ingenuidad es un artículo que cada día escasea más. Por otro lado, en 1936, Stalin acababa de romper el espinazo a la sociedad civil, y eso hizo que se pudiera dedicar en paz y tranquilidad a sus purgas. ¿Ocurre hoy lo mismo? ¿No sería acaso necesario purgar, paralelamente, al partido y a la sociedad civil? La aventura parece muy arriesgada.

Ya decíamos al principio del epígrafe que hoy una purga importante habría de realizarse en dos vertientes. Y la principal sería la que afectase a la sociedad civil. ¿Cuál sería el método más eficaz? ¿Emprenderla otra vez contra los campesinos, deportar no sólo algunos

kulaks, sino a pueblos enteros? Esto provocaría una plaga de hambre, comparable a las de 1921 y 1932. ¿Imponer un régimen de trabajo esclavo a los obreros industriales? Entonces, ¿quién cuidaría de la producción?... ¿Suprimir por la tremenda los mercados paralelos? Pero, ¿quién piensa hoy en la Unión Soviética que el llamado "mercado oficial" sea capaz de proporcionar los instrumentos de poder que necesita una gran potencia?... ¿Acaso una lucha contra los movimientos nacionalistas? Piénsese que Stalin, con todo y ser Stalin, cuando pensó en la deportación en masa de ucranianos y judíos, dio marcha atrás en el último instante.

Nadie piense que los métodos de Stalin fuesen exclusivamente la resultante de su coeficiente mental. En buena parte los hizo necesarios la naturaleza descabellada de sus proyectos, en el contexto del sistema político existente. Una operación análoga y sin que el contexto político haya variado, pero que hoy quedaría proyectada en una escala gigantesca, acarrearía un gasto en vidas humanas monstruosamente proporcional. Tengamos sólo en cuenta que el segundo comunismo de guerra costó, por lo menos, treinta millones de muertos. ¿Cuántos costaría el cuarto? Solzhenitsin supone, con muy buen sentido, que llevaría consigo el fin del pueblo ruso como entidad histórica.

Parece que hayamos querido dar adrede con algo que ya corresponde a los problemas de la política exterior soviética. ¿Tienen trazados, el gobierno y el partido, esquemas en política extranjera que se correspondan con sus planes políticos internos? ¿Cómo han pensado provocar, en el entorno internacional, unas condiciones que favorezcan sus proyectos de política interna y sus imprevisibles giros?

II

Política exterior

Entiendo por "política exterior" la acción del partido comunista soviético fuera de las fronteras de la URSS. Sus métodos operativos pueden agruparse en dos sistemas, que para simplificar la exposición denominaré sistemas "A" y "B".

El sistema "A"

Estos dos sistemas corresponden a cada una de las dos esferas tantas veces mencionadas: la superrealidad ideológica y la realidad común.

El sistema "A" se refiere a la esfera ideológica, en la que los Estados no merecen la consideración de entidades permanentes e irreducibles en el cuadro general de la política "exterior". Se puede incluso decir que el enfoque ideológico hace perder al concepto "política exterior" su consistencia, puesto que desde tal punto de vista, el esquema de relaciones queda muy simplificado: a un lado, el capitalismo mundial, y en el otro, el movimiento comunista internacional; si se admite la existencia de una política exterior es por motivos puramente tácticos, circunstanciales, históricos y provisionales. Los conceptos instrumentales del sistema "A" proceden del acervo doctrinal. Por ejemplo: las ideas de imperialismo, lucha de clases a escala internacional, internacionalismo proletario... El medio operativo fundamental, directamente integrado en el sistema, es el movimiento comunista internacional, con sus órganos especializados: *Komintern, Kominform*, "F.S.M.", etc. [14]. En conexión con éstos, y funcionando de modo más solapado, existen otros

[14] La *Komintern*, Internacional Comunista, fue disuelta por Stalin durante la guerra, en su luna de miel con las potencias occidentales, en prueba de que la URSS renunciaba a su vocación revolucionaria marxista a esfera mundial. Luego, cuando las relaciones con sus aliados comenzaron a deteriorarse, la Internacional Comunista fue reconstituida bajo el eufemismo de *Kominform*. "F.S.M.": Federación Mundial de Sindicatos. *(N. del T.)*

aparatos cuyas funciones son de infiltración en los partidos "hermanos", la subversión, información y propaganda... Sus conexiones dentro del sistema "A" son colaterales, ya que directamente dependen de la KGB o de otros servicios afines.

EL SISTEMA "B"

El sistema "B" engloba los medios que actúan en contacto directo con la realidad común, o, para hablar con más propiedad, en el frente de ataque, o frontera desplazable, que separa la esfera ideológica de la realidad auténtica. Se trata de una política exterior en el sentido corriente de la palabra, de una relación normal entre Estados. En el sistema, los conceptos instrumentales son tomados en préstamo a la diplomacia clásica. Se habla de paz, de coexistencia, de soberanía nacional, de no injerencia en los asuntos internos, de esferas de influencia, de intereses prioritarios. Los medios de que se vale el sistema "B" son los habituales en toda estrategia política internacional: la diplomacia, el ejército, los intercambios económicos...

El sistema "B" se encuentra articulado con el sistema "A" en función de la exacta medida en que la ideología está presente en el poder y

tiene bajo su férula una porción, que nunca soltará, del hecho real que constituye un Estado. En la práctica, ambos sistemas actúan indisoluble y simultáneamente. Política del partido comunista de la URSS y política de la URSS constituyen un todo sin solución de continuidad y una interacción.

INTERACCIÓN DE LOS SISTEMAS "A" Y "B"

Sería erróneo imaginar, como algunos suponen, que el sistema "A" lleve la iniciativa en los períodos ofensivos de la política exterior soviética, y el "B" durante las fases defensivas. De acuerdo con esta concepción, cabría la posibilidad de que la política exterior del partido comunista, política revolucionaria, se fuese poco a poco difuminando y dejando el campo a una política clásica de Estado, expansionista si se quiere, pero deseosa de ocupar una plaza normal en el concierto de las naciones, incluso de llegar a una situación de equilibrio con las demás potencias.

Pero, en realidad, ambos sistemas actúan siempre conjuntamente: en las fases ofensivas, la política exterior no deja de recurrir a todos los poderes estatales integrados en el sistema "B", y en las de defensiva, también son

utilizados los medios más discretos del sistema "A". El carácter peculiar de la política exterior soviética consiste precisamente en que sabe combinar la acción de los dos sistemas, de modo que mutuamente no se estorben y consigan, cada uno en su plano, el máximo de eficacia. Lenin fue rápido en comprender que el segundo sistema no podía existir sin el apoyo del primero. Así como en política interior el objetivo primordial es la conservación del poder, en política exterior la regla básica preceptúa el mantenimiento del estatuto y medios de acción del Estado. Un ejemplo muy ilustrativo, y a la vez de aplicación al extremo de esta regla, lo tenemos en la aceptación del tratado de paz de Brest-Litovsk, impuesto por los alemanes en la Primera Guerra Mundial, en contra de la opinión de Trotsky y de casi todos los miembros del buró político. Pisoteando lo que dentro del sistema "B" hubiera sido denominado "interés nacional", Lenin consintió unas horrendas mutilaciones territoriales con tal de asegurar la situación del Estado al resto del país bajo control del poder revolucionario. El Estado aparece aquí como una posición de repliegue, como una zona de asilo donde el movimiento revolucionario internacional puede refugiarse cuando se halla en dificultades. Este moviliza sus fuerzas de defensa de la ciudadela que le acoge, y en vez de su propio vocabulario (imperialismo, lu-

cha de clases, unidad proletaria), el sistema "A" recurre a la terminología del "B". En ocasiones, el sistema "A" utiliza los dos lenguajes a la vez; un ejemplo lo tenemos en la cabecera del periódico del *Kominform* allá por los años cincuenta. En esa época la política internacional soviética era ofensiva en el este europeo y defensiva en el oeste. Así, la mencionada cabecera rezaba: "Por una paz duradera (sist. B), por una democracia popular (sist. A)". Eran los tiempos del Manifiesto de Estocolmo (cuyos medios eran del sistema "A" y las palabras del "B"), de la guerra de Corea y del bloqueo de Berlín (ambas operaciones encuadradas en el sistema "B"). Por entonces se registra una inversión de los papeles: el movimiento comunista internacional tomaba a su cargo la defensa táctica, y el Estado soviético, con su potencial militar, corría con la estrategia ofensiva. Pero, incluso todo ese embrollo de sistemas, es únicamente una aproximación simplista: en realidad, y cualesquiera que sean las tácticas ofensiva y defensiva elegidas, siempre actúan al unísono los dos sistemas, recurriendo, uno y otro, a los medios de ataque o defensa, según aconsejen las circunstancias de lugar y los objetivos inmediatos que se persiguen; porque muchas veces, en política, como en la guerra, la mejor defensa es un buen ataque, y el mejor ataque, una buena defensa.

En tanto la ideología no sea repudiada por el régimen soviético, y esto ni como hipótesis teórica es admisible, la global política exterior de la URSS continuará siendo de ataque. Es por lo que no considero operantes los conceptos "ofensiva" y "defensiva" para caracterizar un ritmo de periodicidad que, en realidad, no se da en la política exterior soviética. Ambos conceptos valen únicamente en un ámbito de táctica localizada, porque la estrategia soviética de conjunto es, lo repito, fundamentalmente ofensiva. Y si, en profundidad, la ideología no tendrá reposo hasta haber absorbido totalmente la realidad que controla, en extensión se sentirá insatisfecha e insegura en tanto sus fronteras no coincidan con las del universo. Todo logro conseguido y sancionado por las normas del sistema "B" aparecerá provisional y no confirmable una vez repensado y traducido en función de las categorías del sistema "A". "Lo nuestro es nuestro y lo vuestro es negociable", ésta es la postura: lo de los soviéticos, a ellos les pertenece, de acuerdo con los cánones ideológicos; y lo de los demás, de acuerdo con dichos cánones, no pertenece a los demás y debe legítimamente revertir en los soviéticos.

LOS TRATADOS

Si esto es así, ¿para qué sirven los tratados? Desde sus comienzos, el nuevo régimen se percató de lo provechosa que para él podía resultar la situación asimétrica en que se encontraba su propia política exterior con respecto de la contraria. El adversario sólo está en condiciones de actuar y pensar según las normas del sistema "B". Ha de resultar fácil, por lo tanto, cogerle a contrapié, y mucho más teniendo en cuenta que la diplomacia con la que ha de enfrentarse utiliza el sistema "B" a su albedrío, puesto que, ontológicamente hablando, no lo toma en serio. El tratado que firmen los soviéticos nunca será visto por ellos como un convenio equitativo que dé satisfacción a las dos partes. Será, todo lo más, un acta en la que quede constancia de la proporción, en cierto momento, de las fuerzas empeñadas en un conflicto que, por su propia naturaleza, excluye los compromisos y sólo quedará resuelto con la derrota final de uno de los adversarios.

Pero el acta testimonial queda reflejada en unas *fórmulas de derecho*. Esto significa que el antagonista (no hablemos de "otra parte contratante"), cuando estampa su firma, reconoce explícitamente una situación y una realidad que

inmediatamente los soviéticos se encargarán de trasvasar a su ámbito ideológico. Al margen de las aportaciones de realidad interna y controlada que nutren al superrealismo soviético, éste queda reforzado por el regalo gratuito de una parte de aquella realidad exterior que, antes del pacto, tenía fuera de su alcance. La firma de un tratado es, para la superrealidad, una a modo de ceremonia de investidura; su reconocimiento, por parte del irreductible adversario, como algo que hasta cierto punto existe verdaderamente; y el adversario, por el contrario, queda convertido automáticamente en una de tantas categorías ideológicas. Así, cualquier pacto entre los Estados Unidos y la URSS se transforma en un convenio (más bien una instantánea que refleja la provisional situación del momento) entre el capitalismo y el socialismo. El hecho es que, a través de la noción-puente "coexistencia pacífica", los propios Estados Unidos admiten la transformación; aceptan formalmente que ellos representan el capitalismo y la URSS el socialismo. Y en los últimos años, la dicotomía socialismo-capitalismo, que sólo tiene sentido en la esfera ideológica, ha ido calando poco a poco en la opinión pública y en la prensa europeas.

Las potencias que tratan con la URSS y encierran su modo de pensar en el marco del sistema "B" creen que los acuerdos de comer-

cio, fronteras o armamento, afectan solamente al objeto material del pacto, y que las concesiones admitidas sin reciprocidad en virtud del unilateral sistema "A" no les conciernen. Se trata, según tales potencias, de manifestaciones verbales anodinas, carentes de sustancia real, encaminadas únicamente a conquistar las buenas gracias del gobierno soviético. Pero se equivocan los que así piensan, porque la ideología es un sistema verbal, basado en palabras y que de ellas se nutre. Darle palabras, ceder en el sentido de éstas, equivale a otorgar lo único que para la ideología es real. En el capítulo anterior afirmábamos que en su ámbito interno de poder, el partido no se conformaba con la mera obediencia y exigía total asenso, aprobación incondicional, consentimiento expreso. Pues bien: todo eso, que se reclama en las parodias plebiscitarias, e incluso es pedido a los acusados en un proceso, para los soviéticos es equivalente a lo que dicen las cláusulas de un tratado internacional, que no sancionan la voluntad de convenio entre dos partes, sino que legitiman lo imaginario y reconocen lo que no existe. Cualquier condescendencia verbal se torna en negación de la legitimidad de aquel que incurre en ella e inmediatamente se vuelve contra él. Cuando Giscard d'Estaing deposita una corona de flores en el mausoleo de Lenin no realiza un mero acto de cortesía. Es inútil

que Giscard d'Estaing asegure que se trata de un homenaje al fundador del Estado soviético, es decir, de un gesto que cabe situar en el marco del sistema "B". Porque en todas las reseñas de prensa soviéticas se dijo que la corona fue depositada "a los pies del fundador del movimiento comunista internacional".

"Nep" y actividades en el exterior

También es erróneo suponer, como hacen algunos, que existe una coincidencia entre las fases de comunismo de guerra y de *Nep,* y los movimientos "ofensivos" y "defensivos" en política exterior. Un breve examen histórico del próximo pasado nos muestra que ambas sucesiones rítmicas se producen con entera independencia. El vuelo del mariscal Tujachevski a Polonia tuvo lugar cuando la URSS se hallaba en pleno comunismo de guerra, y lo mismo puede decirse de cuando Stalin exageraba sus gestos de buena voluntad, primero con Hitler y luego con Truman. Por el contrario, los intentos de invasión ideológica en Alemania (1923), y pocos años después en China, coinciden con una fase *Nep.*

Los mayores éxitos de la política exterior soviética se sitúan en el largo período que se

inicia con la desaparición de Stalin, y más aún después de la defenestración de Jruchtchiov. Es un hecho tan evidente, que no bastan para desmentirlo afirmaciones tan banales como aquella de que "los occidentales ganaron la guerra fría y perdieron la *détente*". Ello plantea la cuestión de si hay que considerar, como regla general, la *Nep* como factor interno más favorable que el comunismo de guerra para una política exterior activa.

Según nuestra definición, el comunismo de guerra implica la dedicación de todas las fuerzas del partido al desmantelamiento de la sociedad civil, es decir, a una tarea de carácter interno. Para poder realizarla con tranquilidad, al partido le convendrá evitarse complicaciones en el ámbito internacional. Su política exterior, por lo tanto, al margen de que pueda permitirse algún alarde muy ofensivo y "revolucionario", tenderá, primordialmente, a mantener el *status quo*. Volveremos más adelante sobre este tema. Por otra parte, la parcial destrucción de la sociedad civil privará al partido de los medios, materiales y de entusiasmo, necesarios para realizar una política extranjera realmente activa: el ejército, mal sostenido por una economía caquéctica, por una técnica carente de iniciativas, pocas promesas de éxito puede ofrecer en cualquier aventura exterior. Y eso, sin mencionar que cualquier movimiento represivo de

alguna amplitud nunca deja de traspasar las murallas del sigilo, y al llegar al exterior la información filtrada, provoca una normal reacción de espanto. Cuando esto ocurre, incluso el movimiento comunista internacional llega a sentirse incómodo.

Por el contrario, cuando la *Nep* origina una vacación, aunque sea incompleta y temporal, en las tareas políticas internas, el partido se encuentra con un sobrante de fuerzas que puede dedicar a sus misiones en el exterior. Entre tanto, gracias a la *Nep,* el partido presenta un semblante con retoques casi liberales. En la opinión occidental, que la pobre con poco se conforma, se produce un rebrote de simpatía, sazonada por el atractivo de lo desconocido. De pronto, los comunistas se ven envueltos en un "aura" que les procura todas las ventajas. En efecto: para los partidos comunistas occidentales, declararse *unitarios* resulta mucho más cómodo cuando no se ven agobiados por el peso de las purgas de 1936 o por los acontecimientos húngaros que siguieron a la defección de Tito.

Mencionemos, finalmente, la ventaja, y no es la menos importante, que para el partido representan las nuevas energías de una sociedad civil en recuperación. Pasemos ahora a considerar el papel del ejército en ese complicado panorama.

EL EJÉRCITO

"La guerra —solía decir Lenin, citando a Clausewitz *a sensu contrario*—, es la política continuada por otros medios". Puesta en boca de Lenin, el interés de la frase no está en el sentido dado a la palabra "guerra", sino en el significado peculiar del término "política". En efecto: de acuerdo con la postura maniquea del sumo pontífice bolchevique, el fin de la política no es llevar a un reparto equitativo entre los distintos grupos sociales o a una distribución negociada del globo entre las naciones. La política es un enfrentamiento global en el que uno de los adversarios debe conseguir el triunfo absoluto y el otro resultar aniquilado. La política está destinada, pues, a la busca de soluciones maximalistas, es decir, a convertirse en una guerra. De acuerdo con esta tesis, las diferencias entre política y guerra son puramente técnicas: la guerra recurre a medios distintos a los de la política, y normalmente más costosos. Hay que prever, en cualquier caso, que la política puede convertirse en guerra, y aprestar con antelación los medios para hacerla. Dado que la política, en un régimen comunista, se proyecta enteramente a la toma y conservación del poder, tanto a escala local

como mundial, resulta evidente que la tarea prioritaria del gobierno será levantar un ejército capaz en su día de realizar con éxito la misión de asalto, y de garantizar la de conservación.

El ejército es, en definitiva, el único beneficiario de todo el sistema de producción soviético. Desde el punto de vista del gobierno, y de la esfera ideológica, ante la que únicamente se siente responsable, importa poco que la sociedad civil se encuentre en un estado de relativa prosperidad o de pobreza absoluta. En tanto que sociedad civil, no participa en el poder, y el gobierno está exento de temores en cuanto a la posibilidad de ser derribado por una representación nacional descontenta, puesto que ésta no existe. El hecho de estar situada la sociedad civil fuera de la esfera ideológica, la priva, en puridad, de existencia legítima propia: no es al campesino, por ejemplo, a quien se deben asegurar unas condiciones de vida dignas, ni siquiera a la "plantación" disfrazada de "koljós", de granja colectiva, sino al koljós utópico, imaginario; es decir: a la nada. Puesto que las inversiones y la investigación dependen de las instancias políticas, a nadie debe extrañar que nunca se las encamine al bienestar de la sociedad civil. Como es sabido, en los últimos sesenta años no se ha inventado en la URSS un solo artilugio de consumo ni un solo

medicamento. La medicina, la farmacopea, siguen a un nivel casi primitivo, y el equipo de consultorios y hospitales es digno de un país en pleno subdesarrollo. Resultaría inconcebible que un sector de la producción pudiera dedicarse a fabricar afeitadoras eléctricas o máquinas lavadoras. El ejército, en cambio, es el centro de los desvelos gubernamentales. Respecto a la producción de bienes de consumo para la sociedad civil, a lo que en último extremo llega el gobierno es a procurar para la población unas condiciones mínimas de bienestar que aseguren su participación eficaz en el esfuerzo de las industrias militares. No es que en la URSS sean desconocidas las afeitadoras eléctricas y las máquinas lavadoras; pero se trata de copias sobre modelos extranjeros. Así se simplifica la fabricación, se ahorra capacidad de inventiva y mano de obra, y el remanente puede ser dedicado a lo que importa: la industria militar.

La concentración de esfuerzos productivos para satisfacer las necesidades militares es en la URSS más intensa que en cualquier otro país del mundo. Los datos oficiales no significan nada. En cuanto a otros criterios más objetivos, algunos especialistas occidentales calculan que la Unión Soviética invierte del 10 al 20 por 100 de su producto nacional bruto en los gastos de defensa: eso equivale al doble de lo que dedi-

can los Estados Unidos a su equipo militar. Sajárov llega mucho más allá: habla del 40 por 100 de la renta nacional, cifra no alcanzada siquiera por el presupuesto militar de Israel, que se encuentra en estado de guerra permanente. Rogamos al lector que tome los anteriores datos como simples puntos de orientación, puesto que nunca se puede llegar a conclusiones ciertas en el campo de la estadística soviética. Lo que sí resulta más cierto es que, en la URSS, laboratorios científicos, talentos y plantas de investigación industrial participan masivamente en los planes de producción militar.

Es un hecho que, a partir de la revolución, el Estado soviético consiguió poner en pie un ejército competitivo. El problema de levantar unas fuerzas armadas modernas sobre la base de una economía en cierto modo primitiva fue solucionado por el recurso a la concentración de medios, a la coacción y a la mengua o estancamiento del nivel de vida. Desde Pedro el Grande, la receta tiene bien demostrada su eficacia. Pero se da otra circunstancia, de carácter excepcional, que ha permitido a la URSS alcanzar la paridad con las potencias militares rivales. En efecto: el sector militar es el único que se somete a los criterios de racionalidad que en los países no comunistas regulan el conjunto del sistema productivo. Nada importa que los productos de la industria civil sean de

una calidad muy inferior a la de los extranjeros, porque nadie se quejará de tener que vestir telas cuyo dibujo remede un embaldosado medieval, o de comer infames sopas de sobre popular. Por el contrario, el régimen no puede prescindir de aviones, tanques y cañones de calidad óptima. Los costos de producción son lo de menos, puesto que no estamos en un mercado libre, al margen de que un verdadero cálculo de costos resulta imposible en la Unión Soviética, en el sector militar o en cualquier otra rama industrial. Lo que importa es que hay que superar, de ser posible, la eficacia del armamento extranjero, y eso impone calidad e innovaciones. El sector militar de la industria es el único al que, por ese sesgo, han llegado estímulos semejantes a los que operan en un mercado libre.

Para interpretar correctamente la enorme hipertrofia de las fuerzas armadas soviéticas hay que tener en cuenta esta circunstancia. Resulta difícil, en efecto, decidir si tiene o no por causa una política elegida deliberadamente por los estados mayores con vistas a una futura acción armada. Pudiera ocurrir que tal hinchazón fuese la mera consecuencia de una especie de automatismo y de fatalidad provocados por la misma estructura del sistema de producción soviético, únicamente bien equipado y eficaz en el sector militar. En el caso de ser así, la

URSS fabricaría tanques y cañones en cantidades masivas, no porque el gobierno haya querido que se construyan, sino porque el país se muestra incapaz de producir racionalmente cualquier otra cosa.

Los dos patrones de la política soviética determinan, igual que en los demás sectores del país, la suerte del ejército. El comunismo de guerra permite llevar a su grado máximo la concentración o la especialización del sistema productivo. La creación de bienes de consumo alcanza los niveles más bajos; todo el aparato de producción queda reducido prácticamente a los arsenales. Pero si el comunismo de guerra facilita el logro de ciertos objetivos a corto plazo, a la larga es fuente de dificultades: la base de producción se contrae; el espíritu de iniciativa se siente hasta tal punto coaccionado, que llega a hacerse imposible la aparición de innovaciones, y éstas son imprescindibles en el campo militar. Se sabe que algunos de los mejores aviones utilizados en la Segunda Guerra Mundial fueron diseñados por ingenieros que vivían confinados en *sharashki*[15]. Un sistema que confía la investigación y el desarrollo a la administración penitenciaria no puede ser sano ni estable. La mano de obra, por su lado, embrutecida por la servidumbre, sólo se muestra

---

[15] *Sharashki*: Barracón de internamiento. (*N. del T.*)

capaz de rendir un trabajo de lo más tosco. En conclusión: también el ejército queda cogido en la contradicción general del comunismo de guerra, condenado a provocar, con su propio triunfo, la destrucción del sistema.

En cambio, la táctica de *Nep* es contraria, en sus comienzos, a los intereses militares: aunque a la larga los favorece, porque, a fin de cuentas, el manantial del que procede la fuerza del ejército es la sociedad civil. El armamento deja de gozar de monopolio casi absoluto en el esfuerzo industrial; a su lado surge una producción tangible de bienes de consumo. Pero el incremento general de los coeficientes de rendimiento hace que, a la postre, también la producción bélica crezca en términos absolutos. Si la población goza de unas condiciones de existencia satisfactorias, resulta más fácil movilizar el espíritu de inventiva y la aplicación en el trabajo. Tenemos la prueba en lo que ha ocurrido después de la Segunda Guerra Mundial. A la muerte de Stalin, en 1953, el ejército era casi el mismo que diez años antes había vencido a los alemanes. Sólo a fuerza de internamientos en *sharashki,* de mano de obra deportada y de espionaje científico, el dictador llegó a ver montadas algunas bombas atómicas elementales. Desde entonces, por el contrario, las fuerzas armadas soviéticas han experimentado un prodigioso desarrollo. Han puesto a

punto medios bélicos tan eficientes como los de los Estados Unidos, e incluso han tomado la delantera en la invención o perfeccionamiento de ciertos artilugios guerreros. Partiendo prácticamente de cero, los soviéticos han construido una flota que algunos expertos hoy consideran incluso más potente que la *Navy* americana. En resumen: los ejércitos rojos de tierra, mar y aire, han sacado el mejor partido de la llamada política "de distensión". Pero, ¿qué es la distensión?

La distensión

Entiendo por "distensión" la política exterior del partido comunista de la URSS que pretende aplicar a la "sociedad internacional" las normas de la *Nep* que, en el ámbito interno, ajustan las relaciones entre el poder ideológico y la sociedad civil.

Ya he señalado anteriormente que el partido no renuncia, en períodos de *Nep,* a las posibilidades ofensivas de futuro. El poder ideológico sigue pensando en el control interno de toda la sociedad civil y, en el ámbito de la política exterior, en el control de toda la sociedad internacional. En consecuencia, el partido aprovechará las condiciones favorables creadas

por la *Nep* para reforzarse, conservar su unidad, el control sobre los sectores que siguen bajo su directa disciplina, manteniendo así en reserva la posibilidad de una "media vuelta" estratégica, es decir, de regreso a las tácticas de ataque.

Antes he aludido a los nuevos medios que las condiciones de la *Nep* creaban y ponían a disposición de tal política. La "*Nep* exterior" también presenta considerables ventajas.

El partido se encuentra, dentro del marco del sistema "A", en condiciones mucho más favorables para cultivar en provecho propio los brotes ideológicos que aparecen por generación espontánea en las sociedades no comunistas. El movimiento marxista internacional puede sacar partido de los nuevos aspectos que la vida soviética presenta en las fases de *Nep*. La suavización de los métodos represivos da lugar a que la opinión internacional progresista piense que el "socialismo" también puede ofrecer un semblante humano, o que está a punto de hacerlo, ¡o que ya lo ha hecho!... Que "sólo" haya un millón y medio de presos en vez de doce millones es presentado como demostración de que "socialismo y libertad no son incompatibles". Por otro lado, la innegable mejora económica de la sociedad civil, debida precisamente a la reducción de la esfera de acción estatal, es inscrita en el haber del Estado.

Con la ayuda de una imagen publicitaria en la que se han procurado cargar la mano los rasgos más favorables, el movimiento comunista se halla en condiciones de reclamar al Estado "burgués" un suplemento de facilidades y de libertades de acción, y puede acercarse a la opinión socialdemócrata o progresista cristiana en demanda de respeto, cooperación y, si las cosas se ponen bien, de alianzas e incluso fusiones.

En el marco del sistema "B", las ventajas no son menos evidentes.

La distensión ofrece la posibilidad de firmar tratados, es decir, de lograr lo que por encima de todo necesita el régimen ideológico: un reconocimiento formal por parte de los otros regímenes. Karl Marx escribía: "Rusia ofrece el ejemplo, único en la historia, de un inmenso imperio que, después de haber llevado a cabo empresas de amplitud mundial, sigue siendo una cuestión más de fe que de hecho." Por un efecto *ex-post,* la fórmula tiene hoy mucha más vigencia que en la época de Marx. Debido a que la esencia de un régimen ideológico es puramente verbal, glotológica, la ratificación de su credo equivale a una corroboración "de hecho". La aceptación expresa del fenómeno soviético por parte de la sociedad internacional infunde a dicho fenómeno una realidad que no podrían aportarle ni el plebiscito más unáni-

me, ni los desfiles multitudinarios, ni la adhesión más entusiasta de la propia sociedad civil. En las fronteras de los Hades, Ulises nutría la sombra de su madre con sangre de los mortales y conseguía por este medio prestarle una momentánea traza de existencia corpórea. De un modo semejante, la sociedad civil soviética y la sociedad internacional se esfuerzan en "evocar" la superrealidad ideológica y en mantenerla sobre la tierra, de acuerdo con lo que aquélla les exige. Porque el "socialismo" necesita de ambas "evocadoras": alegando que cuenta con el asentimiento de su sociedad civil, exige el reconocimiento de la sociedad internacional; y luego, fortalecido por tal reconocimiento, reclama una sobretasa de asentimiento interno.

Para el poder ideológico, *Nep* y "distensión" presentan análogas ventajas prácticas: por la primera, obtiene sustento de la sociedad civil; por la segunda, de la colectividad internacional.

A decir verdad, la sociedad internacional salvó el régimen soviético en distintos momentos críticos. Basten, como botones de muestra, la misión Hoover, que en 1921 impidió la muerte por inanición de cinco a seis millones de campesinos hambrientos, y la ayuda americana durante la Segunda Guerra Mundial. Incluso en tiempos del más feroz comunismo de guerra, el de los primeros planes quinquenales, el Occi-

dente hizo en la URSS inversiones cuantiosas, le procuró ayuda técnica, ingenieros que dirigían una mano de obra deportada. Nadie ha levantado su voz en Occidente contra ese primitivo "tráfico triangular", tan semejante al que practicaban en el siglo XVIII los zares y zarinas: la trata de siervos campesinos para llevarlos atraillados a los yacimientos auríferos; luego, la venta del oro extraído en los mercados internacionales, para adquirir con su producto el trigo y demás artículos de primera necesidad que era necesario importar, debido precisamente al déficit que en la producción interior había ocasionado la trata y deportación de campesinos.

La distensión permite un perfeccionamiento en gran escala de semejante comercio. Sobre todo, cuando en ese tráfico triangular el gobierno soviético lanza sobre el mercado su producto competitivo por excelencia: el armamento. Los artilugios bélicos son vendidos a los países subdesarrollados contra entrega de divisas fuertes o de materias primas, que a su vez son cedidas a los países industriales, a cambio de tecnología y bienes de equipo. La distensión hace posible, en particular, la puesta en ejecución de un sistema que merece comentario aparte. Lo voy a denominar "sistema de Witte".

El sistema de Witte

Concebido por el gran ministro de Hacienda del zar Alejandro III, logró plenamente su objetivo, que no era otro sino que el poder económico y militar de Rusia fuese financiado por sus aliados europeos. Estos consentían en otorgar al imperio zarista enormes préstamos, que, insuflados en la economía rusa, exigían la concesión de nuevos créditos para mantenerla en marcha. Los aliados soportaban la ininterrumpida retahíla de peticiones por dos motivos: porque les interesaba la alianza rusa, y porque los prestamistas, deseosos de recuperar algún día sus fondos, y de cobrar entre tanto los réditos, eran los primeros interesados en mantener la economía rusa en estado de solvencia. El artificio que mantenía la bomba aspirante de los empréstitos rusos en satisfactorio estado de funcionamiento era su carácter "reversible", que Witte procuró muy mucho salvaguardar. Consistía en tener en vilo a los aliados ante la eventualidad de una declaración de quiebra, o de un giro a la redonda en las alianzas; es decir, la amenaza de un acuerdo con Alemania. Sin embargo, los prestamistas occidentales confiaban en que la amenaza dejase de ser temible el día en que Rusia quedara satisfactoriamente

"integrada" en el marco económico y político mundial.

Entre el sistema Witte original y su modalidad contemporánea existen diferencias: lo que hoy compran los prestamistas no es el poder militar activo de la URSS, sino una apariencia de buena conducta en el marco de lo que venimos llamando "sistema B". Por otro lado, en el antiguo sistema de Witte, la Hacienda del zar solía recurrir al mercado privado de capitales; ahora, las transacciones suelen realizarse a nivel de Estados. Los particulares occidentales que algo tienen procuran no arriesgarlo; que sean sus gobiernos los que lo hagan, y que sean garantes de la operación, no los rusos, sino los contribuyentes locales. Además, ahora los prestatarios no son aliados, sino "adversarios" en potencia de la URSS, que no disponen de los medios políticos necesarios para mantener la competencia y consideran que comprar su tranquilidad les resulta más cómodo que un enfrentamiento. El rasgo que caracteriza la generalización actual del sistema de Witte se nos aparece como la ampliación de la esfera en que es aplicable, que ahora incluye desde los aliados a los adversarios.

En *The Economist* (número del 8 de noviembre de 1975) aparece una declaración de Kissinger: "Conviene firmar muchos tratados con Rusia, incluso tratados en los que los rusos

salgan, a corto plazo, más beneficiados que los americanos, porque eso pone a los futuros gobiernos soviéticos ante el hecho de unas inversiones provechosas, y cuyas ventas se supone querrán conservar." Dicho de otra forma: Kissinger sabe que la clave del sistema está, por parte de los herederos de Witte, en la amenaza de un cambio en su política. Y al igual que los antiguos prestamistas, confía en que el *long term investment*, la inversión a largo plazo, consiga invalidar la amenaza cuando, con su ayuda, la URSS llegue a integrarse en el sistema económico y político mundial.

El argumento sería válido aplicado a un régimen semejante al viejo zarismo, cuyas diferencias con los restantes sistemas políticos de Occidente no eran fundamentales, que en el peor de los casos podía ser asimilado a una tiranía de corte clásico. Pero es de patente debilidad ante un régimen comunista.

Porque, en efecto, una regla nunca infringida en los períodos de *Nep* quiere que el poder ideológico mantenga expedita la vía de regreso a las tácticas "duras". El partido bolchevique sabe perfectamente, desde su aparición en la escena política, que para seguir siendo lo que es, no puede renunciar, frente a la sociedad civil (se trata en este caso de la sociedad civil internacional), de aquellas medidas profilácticas en las que tiene tan larga experiencia. Supo-

ner que los intercambios comerciales este-oeste pueden liberalizar la URSS en virtud de unos poderes taumatúrgicos de la economía, es desconocer tanto la historia como el partido comunista; la *Nep* exterior, en vez de propiciar una liberalización interna, es acompañada por un endurecimiento de los sistemas de vigilancia.

El Estado soviético sigue reservándose el papel de actor único en el escenario económico, sin posibilidad de que los efluvios llegados de Occidente hagan brotar en la URSS un pluralismo económico, y mucho menos político. Al margen de sus entrevistas con los hombres de la Administración, los hombres de negocios y los banqueros llegados del oeste han de reducirse a recorrer, como simples turistas, los herméticos circuitos de la *Inturist*. El monopolio centralizado de las oficinas de compras soviéticas pone a éstas en situación privilegiada frente a los que desean vender; no hay peligro de que surja nadie dispuesto a aceptar precios más altos. Resulta difícil comprender cómo, en tales condiciones, los economistas siguen hablando de "mercado soviético". Será, en todo caso, un mercado unilateral, en el que las ofertas occidentales luchan entre sí.

El antiguo sistema de Witte fue en el anterior régimen un motor eficaz para el rápido desarrollo de la sociedad civil, porque una economía

de mercado era la beneficiaria de aquella inyección de capitales. Por el contrario, el neosistema de Witte contribuye únicamente a fortalecer el Estado soviético, tanto si los bienes importados van directamente a mejorar el aparato militar, como si son destinados al mantenimiento de la sociedad civil, puesto que en tal caso, permitirán canalizar hacia el esfuerzo bélico los recursos internos ahorrados o de nueva creación. De uno u otro modo, las fuerzas armadas serán, en última instancia, las favorecidas; y eso hace que, a fin de cuentas, el resultado tangible de la *Nep* exterior sea el aumento de la capacidad de virada en la dinámica global del sistema. Los occidentales creen haber comprado la abstención de los ejércitos soviéticos al precio de aumentar su potencial bélico. No son los soviéticos, sino ellos, los que se han comprometido en un *long term investment*. Son los países de Occidente quienes han de temer la súbita pérdida de todas las ventajas de la "distensión". Si incurrieran, desde el punto de vista soviético, en la debilidad de "portarse mal", perderían sus inversiones económicas, lo cual, a fin de cuentas, no tendría demasiada importancia. Lo realmente grave sería que iban a encontrarse de nuevo en el punto de partida, en la situación conflictiva de la que creyeron escapar por medio de la distensión, pero en condiciones mucho peores. Otra vez tendrían que

regatear para conseguir una prórroga de la distensión y terminar aceptando las condiciones, más y más exigentes que, dentro de un nuevo capítulo del sistema Witte, tuviera la otra parte a bien imponerles. ¿A quién, a fin de cuentas, interesa firmar "muchos tratados"?

Un Estado distinto a los demás

El gobierno soviético no se siente atado a la sociedad internacional por ninguna obligación de derecho. A partir del momento en que aquella sociedad acepta una situación comparable a la de la sociedad civil interna, ya no tiene más que deberes. Un día u otro, en el momento elegido por los soviéticos, tendrá que entrar en la esfera del poder ideológico, tendrá que comunistizarse. Ni Lenin, cuando a comienzos de la primera *Nep* ponía los hitos de lo que luego ha sido llamado "coexistencia pacífica", ni Jruchtchiov, ni Briejniev en la *Nep* actual, han empleado nunca otro lenguaje. Cuando en política exterior los soviéticos hablan de "coexistencia", ni siquiera les pasa por la mente la idea de un orden internacional, de un concierto de naciones. De la misma forma que el poder afirma que la *Nep* es sólo una moratoria y que la comunistización de la sociedad civil

se reanudará en cuanto el partido se vea con nuevas fuerzas, tampoco se recata en declarar que la "distensión" es sólo un alto en el camino, y que hay que ir preparando la capitulación que en un momento u otro ha de llegar. Es, pues, con toda buena fe que el partido comunista de la URSS, como decía Lenin, pide a los países capitalistas que tejan la cuerda en la que serán colgados. Les exige que contribuyan a sostener y fortalecer la URSS, pero absteniéndose de toda crítica, porque el juego de las conexiones que se dan entre el sistema "A" y el "B" hace que cualquier crítica a la URSS y un ataque directo al régimen soviético sean todo uno. Según los soviéticos, cuando Occidente aceptó la distensión, fue Occidente quien suscribió un contrato, y a él le corresponde respetarlo. *Mutatis mutandis,* es una buena fe semejante a la de los khanes mongoles, quienes, si un pueblo sometido les rendía tributo una sola vez, ya se consideraban con derecho a reclamarlo indefinidamente. A fin de cuentas, y desde el enfoque de sus últimos objetivos, la política exterior soviética "no es la de un Estado como los demás".

UN ESTADO IGUAL A LOS DEMÁS

Sin embargo, contemplada desde otro punto de vista, la Unión Soviética es un Estado igual que los otros, e incluso cumplidor ejemplar de las condiciones de un contrato. Porque, en efecto, cuando el Estado soviético decide conceder a la sociedad internacional, igual que a la sociedad civil, un ámbito de autonomía delimitada por sus propios intereses, se obliga por su parte, y por lo que le conviene, a respetar tales límites. Es cuestión de coherencia política. Cuando el partido decide recurrir a la táctica *Nep* es porque considera que puede sacar de ella mayores ventajas que del comunismo de guerra; por lo tanto, pondrá sus cinco sentidos en su correcta ejecución, sin que eso quiera decir que para el partido tengan el menor significado los intereses de la otra parte, que, desde un punto de vista ontológico, constituye una entidad desdeñable. Esto hace que, dentro de las reglas de juego que el propio gobierno soviético ha señalado, se muestre puntilloso cumplidor del contrato, buen pagador y fiel a la palabra dada. Ante tanta formalidad, la sociedad civil llega a pensar que al fin la URSS entró en el orden establecido. Sólo al transcurrir el plazo, llegado el momento de los vencimientos, cuan-

do nadie lo esperaba ya, vuelven los objetivos últimos soviéticos a ocupar el primer plano. Pero nadie debe llamarse a engaño: los soviéticos nunca ocultaron lo permanente de aquellos objetivos que la propia sociedad internacional ayudó a posibilitar; si la sociedad internacional los echó en olvido, suya es la culpa.

LAS METAS DE LA DISTENSIÓN

¿Cuáles son los objetivos últimos de la política exterior soviética? A largo plazo, y por la propia naturaleza del bolchevismo, sus límites vienen fijados por la extensión del orbe. Pero aunque tan vasto horizonte permanezca invariable, las metas del partido comunista soviético no son las mismas en el marco de una política de *Nep* o de comunismo de guerra.

En la *Nep* (o distensión) los objetivos aparecen *indefinidos en extensión,* pero *limitados en intensidad.*

Indefinidos en extensión, porque, situada en el marco de una táctica *Nep,* es "toda" la sociedad internacional la que interesa al gobierno soviético. Entonces, todos los talentos y medios de que dispone son puestos al servicio de la diplomacia. Llega un momento en que el ámbito interno resulta estrecho para la dinámica

del activismo soviético, sobre todo, en períodos de *Nep,* cuando todo lo que puede hacer el activismo militante es administrar lo ya conseguido; labor bien poco interesante por cierto. Por el contrario, en el exterior se ofrecen apasionantes partidas que jugar. El neosistema de Witte y los grandes esquemas del comercio triangular incluyen a los países de más allá de las fronteras. El universo entero debe contribuir a la prosperidad del Estado soviético y a la del movimiento comunista internacional. Una política con vocación mundial no puede dejar de interesarse por ninguna zona del orbe; en todas serán aplicados en régimen de plenitud tanto el sistema "A" como el "B". Reforzar el Estado soviético y preparar el terreno para una definitiva expansión del comunismo mundial son dos tareas para las que no tiene que haber límites geográficos ni fronteras, pero que sí pueden ser *limitados en intensidad.*

El grado de intensidad viene condicionado por las propias características de la *Nep.* En política interior, la regla fundamental de la nueva política económica *(Nep)* ha sido siempre mantener viva la gallina de los huevos de oro. Esta regla también se aplica en política exterior. Preguntar si la distensión implica que la URSS ha renunciado "a exportar la revolución" es un planteamiento erróneo del problema. Ha renunciado, en efecto, pero "tem-

poralmente", porque considera que el éxito revolucionario final exige que antes transcurra un plazo determinado. En tanto el tiempo juegue en favor de la URSS y del movimiento comunista internacional, ¿para qué correr demasiado...? El vocabulario diplomático tradicional lo explicaría diciendo que la *Nep* exterior pretende asegurarse "una influencia" más bien que "un dominio directo"; aunque también es verdad que cuando circunstancias locales muy cualificadas lo aconsejan, el principio táctico general puede ser modificado. "Influencia" significa que, lo mismo que la sociedad civil en el ámbito interno, la sociedad internacional es confinada en un aparcamiento, puesta bajo vigilancia, aunque se la deje vivir, en tanto el partido refuerza su aparato de choque y se pone en condiciones de iniciar el asalto final para ponerla bajo un total control.

¿FIN DE LA DISTENSIÓN?

Así es la distensión, tal como se nos presenta desde 1954, cuando Maliénkov y su compañero Bulganin vinieron a Occidente a darnos la buena nueva.

Tal y como van las cosas para los soviéticos, hay que preguntarse por qué iban a renunciar

a una política que les está resultando tan ventajosa. Y si lo hicieran, preguntarse también qué aspecto tomaría cara al exterior el equivalente de lo que en el orden interno venimos llamando "comunismo de guerra".

En el marco de las relaciones internacionales no se busquen motivos que propicien por parte soviética un abandono de la política de distensión. La URSS ha pagado un precio bajísimo por las ayudas económicas conseguidas de un adversario al que, por otra parte, nunca dejó de amenazar con una muerte inevitable. Tan bajo ha sido el precio, que a veces bastó el mero pedir, o incluso el simple aceptar, porque las ofertas precedieron a las demandas. Si algunas gentes del mundo "capitalista" hubieran sido escuchadas, la "distensión" pudo ampliarse más, quedar convertida en una plena cooperación, e incluso elevarse a la categoría de "colaboración", en el sentido que a la palabra diera Pierre Laval en 1942[16]. Durante la revolución de 1848, el banquero Dembreuse, movido por el miedo, hizo imposibles para con-

---

16 Pierre Laval, presidente del Consejo durante la ocupación alemana, preconizó una política de estrecha "colaboración" con el régimen hitleriano. A raíz de la liberación huyó a Alemania. Después de la derrota alemana consiguió refugiarse en España. pero las autoridades españolas lo entregaron a los aliados. Juzgado en París por "alta traición" en octubre de 1945, sería condenado a muerte y ejecutado, después de un fallido intento de suicidio. *(N. del T.)*

graciarse con el nuevo poder revolucionario. De él escribiría Flaubert que "hubiera pagado por venderse". El capitalismo a veces no tiene entrañas...

Los motivos de un eventual cambio en la postura soviética serían de política interior: la distensión acentúa dentro del país la influencia desfavorable de la *Nep* en el control centralizado. Y, en verdad, su influencia indirecta se hace palpable a la larga. La distensión, que reconoce formalmente la coexistencia pacífica, que permite a las sociedades no comunistas del exterior "vivir a su aire", sirve de alimento a las esperanzas de la sociedad civil del país. Para esta sociedad nunca hubo promesas formales, nunca hubo un régimen de autonomía comparable. A todo lo más que en el orden interno llega la *Nep* es a un cierto grado de tolerancia, sin que quiera decir que las leyes represivas, puestas más o menos en suspenso, sean derogadas. Los campesinos y obreros, los intelectuales, las nacionalidades y las comunidades de creyentes ponen sus ojos esperanzados en las comarcas que, más allá de las fronteras, están fuera del dominio comunista. Todos se sienten, por instinto, solidarios de aquel "otro lado", que en sueños imaginan mucho más hermoso de lo que es en realidad. Ven en "el exterior" una utopía realizada. Y en tales sueños está el peligro para el régimen. Porque los

pueblos soviéticos, bien instruidos por la experiencia, saben de sobra que Occidente no acudirá en su ayuda, pero les basta con que Occidente exista. Inmersos en una propaganda que se empeña en convencer de que la superrealidad ideológica es un hecho tangible, oponen a la utopía imposible del comunismo esa utopía realizada del mundo exterior, en la que la sociedad civil ve un término natural a su desarrollo espontáneo. Ocurre con la realidad exterior lo mismo que con aquel "lenguaje personal" al que nos referíamos al hablar de los intelectuales: basta con su simple existencia para que la ideología quede volatilizada. Si la formación ideológica de los dirigentes impide que éstos lo acepten así, no evita que por lo menos lo barrunten, y por eso los viajes al exterior están prohibidos.

Por otra parte, la distensión puede llegar a convertirse en un obstáculo en la vía política de regreso al comunismo de guerra. Esto es más valedero para el "cinturón de seguridad" del imperio que para su núcleo. En dos de los Estados que constituyen el *glacis* europeo de la URSS, Hungría y Polonia, la *Nep* ha tomado formas extremas que van mucho más allá de lo consentido en cualquiera de las repúblicas soviéticas. De modo especial en Polonia, la sociedad civil hoy abulta tanto, que el aparato comunista pasa prácticamente inadvertido. El

régimen sólo se hace visible a través de la pobreza general, de la forzosa ineficacia, de la censura gubernativa y de la policía; muy poco escaparate para un sistema comunista. El observador llega a pensar en la posibilidad de que la *Nep* haya franqueado en Polonia el punto sin regreso, que si el comunismo polaco sigue en pie es en virtud de la ocupación soviética, y que cuando se quiera poner en marcha la reconquista ideológica del país hayan de ser necesarias dosis masivas de "ayuda fraternal" y de "internacionalismo proletario". Los polacos así lo temen; sobre todo, viendo que en Checoslovaquia fue necesario recurrir a tales medios mayores para inyectar nuevas energías al comunismo de guerra. Pese a todas las simpatías prosoviéticas de Occidente, aquello fue, según dijeron nuestros periódicos y nuestros hombres de Estado, "una desgracia para la coexistencia". El mismo tratamiento, aplicado en nuestros días a Hungría o Polonia, ¿acarrearía quizás una interrupción temporal de la cómoda distensión?

La guerra fría

Quebrantar la sociedad civil, intensificar en ella las medidas de control, meterla otra vez

por la fuerza en el campo de la utopía; he aquí una empresa que exige del partido la movilización total de sus fuerzas. Antes de enfrascarse dentro de sus fronteras en un juego político tan arriesgado, el partido tomará sus precauciones en el plano internacional. Disponemos de un antecedente próximo: el período llamado "guerra fría", que inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial coincidió con el tercer experimento de comunismo de guerra. ¿En qué consistió aquella "guerra fría"?

En la perspectiva de los treinta años transcurridos desde entonces parece que, del lado soviético, se trató de una táctica política determinada por un criterio económico de ahorro. El ejército rojo había conquistado un hatajo de naciones europeas, en las que fueron implantadas las estructuras comunistas, poniendo en juego los medios del sistema "A". La diplomacia soviética (sistema "B") tomó a su cargo el trabajo de asegurar que las operaciones de sovietización en la zona conquistada pudieran realizarse con tranquilidad y el mínimo riesgo. Más allá de la zona de ocupación, la política exterior soviética se mostraría poco activa. En realidad, no disponía de muchos medios. Puestas a buen recaudo sus inversiones políticas en Europa, asegurado el funcionamiento de los partidos comunistas italiano, francés, y de algún otro, renunció a toda intervención activa

en las zonas situadas fuera del alcance de su fusta. El Occidente, que asistía con cierto pánico, pero sin mover un dedo, a la sovietización del este, y que veía, como es de rigor en un comunismo de guerra, todos los recursos del país puestos a disposición del potencial militar, "creía" en una amenaza soviética. Y esta vez supo sacar de su flaqueza la fuerza de voluntad necesaria para poner en juego las oportunas contramedidas. Por entonces, los pocos lances exteriores de la URSS: el bloqueo de Berlín, la guerra de Corea, fueron fruto, al parecer, del capricho tiránico e irresponsable de un Stalin decadente, y no decisiones colectivas del partido, que ulteriormente desautorizó aquellas aventuras.

Los objetivos de la guerra fría

Los fines que persigue una guerra fría libre de impurezas distensivas presentarán, naturalmente, características opuestas a las que antes señalábamos en los objetivos de una distensión también químicamente pura. Serán, por lo tanto, *indefinidos en intensidad,* y *limitados en extensión.* Indefinidos en *intensidad:* las zonas exteriores que se encuentran bajo el dominio directo de los respectivos partidos comunistas

reciben un trato idéntico al que es aplicado a la sociedad civil en el seno de la Unión Soviética: tienen que ser refundidas en los moldes previstos por la ideología. Esta fue la suerte que corrieron las repúblicas populares creadas después de la guerra: se las persuadió por todos los medios de que no existía modelo político distinto del que se les proponía. La táctica de guerra fría acentúa la faceta uniformista que caracteriza el régimen logocrático. Desde Vietnam a Weimar, desde La Habana al Yemen, encontramos un solo patrón político, idéntico lenguaje, los mismos periódicos, unas formas de sociedad estereotipadas. Es un estilo mimético que desde los "países socialistas" se extiende a todo el movimiento comunista internacional. En plena guerra fría, el partido comunista francés empeña su amor propio en imitar los menores gestos del gran partido bolchevique: sus "tics", el estilo de vida de sus dirigentes, incluso unas "purgas" que remedan las de Rajk o de Slansky, salvo en el hecho de que los "culpables" franceses no desaparecían en las tinieblas de la muerte, sino que se perdían en la nebulosa de la "expulsión". Los comunistas franceses, al igual que sus colegas soviéticos, se preocupaban ante todo por la pureza del partido, por su integridad, por la precisión de sus líneas.

Por el contrario, la *extensión* de esta política queda geográficamente delimitada. Se procura, en forma deliberada, que no rebase los confines de la zona directamente controlada. Esto no quiere decir que el partido haya renunciado a su imperio mundial, sino que en la fase de guerra fría su fuerza dinámica deja de ser el motor de un sistema centrífugo y se convierte en el impulso de otro centrípeto. El maniqueísmo cambia de forma: en la distensión, socialismo y capitalismo se afrontan, o por mejor decir, se mezclan íntimamente en una pugna de dimensiones cósmicas. En la guerra fría, sí permanecen frente a frente, separados por fronteras que se convierten en fosos infranqueables, en "telones de acero". En un lado, *ellos*; en el otro, *nosotros*...; sin el menor contacto. Las zonas fuera de control son abandonadas al enemigo, porque quizás resulte más eficaz para los fines propios limitarse a presentar al adversario bajo las oprobiosas formas, inmediatamente denunciadas, de "fascismo" e "imperialismo". La guerra fría es un intento de aplicar a la sociedad internacional las reglas que fueron eficaces con la sociedad civil, planteando idéntico dilema: la enemistad absoluta, o la sumisión total. La distensión, igual que la *Nep*, se propone *sacar provecho* del adversario; aprovecharse de la sociedad internacional en el

caso de la distensión, de la sociedad civil en el caso de la *Nep*. En cambio, la guerra fría y el comunismo de guerra pretenden *transformar* aquel adversario por la violencia. Recurriendo a la terminología diplomática podríamos decir que la guerra fría tiende a una "influencia" mundial más que a un pleno "dominio" directo localizado. La guerra fría, puesta al servicio de la política *inner oriented*[17] del comunismo de guerra, propende a la estabilización, a preservar el *statu quo*.

La distensión es una diplomacia dinámica; la guerra fría, una diplomacia inmovilista. Aquel inefable "Míster *Niet*" de los mejores tiempos de la ONU es una perfecta representación humana. Pero no todo es pintoresco en la guerra fría; también puede presentar un rostro inquietante. Por ejemplo, cuando en alguna zona de predominio indeciso recurre a los medios más bolcheviquemente brutales para hacerse con el poder, importándole un ardite las posibles consecuencias. Por ejemplo, que en los días del "golpe de Praga", sus ministros en visita oficial tuvieran que interrumpir su estancia en París y Londres para evitar un conflicto diplomático. Lo importante era contabilizar las pérdidas y ganancias, llegar a una neta parti-

---

[17] *Inner oriented:* con proyección hacia lo interno. En inglés en el texto original. *(N. del T.)*

ción, a una situación estable que permitiera, desaparecidos los motivos de preocupación, volver a las absorbentes tareas de "la construcción del socialismo".

III

En historia ocurre lo mismo que en las demás ramas del saber: los hechos sólo adquieren su significado y pueden ser ponderados a través de una construcción teórica de conjunto. Al utilizar los pares "comunismo de guerra-*Nep*" y "guerra fría-distensión" hemos esbozado un cuadro en el que muchos fenómenos adquieren sentido inteligible. Para contrastar el valor de las teorías hemos examinado una serie de hechos que ya son historia, haciendo abstracción de los matices y de los casos particulares. *Nep* y distensión por un lado, comunismo de guerra y guerra fría por el otro, son modelos políticos calcados unos de los otros, parejas analógicas que ya se daban en el partido bolchevique antes de 1917, porque incluso

en la época prerrevolucionaria sus tácticas unitarias o sectarias se hallaban sometidas a un criterio de reversibilidad.

Nep y distensión, comunismo de guerra y guerra fría, presentan evidentes afinidades; sin embargo, como esquemas políticos admiten en pequeña escala una cierta desagregación; su presencia en una determinada esfera local puede a veces parecer que contradice la línea táctica dominante. Por ejemplo: en plena fase de distensión, se aprovechó una excepcional coyuntura localizada para sovietizar la isla de Cuba. El aparato ideológico creyó que valía la pena correr el riesgo de una fisura en la distensión, que en efecto se produjo. Sin embargo, el episodio cubano pareció no afectar gravemente la política de distensión, que prosiguió su normal camino y sin que para los soviéticos fuera necesario soltar la presa de la nueva república popular.

Por el contrario, después de la Segunda Guerra Mundial, y en plena guerra fría, el caso finlandés fue resuelto, al parecer por un capricho de Stalin, por unas vías de distensión excepcionalmente generosas y estables.

En cualquier caso, el esquema esbozado no puede servir de base a una predicción del futuro. Ni siquiera sirve para responder con alguna probabilidad de acierto a la pregunta de si el gobierno soviético considera la posibilidad de

empeñarse a fondo en un nuevo viraje, o si piensa seguir, como lo hace desde 1964, navegando de bolina entre guerra fría y distensión, sin tomar claro partido por uno u otro patrón; ni siquiera podemos aventurar una suposición respecto de si los soviéticos disponen de los medios que posibilitarían un tal viraje. Ocurra lo que ocurra, la validez de los modelos mantiene su vigencia, pese a que hoy las realizaciones prácticas se ajusten a los arquetipos en menor grado que en el pasado. Unicamente *post factum* se podrá saber si desde 1964 el gobierno soviético ha querido y quiere mantener la *Nep* en unos límites tolerables, intercalando por el buen parecer algún que otro ligero golpe de timón pronto rectificado hacia el comunismo de guerra, o si tiene previsto el regreso a dicha táctica como una opción efectiva.

¿Qué nos reserva el futuro...? La historia está llena de sorpresas. La ideología propone una visión histórica deshumanizada y diáfana, pero la historia lleva una carga de humanidad y de misterios. Ninguna teoría puede hacernos dueños del destino, pero sí puede contribuir a que nos reconozcamos en el presente. En el juego infinitamente complejo de la política internacional, ninguno de los actores, ni siquiera los protagonistas, llegan en su visión a englobar el conjunto —y el autor de estas líneas menos que nadie—; surgen en dicho juego muchas

cuestiones —si están bien o mal planteadas es otro asunto— que quitan el sueño a las cancillerías y a las salas de redacción. Por mi parte, si alguien quiere saber lo que pienso, no dejaré sin contestación algunas de las preguntas que se hace el hombre de la calle, porque no quiero acogerme al fuero "de los sabios expertos" Intentemos, por lo tanto, responder a unas cuantas preguntas ingenuas.

BRIEJNIEV Y LA DISTENSIÓN

¿Es o no es Briejniev partidario de la distensión? Mi sincera respuesta tiene que ser un "sí, desde luego". Porque la distensión no es una condescendencia del partido comunista de la URSS hacia sus adversarios, sino, por el contrario, una política que deliberadamente se quiere imponer a éstos. Debe añadirse que cuando el partido decide, también de forma deliberada, recurrir al opuesto modelo de política exterior, no por eso renuncia a la distensión, o por lo menos a sus beneficios. Si no puede acopiar las ventajas en toda la superficie del planeta, procurará cuidar, por lo menos, de las cosechas locales. Allá por la década de los treinta, cuando en pleno comunismo de guerra la URSS se encontró ante la amenaza

militar nazi, Stalin supo seguir su juego: manejó la carta de la distensión con las democracias y al mismo tiempo procuró sovietizar la república española. Los tratos de los dos dictadores, Hitler y Stalin, que siguieron a la firma del pacto germano-soviético, constituyen quizá la única excepción a la regla: fue una política de distensión notablemente sin mezcla, y para colmo, bilateral, en la que cada uno de los compadres procuraba sacar el máximo provecho, dejando para más tarde las evidentes y mutuas intenciones de total destrucción. Es un caso excepcional porque, tal como venimos apuntando, la *Nep* exterior es asimétrica por naturaleza. Sólo será recíproca si ambos ejercitantes pertenecen a dos Estados ideológicos. Eso hace pensar que las fórmulas normales de convivencia entre regímenes comunistas puedan ser la distensión y la guerra fría. Pero cuando es comunista una sola de las partes, la *Nep*, repito, es unilateral. Después de las evidentes señales de "endurecimiento" que se registran en el lenguaje de Briejniev, éste emprende con renovado vigor una campaña de acusaciones contra Occidente "por haber traicionado la política de distensión". Porque la ideología siempre tiene razón· El adversario "no se porta como es debido" si tasca el freno cuando en épocas de distensión se le amenaza con "las inexorables leyes de la historia".

CHINA

Algunos expertos occidentales, entre ellos Harrison Salisbury, consideran inminente una guerra entre la URSS y China. En su *Carta a los dirigentes de la Unión Soviética,* Solzhenitsin también la cree muy probable, casi inevitable. En las democracias populares tal eventualidad provoca un sordo temor y una esperanza generalizada. No conozco, por supuesto, los planes militares del ejército rojo, y sin embargo, no comparto tal opinión.

Yo no creo que China sea la gran potencia cuya presión Solzhenitsin recela. Más bien sospecho que la revolución comunista haya dado al traste con aquella ilustre civilización como antaño hiciera con el muy dinámico imperio ruso. Cuando uno contempla el progreso del Japón a partir de su aplastante derrota de 1945, la prosperidad de Taiwan, de Hong-Kong o de Singapur, se impone fantasear en lo que significaría una China que hubiera seguido el mismo camino de progreso y cuáles habrían podido ser las consecuencias de su presencia en el flanco sur de una Siberia desértica y de un Turkestán colonizado. Pero hoy esa frontera es la línea de separación entre dos Estados muy semejantes, explotadores del trabajo esclavo. Es

de suponer que las localidades soviéticas de Magadan o Kolyma no resulten demasiado atrayentes para los pensionistas de las "Escuelas 7 de Mayo", de las "Comunas del Norte" o de cualquiera de los eufemismos con que los chinos embellecen la dura realidad de sus campos de concentración. Y aunque sea cierto, como escribe Solzhenitsin, que "desde 1949 no ha transcurrido el tiempo necesario para que la población china haya perdido su amor al trabajo, actualmente muy superior al de nuestro pueblo", no se moviliza una inmensa población industriosa para encomendarle tareas absurdas sin que su moral se resienta. No se puede obligar a todo un pueblo educado, inteligente y escéptico, a que salmodie a coro los pensamientos del presidente Mao. Desde hace veinticinco años, China parece muy poco a gusto en el mundo acotado de un comunismo de guerra que no acaba de implantarse totalmente, abortado antes de producir sus efectos. No creo que en tales condiciones el pueblo chino se sienta inclinado a forjar grandes planes de agresión militar en sus fronteras del noroeste.

¿Y qué ocurre con la URSS? ¿Acaso puede suponerse que decida ir a la guerra para probar, como dice Solzhenitsin, "que la verdad esencial está en la página 533 de las obras completas de Lenin y no en la página 355"?

El motivo, que a nosotros nos parecerá ba-

ladí, no lo es tanto, desde un punto de vista ideológico, puesto que para los regímenes logocráticos podría resultar catastrófico que en un lugar de su imperio mundial quedase restaurado el pluralismo y la libertad de palabra, siquiera para discutir un punto doctrinal. A diferencia de lo que ocurriera en las revoluciones del pasado, a ninguna revolución comunista ha seguido hasta hoy una "restauración", dando a esta palabra el sentido de un abandono de los objetivos utópicos y de fin de la escisión entre la realidad "normal" y la realidad utópica. Las revoluciones inglesa y francesa conocieron una restauración, a la revolución nazi se la impusieron sus vencedores, pero en Hungría y Checoslovaquia fue ahogada en su cuna. Para los pueblos que viven sometidos "al socialismo", va aparejada la muy amarga, la desesperante lección de que para ellos la historia es irreversible, de que están condenados a esperar, por los siglos de los siglos, la imposible encarnación de la utopía. El régimen exige que el monopolio de la palabra muerta no sea puesto en discusión; lo que menos importa es que la palabra irrebatible venga en la página 533 ó en la página 355, puesto que no está llamada a ser creída, sino a suprimir la palabra viva. Hungría y Checoslovaquia, o por mejor decir, sus regímenes, sabían lo que hacían al matar el germen de la descomposición

pluralista y al marcar, bajo pena de vida o reclusión, la pauta a que debe ajustarse cualquier expresión oral. De no haber obrado así, el riesgo de contagio hubiera sido demasiado grande. Pero en la China Popular nadie pone objeciones al monopolio ideológico de la palabra. Muy al contrario: la moral milenaria, el lenguaje tradicional, las bases culturales, todo ha sido destruido en forma quizá más completa incluso que en la propia URSS. La República Popular de China, y a su zaga la rumana, puede ser un obstáculo molesto para la política internacional del régimen soviético, pero nunca una amenaza mortal. No es probable que las diferencias chino-soviéticas rebasen los límites de una discusión familiar en el seno del movimiento comunista internacional. Su solución no es urgente.

Pero el fenómeno chino presenta un rasgo diferencial: el aparato ideológico leninista aparece íntimamente ligado al ideal nacionalista. La conjugación de ambos factores da por resultado un sistema estatal celosísimo de su independencia de criterio en cuanto a la interpretación de la dogmática marxista. Esta doble faceta de la problemática china pone a los soviéticos en la tesitura de tener que recurrir simultáneamente a los medios terapéuticos de política exterior insertos en los dos sistemas, "A" y "B". Por un lado, el partido soviético

busca complicidades y apoyos en el partido chino; por otro, envía una parte considerable de su ejército a las fronteras del Kirguizhstán, Kazhajstán y zonas colindantes. Resulta evidente que la URSS intenta debilitar la República Popular de China, que le encantaría impedir que ésta llegase a disponer de una fuerza nuclear eficaz; pero aparece claro que la URSS retrocede ante la eventualidad de utilizar medios que impliquen un cierto riesgo. La prudencia y pasividad de los soviéticos pueden quizá explicarse por su convencimiento de que con China resultan inoperantes las dos consabidas tácticas: la distensión y la guerra fría. La distensión sólo es rentable cuando la sociedad exterior que la acepta es rica y se muestra dispuesta a ceder parte de sus riquezas. ¿Qué puede conseguirse por el camino de la distensión en un país que, aparte de haber conseguido levantar un ejército digno de ser tenido en cuenta, exhibe como hazaña extraordinaria el hecho de que, cuando la cosecha es buena, no falta arroz en la escudilla de sus gentes? China no dispone de excedentes de trigo, ni de reservas en oro y divisas; mal compañero, pues, para el juego de la distensión. ¿Y qué pensar de la sociedad civil china, puesta bajo la férula de un comunismo de guerra administrado por el partido soviético?... Poca cosa: los centenares de millones de chinos no son la República Demo-

crática Alemana, ni por su pasado cultural ni por su peso específico. El propio partido comunista chino se las ve y se las desea para llevar a cabo su tarea. En una palabra: de acuerdo con los dos modelos propuestos, China no resulta *explotable* ni *transformable*. A los soviéticos no les queda más recurso que ser prudentes y aguardar.

También hay que tener en cuenta, por lo que hace a la posibilidad de una guerra, que el fantasma del peligro chino es tan útil para la política interna soviética como el espectro del peligro ruso para la política interior china. La guerra puede estallar, pero sería por motivos que escapan a una mente racional. No veo cómo se podría justificar en términos estratégicos un conflicto bélico. La victoria de uno u otro de los adversarios no resolvería nada: dejaría pendiente la gran confrontación a escala cósmica entre comunismo y "capitalismo". Sería una guerra difícil para ambos contendientes, en la que probablemente uno y otro saldrían perdedores, agotados por las penalidades que habrían de soportar en unos inmensos territorios totalmente faltos de recursos. Entre todos los campos de batalla donde "la gran confrontación" pudiera tener lugar, éste sería el peor elegido.

EUROPA

Todos los motivos que pueden tener los soviéticos para olvidarse de China, son otras tantas razones para dirigir la punta de lanza de su política exterior hacia Europa. Desde un punto de vista estratégico, el dominio de Europa es decisivo. Aislada de los Estados Unidos, podría ser conquistada casi sin combatir. Algunos objetan que la URSS, que hartos problemas ha de resolver en la mitad de Europa que ya domina, tendría muchos más si llegase a controlar la otra mitad. El argumento se puede volver por pasivo: la URSS controlaría mucho más fácilmente su zona de seguridad si dejara de ser una zona de seguridad. Así como el imperio austro-húngaro pensó resolver los problemas que le planteaban sus poblaciones sud-eslavas anexionándose el bastión adversario de Serbia, la URSS podría gobernar con más facilidad el oriente europeo anexionando el occidente.

Europa es el terreno ideal para poner en práctica una política de distensión. Es rica, y en ella reina la división. En el marco del sistema "A", el mayor éxito logrado por los movimientos comunistas europeos ha sido el perpetuar las disensiones. Convertidas en un factor

inveterado, ahora son suficientes los medios del sistema "B" para mantener las disensiones en actividad. Esto es tan cierto, que incluso se levantan voces, y son voces oficiales, que declaran la inconveniencia de una unificación europea y de constituir un sistema defensivo común "porque el gobierno soviético se sentiría ofendido". Estructuras defensivas, sí; pero sin la fuerza y la eficacia que serían necesarias para resistir al "viraje hacia la dureza" el día en que éste pudiera producirse. Eso es todo lo que la *Nep* tolera a la sociedad civil, y la distensión a la sociedad internacional. Aquellos ministros franceses que se expresaron en la forma referida conocían las reglas del juego: se puede ser "no comunista", pero no "anticomunista"; se puede ser "capitalista", pero no antisoviético. El posible adversario no es tal adversario; es un buen amigo de Francia. El ejército francés no debe pensar en él como enemigo en potencia.

Europa es terreno donde la guerra fría puede también dar buenos frutos. En otro lugar yo señalaba los objetivos de la guerra fría: delimitación de las zonas, no de influencia sino de acción, *transformación* de los territorios puestos bajo directo control, y exacta contabilización de pérdidas y ganancias. La coyuntura actual pudiera ser apropiada para un nuevo reparto que situara en la esfera de comunistiza-

ción directa zonas que fueron abandonadas en 1945: después de todo, hay más comunistas sinceros en cualquier rincón de la Europa oeste que en toda la Europa oriental, si bien muchos de ellos adolecen de un acentuado desviacionismo "ingenuo". En los nuevos territorios que se adquirieran, una vez confiscados los medios de expresión, suprimido el libre comercio, fragmentadas las clases, desintegradas las corporaciones intermedias y cerradas las fronteras a cal y canto para que cada pueblo estabulado no pudiese comunicar con el vecino, "la paz" estaría asegurada para un largo período. La sovietización de los territorios del este procuró durante un decenio digna ocupación al movimiento comunista. ¡Qué prometedor campo de acción le ofrece ahora la Europa occidental! Sería un auténtico renacer del impulso creador.

Ha sorprendido incluso a los más perspicaces el hecho de que a la URSS le haya resultado tan fácil reunir en Helsinki a representantes oficiales de casi todos los Estados europeos, cuando a veces choca con grandes dificultades para conseguir que los partidos comunistas de esos mismos países acudan a sus convocatorias. ¿Cómo es posible que un sistema como el "B", cuyo ámbito de aplicación es a nivel de Estados, y por lo tanto, conflictivo por naturaleza, se haya revelado en esta ocasión mucho

más ágil y efectivo que el sistema "A", cuya línea de práctica pasa por el fraternal movimiento comunista internacional? El hecho es que hasta ahora los partidos comunistas de Europa sólo han alcanzado modestísimos puntos de coincidencia en unos órdenes del día cuyo estilo parece más propio de las aquilatadas conversaciones entre Estados que de la franca discusión entre camaradas comunistas.

En Helsinki se pidió a los Estados occidentales que dieran una vez más su asentimiento a la política de distensión, cargando el acento en la solemnidad de la declaración. Así lo hicieron los occidentales, pero tomando algunas escamadas precauciones; de modo que al final no se sabría si la palabra "distensión" era tomada en el sentido que le dan en la URSS o en su sentido normal y corriente. Por último, ambas significaciones fueron aceptadas. La URSS mantuvo alta y clara su interpretación, y Occidente dejó la suya en el vago terreno de las imprecisiones. Pero al margen de las declaraciones puramente formales, en Helsinki se llegó a conclusiones mucho más concretas e importantes. En la reunión, los soviéticos dejaron perfectamente claro que en Europa existía una línea de separación infranqueable entre las zonas "socialistas" y las que por el momento siguen llamándose "libres". Esta perentoria evocación de los límites podría ser, en cierto

modo, una forma de indicar que la distensión tocaba a su fin y que el mundo tenía que prepararse para contemplar un próximo viraje. La fórmula "lo que es nuestro es nuestro, y lo vuestro es negociable" sirve tanto para la distensión como para la guerra fría; depende del énfasis que se ponga en las palabras *nuestro* y *negociable,* del contenido que se piense dar a la expresión "lo nuestro", y de la proximidad o lejanía del momento en que esté proyectado el comienzo de "la negociación".

Los distingos eran lo bastante sutiles como para sospechar que los Estados occidentales no llegarían a captarlos. ¿Se daban cuenta, por lo menos, de lo que realmente significa "distensión"? Y en caso afirmativo, ¿no hubiera sido mejor prolongarla con un pacto más? Por lo menos, conseguir que el mañana siguiera igual que el ayer...

A los partidos comunistas europeos hay que hacerles el honor de admitir que ellos "sí" saben interpretar los indicios. Si damos por supuesto que ellos "saben" que el partido comunista de la URSS puede virar en redondo en cualquier momento, que no queda descartada la posibilidad de un regreso al comunismo de guerra, y como consecuencia, a una nueva guerra fría, se comprende que cada uno adopte posturas distintas en función de su respectivo interés particular.

Porque la finalidad última de todos los partidos comunistas de Europa es la toma del poder. No están en la misma situación que el partido de la URSS, cuyo objetivo no es la conquista de una posición de gobierno, sino su conservación. La elección entre comunismo de guerra o *Nep* es un problema que a los partidos comunistas se les plantea "luego", cuando ya empuñan las riendas del mando. Entre tanto, se trata de una cuestión que les es ajena; y en esta tesitura se encuentran los partidos comunistas de Occidente. Sus problemas, estructuralmente semejantes, están enraizados en una capa más vieja del leninismo: en aquel terreno movedizo en el que se oponían integrismos, oportunismos, *gauchismos,* liquidacionismos, etcétera... Todo, naturalmente, en un contexto actualizado.

Administrar la utopía es una cosa, y otra muy distinta preparar su advenimiento. Por eso, el ritmo peculiar de cada uno de los partidos comunistas no puede coincidir con el del partido soviético. Pero, al margen de las diferencias de táctica, en todos los partidos está la conciencia de pertenecer a un solo movimiento comunista internacional. Todos reconocen cuán preciosa es la existencia del Estado soviético y la unidad del movimiento comunista. Es por esta razón, por motivos de "coherencia política", por la que prestan obediencia al "internacionalismo

proletario". Ana Kriegel lo ha observado muy acertadamente: si los comunistas occidentales siguen la línea de Moscú no es porque Moscú los teledirija, sino porque se sienten bolcheviques. Podríamos decir que actúan de una forma "independiente en la dependencia". En todo caso, las disparidades en la cadencia de los ritmos puede ser fuente de confusionismo y de tensiones. Para evitar el confusionismo y ayudar a los "partidos hermanos" en la solución de las tensiones, el partido soviético mantiene en el seno de sus hermanos menores un aparato semiclandestino que aquéllos conocen y toleran.

Las tensiones suelen reavivarse cuando un súbito viraje político de Moscú, un cambio de táctica sin preaviso, hace que alguno de aquellos hermanos menores tenga que abandonar provisionalmente la estrategia que seguía con vistas a la conquista del poder, fin último e irrenunciable de todo partido comunista que se estime; sobre todo, si la estrategia había comenzado a rendir sus frutos.

En el caso de que la guerra fría recrudecida llevase a un nuevo reparto de Europa, a una ampliación de la zona bolchevizada y a la reducción de la parte libre ("libre" hasta cierto punto), es de suponer que alguno de los partidos comunistas sacrificados rezongara. Porque para ellos vendrían tiempos duros, como fue duro y desairado el tener que defender la URSS

a capa y espada en los tiempos del pacto germano-soviético o del bloqueo de Berlín. Todo, para tener a lo peor que terminar cantando la palinodia y las bellezas de la coexistencia capitalismo-socialismo, si un súbito cambio en los planes moscovitas volvía a poner en el candelero una política de distensión que en el campo internacional situara otra vez a los partidos en posición semejante a la de la sociedad civil en la *Nep* interna.

Esta es la situación en que se hallan los partidos comunistas en Francia e Italia; y eso, cuando contaron con el máximo de posibilidades, porque han estado al borde de alcanzar el poder por la vía normal. Como subraya Raymond Aron, es la primera vez registrada por la historia en la que el comunismo ha tenido la posibilidad de conquistar el Estado por la sociedad, y no la sociedad por el Estado, como hasta ahora fue de rigor. Pero dentro de una línea única se observan ciertas divergencias de actitud en los comunismos italiano y francés, que se pueden explicar por el análisis de las respectivas posibilidades de alcanzar el poder y las facilidades que para esto pueden uno y otro encontrar en la distensión o en la guerra fría. Por lo demás, al partido italiano le acusan algunos de haber ido demasiado lejos en una política de alianzas que casi, o sin casi, le han hecho perder su capacidad de reversión polí-

tica; le reprochan haber caído en un *oportunismo* que puede hacerle cambiar su naturaleza, que puede socialdemocratizarle. Yo no estoy en condiciones de juzgar si los que así piensan están en lo cierto. Pero me permito poner en duda lo fundado de tales sospechas, puesto que el control ideológico del partido sobre la cultura y sus medios de expresión es mucho más severo en italia que en Francia. Podríamos expresarlo de otro modo diciendo que la distensión ideológica ha sido más acentuada en Francia. Y tal como ocurre en la URSS, donde el partido se ve mejor asistido por la sociedad civil en las fases de *Nep,* cuando un partido comunista europeo afloja el control dogmático, la sociedad se siente mejor dispuesta con respecto a él. El hecho es que la erosión no ha producido efectos tangibles en el partido comunista francés. Los estrechos contactos, e incluso la mezcolanza, del partido italiano con la sociedad civil justifica la sospecha de que su integridad ideológica no haya salido en cambio tan bien librada. En todo caso, y admitido que la distensión es un valioso elemento propagandístico para los partidos europeos, hay que aceptar que la táctica contraria, la guerra fría, contribuye a que el movimiento comunista internacional conserve su propia entidad.

Ante las perspectivas de un eventual reajus-

te de las zonas, el partido portugués y el partido español han tomado posturas diametralmente opuestas. El partido de Cunhal se lanzó bravamente al asalto del poder según las normas del más puro *Kriegspiel* bolchevique; en los últimos sesenta años no se recuerda otro ejemplo de tan exacta fidelidad a los patrones subversivos de la revolución de octubre. Por el contrario, a Santiago Carrillo se le reprocha un oportunismo llevado al extremo. Bien es verdad que el dirigente español se enfrenta con un panorama político mucho más complejo. El caso español resulta muy tentador como tema de análisis. Pero como la continuación del proceso español está por ver, nos arriesgaríamos a perder el sentido de la realidad. El futuro nos dirá.

El Oriente Medio

La guerra del Kippur nos ofrece un excelente ejemplo de cómo la URSS sabe sacar provecho de las coyunturas localizadas y pasar a la ofensiva allá donde se tercia, incluso en el marco de la más plácida distensión generalizada. Asegurarse de un golpe la alianza de los pueblos árabes, bajarle los humos a Israel, debili-

tar el flanco sur de los occidentales, poder chantajear con el petróleo... Eran demasiadas ventajas para no caer en la tentación. La quiebra de los grandes proyectos sionistas daría por los suelos con las esperanzas de la comunidad hebrea soviética y contagiaría el desánimo a las demás disidencias nacionalistas. Valía la pena el envío de armas e instructores a los árabes, aun a riesgo de provocar un conflicto general; era un riesgo calculado. Por otra parte, no se trataba de asegurar un triunfo árabe; bastaba con evitar que la victoria israelí fuese aplastante, dado que para la URSS la presencia de Israel es imprescindible: sin ella no sería posible su alianza con los árabes. En caso de un resultado indeciso, pensaban los soviéticos, Israel se encontraría en posición desfavorable para negociar. Entonces surgiría la URSS como mediadora y haría valer su espíritu de *moderación*; se embolsaría bonitamente los beneficios políticos de la operación, sin poner en grave peligro la política de distensión con la gran potencia protectora de Israel, puesto que permitiría la supervivencia de un Israel disminuido. Seguiría la distensión, y con una URSS en postura incluso más ventajosa que antes. Pero la guerra del Kippur no acabó como se esperaba por culpa de las proezas militares israelíes y de la vigorosa reacción americana.

Transcurridos dos años desde aquel crítico

Kippur[18], en el panorama del Oriente Medio han aparecido elementos nuevos que parecen propiciar la idea de una nueva distribución de la zona, semejante a la que apuntábamos para Europa. También hay allí un territorio en equilibrio inestable: el Líbano. Por eso el reconocimiento formal de Israel pierde interés para la URSS, puesto que era bueno en un esquema general de distensión, pero encaja mal en la táctica de guerra fría: podría significar un obstáculo para la neta distinción entre "amigos" y "enemigos", para la clara definición de las zonas "nuestras" y "suyas".

Se puede sospechar que la moción presentada en la ONU por los países árabes en la que se habla de *racismo* era de inspiración soviética. "Racismo" es una palabra que no pertenece al vocabulario árabe; es un tópico propio del nazismo y del antinazismo. Pero hasta que surgió el absurdo ideológico nazi y su antinomia, el término se refería a razas "que existen realmente", era utilizado de un modo totalmente distinto, opuesto incluso a los dislates seudobiológicos del "racismo" ideológico. Su aplicación al sionismo, doctrina enraizada en el concepto de *pueblo* y que repudia de plano el de *raza,* sitúa el "racismo" en la panoplia de las supercherías esenciales, al mismo nivel que

[18] Alain Besançon escribía este libro al final de 1975 *(N. del T.)*

los "fascismos", "imperialismos" y demás tópicos que pueden ser endosados a todos y a todo, según el momento y el interés del poder ideológico. En esta imprecisión de los conceptos y en su uso indiscriminado estribaba precisamente la gran ventaja dialéctica del bolchevismo respecto a la ideología nazi [19].

En relación con Israel, uno de los empeños soviéticos consistiría en obtener, mientras quedase un adarme de "distensión", carta de naturaleza para dicho vocabulario. Por lo que hace a la esfera interior, el cambio de táctica ofrecería la ventaja de colocar a los candidatos judíos a la emigración bajo la jurisdicción penal soviética, que tiene previstas severas penas para los delitos de racismo y de... ¡antisemitismo!

Aquí podría dar por conclusa mi breve ojeada por el horizonte de la actualidad internacional. Pero antes quiero detenerme con brevedad en un último aspecto de la política exterior del partido comunista de la URSS.

---

[19] Ventaja muy relativa, porque los nazis, siguiendo la misma pauta, llamaron a De Gaulle, Churchill y Roosevelt, incluso a la reina Guillermina de Holanda y al Papa Pío XI, "judeomasones" y "comunistas", o cuando menos, "cripto-comunistas". *(N. del T.)*

LA GUERRA Y LA PAZ

Resulta evidente que el incremento desmesurado del potencial de un ejército, en este caso las fuerzas armadas soviéticas, significa para el mundo en peligro de guerra. En 1939, Alemania desencadenó la guerra, sin pensar que ésta se convertiría en un conflicto mundial, cuando aún no había concluido sus preparativos bélicos y en una situación estratégica realmente precaria. Desde todos los puntos de vista, el ejército rojo se encuentra en una posición mucho más favorable. Si algún día llegase a superar la paridad de fuerzas en que hasta hoy se ha encontrado frente a su adversario principal, y se convenciera, con causa o sin ella, de que podía resultarle ventajoso aplicar los procedimientos bélicos "a la misma política" —según la interpretación de Lenin a la frase de Clausewitz— sin correr el riesgo de un mutuo aniquilamiento, la tentación podría llegar a ser muy fuerte.

Todo es posible en este mundo. Sin embargo, hay que recalcar que en el campo ideológico el recurso a la guerra, más que un concepto, es el límite extremo de un concepto; tanto es así, que la lexicología soviética no incluye tal expresión. La idea de distensión sí ocupa un

lugar en el acervo conceptual soviético, e incluso con una muy precisa definición: distensión equivale a *relajación de tensiones;* en cambio, falta el concepto de "guerra fría". Si yo empleo este término, de origen occidental, es porque me resulta cómodo cuando he de referirme a uno de los dos modelos de la política exterior soviética. Con esto incurro por una vez en pecado de infidelidad a la terminología del partido comunista de la URSS, que para todo lo demás he procurado utilizar en este libro. Si se consultan los textos soviéticos relativos al período conocido históricamente por "guerra fría" (1945-1953) se observa que nunca se dice que la URSS esté empeñada en una guerra, ni fría ni caliente ni templada, sino en "*la defensa de la paz*". De acuerdo con la jerga de la utopía, la política exterior soviética de las últimas décadas ha pendulado entre "la defensa de la paz" y "la relajación de las tensiones".

Si observamos el panorama político a través del cristal ideológico, las denominaciones quedan perfectamente justificadas: al igual que un país como Francia desconoce la verdadera libertad porque en él los comunistas no gobiernan, en el mundo no reina la paz porque el comunismo tiene que compartir con el adversario el dominio universal, e incluso en las zonas sometidas directamente a su benéfico control ha de combatir a un enemigo intangible y

omnipresente que se llama "imperialismo". Por eso, "construcción del socialismo" y "defensa de la paz" son entidades inseparables. En el cinturón militar que rodea la Europa oriental en vías de sovietización, los soldados de la URSS son "los guardianes de la paz". Pero "la paz" puede también ser defendida de un modo activo, incluso por medio de la ofensiva: cuando las tropas del pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia, realizaban un acto de solidaridad proletaria y al mismo tiempo defendían la paz. No son palabras nuestras, sino de Husak. En la distensión, cuando la construcción del socialismo es dejada para más tarde, o por lo menos frenada, se hace posible llegar a una "relajación de las tensiones". Pero al reanudarse la construcción en un clima "endurecido" o, como escriben los periodistas occidentales, "se observa un incremento en la rigidez", entonces la paz tiene que ser defendida.

El fenómeno puede ser descrito en términos ajenos a la esfera ideológica. A Raymond Aron le gusta citar una frase de Klausewitz: "No hace la guerra quien invade un territorio al frente de su ejército, porque si los invadidos ceden a la violencia, esta violencia no se convierte en guerra." De acuerdo con tal doctrina, los culpables de la guerra serían los que se defienden. Por lo tanto, la URSS no atacó a Checoslovaquia, puesto que el invadido no se defendió.

Nadie impide, por lo tanto, que la Europa occidental llegue a comprender que el ejército soviético vela por su propio bien. El aparato bélico de la URSS no quiere actuar por la violencia, sino persuadir con bondad. Desea limitar su función a la de pedagogo; pero las leyes de la historia tienen sus exigencias, y el ejército soviético tiene que resignarse a veces, mal que le pese, a su papel ingrato de *ultima ratio* de la ideología. Pero la decisión fatal nunca podrá ser reprochada al gobierno soviético, indisolublemente comprometido en una política de paz; la responsabilidad será nuestra. Si algún día el ejército rojo llegase a penetrar en Europa occidental, los dirigentes de la URSS se escandalizarían si alguien dijera que aquello era un acto de guerra. Y para colmo, muchos entre nosotros creerían en las apariencias con que los agresores cubrieran su acción disfrazándola de medida protectora o de liberación; e incluso los recibirían con flores.

IV

Pienso que quizá conviniera desentornar ahora el otro postigo de la ventana, refiriéndome a los Estados Unidos y a sus aliados o, como suele decirse, con escasa propiedad, "al Occidente". Pero entraríamos en otro tema, y que no viene a cuento en este *Breve tratado*; es un tema bastante más complejo, porque la política occidental presenta muchas más facetas que la soviética, con sus dos únicos patrones operativos. El área occidental es un mundo concreto, frondoso, complejo, tan variado como la propia naturaleza. No habiendo surgido de una teoría, se presta mal a la teorética. El mundo soviético se hace difícil de comprender por motivos diametralmente opuestos: por su ca-

rácter abstracto, por su simplicidad esquemática.

El enigma

Vamos a concretar el tema, dejando a un lado cuestiones tales como la política de Occidente y su tan traída y llevada "crisis". Nos limitaremos a la política exterior de los países occidentales, y dentro de ésta, estrictamente a sus relaciones con el gobierno soviético. La cuestión es: ¿de dónde procede la dificultad intelectual que impide a la mayoría comprender el sentido auténtico de la política exterior soviética? Porque nada hay en ella de oculto. En mi razonamiento expositivo, por ejemplo, todos los elementos que utilizo proceden de Lenin, cuyas obras edita en todos los idiomas y distribuye a precios de regalo el gobierno, respecto de cuyas intenciones la humanidad entera lleva sesenta años planteándose interrogantes: ¿cuál puede ser el propósito final de los soviéticos? La respuesta es obvia, puesto que ellos mismos lo declaran. ¿Por qué nuestros alambicados expertos se empeñan en descubrir el secreto archiescondido del pensamiento, o de algo que haga sus veces, de unos diplomáticos cuya característica no es precisamente la cautela vene-

ciana ni la sutileza florentina? Grómyko, que lleva veinticinco años administrando a partes iguales la guerra fría y la distensión, tiene muy poco de un Talleyrand. ¿Por qué los agentes de nuestra diplomacia insisten tantas veces en sospechar fingimiento y engaño en unos rostros estólidos y en unos modales que no tolerarían a un abrecoches?

Concordancia de los objetivos

El *quid* de la cuestión estriba quizás en la portentosa coincidencia de que, a partir de la capitulación alemana, la política soviética y la occidental han ido tras de objetivos idénticos.

Durante la guerra fría (nos referimos al período de "guerra fría" por antonomasia), toda la política de John Foster Dulles cabía en una sola palabra: *containment,* contención· Porque el comunismo de guerra no aceptó de buen grado el reparto impuesto por las circunstancias y una sovietización delimitada por la línea del río Elba. Si al otro lado los dirigentes soviéticos hubieran encontrado el vacío, la implantación del comunismo se habría extendido indefinidamente. Sólo la presencia americana detuvo la progresión e hizo que, en vez de seguir ganando en superficie, el sistema calara en

profundidad en los territorios ocupados o "liberados". Puestas así las cosas, no se concibe que para la URSS pudiera haber mejor política que el establecimiento de un cordón defensivo en torno de "la salvaguarda de la paz". Con esto, las barreras de separación entre ambas zonas, la sometida y la de momento abandonada, se hacían más y más impenetrables, cosa que se ajustaba perfectamente a los fines de la política soviética.

En cuanto a la táctica soviética de distensión, la respuesta de Occidente presenta, si cabe, un grado de simetría aún más acentuado. En *la defensa de la paz* soviética y en el *containment* americano se pueden encontrar acentuados rasgos de semejanza: la *relajación de tensiones* se impuso, de entrada, como un objetivo común. La misma palabra, una misma expresión, pasaron a ser la consigna que compartían dos potencias que, sin embargo, se armaban hasta los dientes una contra otra. Parecía que Occidente se prestase voluntariamente al juego del adversario sin pensar en hacerse retribuir su participación pasiva en "la defensa de la paz" o activa en "la relajación de las tensiones", como si hubiera hecho suyos los objetivos y la causa del competidor. Occidente se arma para no tener que sufrir las consecuencias finales de la política exterior soviética, pero nunca ha pensado seriamente en poner sobre

el tapete la cuestión principal. Un *roll back* soviético, un retroceso, no ha sido previsto, ni aun como eventualidad lejana, y tampoco la posibilidad de negarse a participar en el juego de la distensión, de encerrar a la URSS en su *ghetto* y de evitar cualquier intento de salida.

La política exterior de las potencias orientales presenta, en mi opinión, un solo rasgo permanente y común: "quieren" que la URSS entre en el concierto de las potencias. Los occidentales tratan a la URSS como si fuera un Estado como los demás, con la esperanza puesta en que llegue a comportarse normalmente, en que se convierta en aquello que ellos quisieran que fuera. Su acción política presenta, en suma, un aspecto pedagógico. En períodos de *defensa de la paz,* defienden esa paz señalando netamente los límites que no se pueden rebasar, so pena de provocar la guerra. Durante la fase de *distensión,* se ajustan escrupulosamente al código de buenas maneras que debe ordenar las relaciones de unos Estados dispuestos a coexistir, con el fin de que su díscolo compañero de juego aprenda poco a poco a respetarlo. Se trata de establecer una terminología común en la que "paz" y "guerra" tengan el mismo significado para unos y otros.

Exportar la revolución

Las potencias occidentales disponen de un patrón de medida para calibrar las intenciones de la política exterior soviética: el grado de sinceridad de su desistimiento a "exportar la revolución". El día en que el sistema "A" sea definitivamente desmantelado, en que la política soviética recurra con exclusividad a los medios insertos en el sistema "B", ese día la URSS se habrá ganado el respeto de la sociedad internacional.

Pero los resultados del *test* son negativos. Apenas disuelto el *Komintern,* el *Kominform* tomaba el relevo. Suprimido éste, sus funciones son asumidas por una "Comisión del Comité Central encargada de las relaciones con los partidos hermanos". Cuando el gobierno francés insistía sobre el principio de la independencia nacional y se congratulaba de que los puntos de vista del gobierno soviético coincidieran con los propios, pasaba por alto el hecho de que, para ser aceptado, el secretario general del partido francés con mayor número de electores, el comunista, tiene que recibir el visto bueno de la "Comisión del Comité Central encargada, etcétera", ante la cual, a la vista del mundo

entero, ese secretario general tiene que rendir cuentas varias veces al año.

Desistir de la exportación revolucionaria se dice muy fácilmente; pero el gobierno soviético no puede permitírselo, ni aunque quisiera podría, porque renunciar a la subversión mundial significaría abdicar de la ideología, y por lo tanto, del poder. Tanto si se cree en la ideología, y éste es el caso de un gran sector del movimiento comunista occidental europeo, como si ha quedado reducida a pura palabrería, y así ha ocurrido en el imperio soviético, la utopía mantiene su contenido formal, y éste mira hacia lo universal. Los proyectos que agruparon en torno de Lenin a los primeros comunistas no eran cosa de poca monta. Pretendían nada menos que crear un nuevo cielo y una nueva tierra, remodelar el universo social y el universo natural, fecundar el viejo mundo y hacerle alumbrar un mundo nuevo. La visión utópica del universo futuro no está condicionada por cotas ni límites fijados de antemano. Se trata de una imagen que irradia desde un foco central. En el eje de todas las cosas se encuentra la *sapiencia* absoluta que, paso a paso, va iluminando y reorganizando en torno suyo el inmenso campo del conocimiento, incluso en los sectores más especializados; así ocurre, por ejemplo, en la lingüística de Marr o en la genética de Lysenko. Es una ambición, una visión

divina, de la que recibe su legitimación el sistema comunista; de ella, y nada más que de ella. Si el poder comunista renunciase a su carácter de universalidad, automáticamente quedaría desautorizado para gobernar en el más insignificante cantón; se encuentra encadenado a la alternativa del "todo o nada", que le condena a no ser nada si deja de escuchar la llamada del todo. Los partidos comunistas "hermanos" se muestran coherentes consigo mismos cuando proclaman su solidaridad con la Unión Soviética. Y la afirmación recíproca no es menos verdadera.

Del dicho al hecho

Pero hay que buscar en otra parte la clave del enigma. La paradoja, el paralogismo desconcertante, viene de que la presencia en el poder no basta para que la utopía se realice. Entre "lo que debiera ser la URSS" según la utopía y "lo que es" en realidad, existe un desfase que sesenta años de esfuerzos no han logrado reducir. Si fuese una doctrina moral, sería tolerable que los deseos y la realidad anduvieran separados; el comunismo tendría entonces el carácter de un ideal, inasequible en su perfección, pero al que los hombres podrían intentar acer-

carse. "Sed santos como yo soy santo", dice el Eterno a los hombres, aun sabiendo que éstos nunca serán santos en la tierra. Pero en el caso del comunismo, la teoría quiere basarse en una seguridad científica: lo supernatural "tenía" que surgir de lo natural, la realidad había de dar nacimiento a la superrealidad. Pero el hecho es que la superrealidad no nació, y jamás ha dado la mínima señal de querer nacer. La vieja sociedad imperial fue sometida, aporreada como la masa en un obrador de panadería, fundida, y colocada en el molde de la ideología; pero no se consigue que la materia macerada tome las formas de la matriz. Entre la URSS de los testimonios cándidamente objetivos y la URSS de la que hablan los periódicos y revistas oficiales, el país del que nos cuentan los turistas debidamente "instruidos y acompañados", existe un espacio vacío, siempre el mismo desde los días de la revolución, que nada puede reducir o colmar. La ideología nos aparece como el espectro en busca de un cuerpo donde alojarse, como un ensayo fracasado de encarnación. Atreviéndome a emplear un término ideológico, diré que el *socialismo* en su versión soviética se inserta en el pensamiento *docetista*[20]: la decantada "construcción del socialis-

---

[20] El docetismo es una herejía que niega la realidad carnal del cuerpo de Cristo y designa el error de los que se niegan a

mo" se reduce a la construcción de algo ficticio.

El pensamiento eslavo se encuentra especialmente dotado para desempeñar un papel en el juego de las ficciones. "Rusia engaña y miente —decía Michelet en sus *Leyendas democráticas del Norte*—. Es una fantasmagoría, un espejismo, es el imperio de la ilusión... Es un *crescendo* de falacias, de simulaciones, de quimeras."

Con la autoridad que da la experiencia, un siglo después, en 1938, Boris Suvarin escribía: "La URSS es el país de la mentira, de la mentira en absoluto, de la mentira integral. Stalin y sus súbditos mienten siempre, a cada momento y en todas las circunstancias; tanto, que a fuerza de mentir llegan a no darse cuenta de que mienten. Porque donde todos mienten, es como si nadie mintiera. Donde todo es mentira, nada es mentira. Pero la URSS es una mentira desde la base al pináculo. Las iniciales «U», «R», «S» y «S» representan cuatro palabras que son otras tantas mentiras. En cada artículo de la Constitución se pueden subrayar varias mentiras. Según la ley fundamental, Stalin no existe: mentira. Si creemos lo que dicen los documentos oficiales, el Politburó jamás existió: otra mentira. El partido está formado por la *élite* de la población: mentira. Los derechos del pueblo,

admitir que Jesucristo es hombre verdadero, con cuerpo de carne como el nuestro. *(N. del T.)*

la democracia, las libertades: mentira, mentira y mentira. Y mentiras los planes quinquenales, las estadísticas, los resultados, los logros (...). Las asambleas y los congresos: puro teatro, escenografía. La dictadura del proletariado: una inmensa impostura. La espontaneidad de las masas: preparación meticulosa. La derecha y la izquierda: dos mentiras. Stajánov, un embustero, y el stajanovismo, un embuste[21]. La «vida más alegre»: una farsa lúgubre. El «hombre nuevo»: un primate antropomorfo[22]. La cultura: una desculturización. El jefe genial: un tirano estúpido. El socialismo: una rematada falsedad..." Yo suscribiría palabra por palabra todo el párrafo, pero con una salvedad: esa mentira de la que habla Suvarin no es una *verdadera* mentira. Intentaré dar una explicación a este contrasentido.

Desde el testimonio de Suvarin han transcurrido cuarenta años. En este tiempo muchos millones de rusos han nacido, han envejecido y han muerto. Los campos han verdeado en primavera y cambiado de aspecto en las otras estaciones. Ciudades inmensas y plantas fabriles

---

21 Stajánov, Alieksiey Griegórovich. Minero de la cuenca carbonífera del Donietz, "Héroe del Trabajo" que ha dado su nombre a un método de producción racionalizada que es llevado a la práctica por grupos de choque voluntarios. *(N. del T.)*

22 La teoría del "hombre nuevo" fue propuesta por Lenin para resolver la contradicción que planteaba el bajo rendimiento de los trabajadores. *(N. del T.)*

colosales fueron levantadas y luego en sus muros aparecieron los estigmas del tiempo. Todo nació, creció, y después tomó el camino de la caducidad. Una sola cosa parece haber escapado del ciclo vital: el socialismo. Antes de la revolución, ocupaba la mente de Lenin en un estado gaseoso de teoría. El 7 de noviembre de 1917, Lenin ocupó el poder, pero el socialismo siguió en el mismo estado. Luego, el poder comunista se reafirmó: evolucionó la realidad, pero el socialismo conservó su pureza, la incorruptibilidad del "no ser". En un mundo cambiante, ¿qué caminos se abrían ante un poder como el soviético, condicionado por el imperativo de que los cambios demostrasen la científica certitud de la teoría?

Una de las vías que tomó fue la de actuar "como si". A medida que la realidad iba derivando lejos del "socialismo", la palabra y los escritos oficiales resolvieron la paradoja describiendo aquella realidad como "un socialismo en construcción". Cuando la escisión entre realidad y superrealidad llega a ser decisiva, el arte de la palabra oficial consistirá en hacer que la realidad dialéctica siga el trazo, en lo posible, de la realidad auténtica, se pegue a ella, la envuelva como una funda de malla. Sin embargo, nunca se producirá el milagro de la *adaequatio rei et intellectus,* de la identificación de la palabra con la cosa. En cuanto a la existencia de la

escisión, hay que negarla en redondo, conseguir que la gente niegue la realidad "que es" y confirme la superrealidad "que no es"; y hacer que exprese su conformidad mediante plebiscitos unánimes, ovaciones y amplias sonrisas de satisfacción. Para conseguirlo, el terror es un medio eficacísimo, imprescindible. "Es la única realidad —sigue escribiendo Suvarin—: el terror, que destruye los espíritus y envenena las conciencias. La mentira es el primer corolario del terror." Creo que en la frase hay que invertir los términos: lo único verdadero es la palabra mendaz, destructora del espíritu y veneno de las conciencias. El terror es la primera consecuencia de la mentira. Solzhenitsin no dirige sus ataques más violentos al terror; su objetivo predilecto es la mentira.

El segundo camino abierto al régimen comunista es intentar, ahora y siempre, la encarnación imposible de la utopía. Esta vía es la que da sentido a los dos patrones de acción política descritos en este *Breve tratado...*: el comunismo de guerra, por el que se pretende transformar o destruir lo que se resiste a la acción del partido, y la *Nep,* que apunta hacia el refuerzo de aquél, es decir, a perfeccionar y consolidar el molde en el que la realidad ha de ser vaciada una y otra vez.

Esas dos tácticas exigen del partido una habilidad, un sentido del oportunismo y una hon-

dura política excepcionales. Pero el principio que las informa es elemental. En puridad, las dos tácticas se limitan a una serie de primeros pasos iniciales, preparatorios, que se han perpetuado a lo largo de sesenta años de vanos esfuerzos, siempre seguidos por el fracaso. Ha sido una era de ímprobos y sangrientos trabajos, nadie puede negarlo; pero del *socialismo* no se ha colocado siquiera la primera piedra. El fracaso del burdo esquema: comunismo de guerra o *Nep,* sin otra salida, es lo que da un orden y un sentido a tanta confusión de acontecimientos y hechos. Una y otra vez hay que recurrir alternativamente a las dos tácticas, pasar de la una a la otra, y vuelta a empezar. Porque ambas líneas tácticas van acompañadas indefectiblemente del desengaño, y no hay otras a las que recurrir. Es un esquema cansino, inexorable.

Espero que mis explicaciones hayan aclarado hasta cierto punto el enigma, aunque en mi opinión no hay tal enigma. ¿Por qué nos empeñamos en no ver lo que está claro como el día? ¿Por qué no tomamos en serio los manuales soviéticos en los que todo viene explicado? ¿Es acaso necesario, para comprender un sistema tan sencillo y patente, poseer una profunda experiencia física de la realidad soviética, haber vivido largos años en el país, o haber sido comunista? ¿O acaso los capaces de comprender

son únicamente aquellos que hayan calado en el ámbito metafísico de la nada? No es que yo lo descarte totalmente, pero creo que existen causas poco alambicadas que explican la general ofuscación. Volvamos a la sociedad internacional, a las relaciones entre Occidente y la URSS. Demos un rápido vistazo a dos posibles factores, muy corrientes pero muy efectivos, que propician la incomprensión ante el fenómeno soviético.

La ignorancia y el miedo

En primer lugar, la ignorancia. La URSS se envuelve en el secreto. Con la excusa de proteger la distensión, los soviéticos someten a control severo todas las fuentes de información que les afectan; los corresponsales de prensa en Moscú, las redacciones de los periódicos en las capitales europeas, la radio y la televisión. En nombre de la distensión, finalidad común del este y del oeste, resulta fácil conseguir que los medios de comunicación se muestren discretos. En segundo lugar, el miedo, la cobardía; uno y otra, muy excusables, porque nadie sabe lo que puede ocurrir. Pero, por encima de la ignorancia y del miedo, el fenómeno intelectualmente más interesante es el de los errores

de apreciación en que incurren muchas veces aquellos que sinceramente "quisieran saber" y que se esfuerzan por conseguirlo.

Los que desean ponerse en condiciones de criticar objetivamente no dejan de percibir confusamente tales errores. "La influencia preponderante que Rusia ha ganado por sorpresa (...) tiene asustados a los pueblos de Occidente, que se han sometido a ella como a un destino ineludible, y sólo han ofrecido una resistencia ocasional. Pero, al lado de la fascinación, se contempla el renacer de un escepticismo que la sigue como a su sombra, que mezcla unas gotas de ironía en los clamores de los pueblos agonizantes, que se burla del poderío ruso, que es una realidad, como si se tratase de las actitudes con que un histrión pretende burlar y sorprender al público. Algunos imperios levantaron en sus albores dudas muy parecidas; pero Rusia ha llegado al estado de coloso sin haberlas disipado." Este párrafo es de Karl Marx; conviene mucho más a la Rusia soviética que al imperio de Nicolás I.

La falsa simetría

Voy a proponer otra hipótesis: el desconocimiento del mundo soviético está causado en

gran parte por nuestra propensión, voluntaria y natural, a establecer entre aquel mundo y el nuestro una relación de simetría. El espíritu humano está hecho para vivir en un orbe homogéneo; la comunicación con nuestros semejantes presupone que todos compartimos una misma realidad. En su deseo de incluir a la URSS en la comunidad de las naciones, la sociedad internacional hace lo mismo que el movimiento comunista: actúa "como si...". Al negociar con el Estado soviético, cuyas palabras niegan que haya ningún desdoblamiento en la realidad, cada vez que la sociedad internacional firma un tratado, una declaración de principios, tiene que aceptar la verdad de aquellas palabras, de buena gana o a contrapelo. La propensión a establecer analogías hace que, no ya el hombre corriente, sino incluso los expertos, apliquen a lo que es fenómeno histórico absolutamente nuevo y singular una escala universal de categorías.

En otro lugar he señalado que el concepto de *economía* es inaplicable al sistema de producción soviético. Incluso la existencia de una *sociedad soviética* debe ser puesta en cuarentena, si es que la idea de *sociedad* ha de ser entendida como un conjunto de individuos cuyas relaciones y mutua prestación de servicios recíprocos cristalizó en determinadas instituciones. En la URSS, las "instituciones" son una ficción

decorativa y no hay reciprocidad entre la sociedad civil y el partido-Estado; y no puede haberlas, a no ser que el Estado-partido dejara de ser ideólogo. Tampoco puede hablarse de un *régimen* soviético sin caer inmediatamente en la cuenta de que tal "régimen" no entra en las categorías de Aristóteles o de Montesquieu, de que no responde a las condiciones de un buen gobierno —aunque a sí mismo se las atribuya todas—, y ni tan siquiera a las de un gobierno malo; porque el "régimen" ni siquiera es una tiranía o un despotismo corriente. Ahora bien: si las nociones primarias y los conceptos básicos necesitan de una revisión a fondo para poder ser aplicados al mundo soviético, ¿qué no ocurrirá con los frágiles edificios conceptuales construidos sobre ellos? Llevados por el afán de paralelismo, algunos llegan a imaginar una "convergencia" este-oeste, se refieren al "complejo militar-industrial" soviético enfrentado al homónimo americano. El ansia de simetría es responsable de la imagen vacía de contenido, pero tan extendida, de "los dos imperios", el soviético y el americano. Los "paralelistas" meten en el mismo cesto los métodos represivos de Chile y de la URSS, ponen a tal dictador mediterráneo junto al dictador del Kremlin. Pero en el Kremlin no hay dictador, hay algo distinto. Del lado occidental, la diplomacia de distensión alude a la necesaria coexistencia de economías,

sociedades y regímenes *diferentes,* dando así patente oficial de existencia a unas instituciones en cuya construcción el gobierno soviético lleva sesenta años de vanas tentativas: economía, sociedad y régimen. El poder soviético, que con razón se considera a sí mismo el más fuerte de la tierra, se las ve, se las desea, y tiene que recurrir a métodos expeditivos para que sus súbditos reconozcan que aquellas instituciones existen; de la sociedad internacional lo ha conseguido mediante una simple negociación.

Para los adversarios de la URSS, el juego presenta ciertos inconvenientes; su lógica de la simetría, el pensar que "todos somos iguales", hace que fijen su atención en el sistema de acción interestatal (sistema "B") de la política exterior soviética y pasen por alto la presencia del otro sistema, el "A", la acción ideológica. Considera que tal acción es, en el peor de los casos. una supervivencia de otros tiempos o un convencionalismo irrelevante. El resultado de tales enfoques es una visión del panorama político totalmente deformada. Otro inconveniente que deriva de dar un trato de igualdad a la ficción superrealista es que la realidad auténtica queda abandonada a su desgraciada suerte. Las poblaciones gran-rusas, ucranianas, georgianas, armenias y demás han aguantado lo que han tenido que aguantar, y seguirán soportándolo sin recibir tan siquiera uno de aquellos gestos de

simpatía, una de aquellas palabras de piedad que en otras circunstancias históricas levantaron la moral de otros pueblos oprimidos: Irlanda, Grecia, Polonia... Los oprimidos de ahora nunca olvidarán este abandono. En el terreno religioso, esto habrá que pagarlo muy caro. Es la sangre de muchos mártires que clama, de unos mártires cuyos nombres no constan en ningún santoral. Por pereza de espíritu, muchos pastores de las Iglesias ven en la sociedad comunista una especie de mundo bárbaro que podrán convertir, como antaño fueron bautizados Clodoveo y Vladimiro [23]. Pero los bárbaros empuñaban armas refulgentes, cabalgaban hermosos corceles, tenían una bella prestancia; en una palabra: *existían.* En cambio, ¿qué decir del "socialismo"? ¿Quién puede confiar en aportar un suplemento de espíritu a lo que no tiene cuerpo? Digamos, utilizando un lenguaje teológico, que para los pastores "abiertos al diálogo", el mundo comunista se halla en estado de naturaleza —en un estado de naturaleza, por otra parte, de rasgos muy favorables— al que sólo falta la gracia. Pero, desgraciadamente, su déficit no es de gracia; es de naturaleza.

Este reconocimiento convencional otorgado

---

23 Vladimiro I, príncipe de Kiev. Se convirtió al cristianismo por influencia de los bizantinos. Cristianizó al pueblo ruso, casi siempre por la fuerza. La Iglesia ortodoxa lo ha elevado a los altares. ***(N. del T.)***

por la sociedad internacional a la superrealidad, que convierte a ésta en algo real, podría ser denominado "sistema *espiritual* de Witte". Al igual de lo que ocurría en su homólogo económico, en el sistema Witte "espiritual", la sociedad internacional se ve arrastrada por la inercia del juego y compelida indefinidamente a elevar la tasa de sus aportaciones. ¿Estará la sociedad internacional, llegado el momento, en condiciones de oponer argumentos morales a ese socialismo cuya existencia ha reconocido y que además partiría favorito en la competición, dado que aquel reconocimiento lleva implícito, por parte de quien lo otorgó, la aceptación del sambenito de "capitalismo" que desde el lado socialista se le ha colgado?

¿Cómo llevar la negociación?

Y sin embargo, es necesario negociar. Pero, ¿cómo?

Volvamos a Michelet: "Rusia es la mentira, por naturaleza y en su modo de obrar. Por lo tanto, su política exterior, su arma contra Europa tiene que ser necesariamente la mentira".

Pues bien; puesto que se trata de negociaciones, convendrá evitar los errores de apreciación a que puede conducir el cómodo método de las

generalizaciones demasiado fáciles. Michelet, Marx, incluso Custine, pueden inducirnos a error con respecto a la Rusia soviética por lo mismo que sus clamores contra la Rusia zarista están impregnados de sinceridad. El engaño soviético es mucho más capcioso que la mentira rusa tradicional, porque en realidad no es tal mentira. Es una mentira falsificada, una mentira mentirosa, una seudo-mentira.

Mentira verdadera y falsa mentira

La mentira es un aserto a sabiendas, contrario a la verdad, cuya intención es el engaño. Era un arte en el que el imperio de los zares había pasado sus pruebas de maestría. Mentía Catalina II cuando afirmaba que el campesino ruso gozaba en el fondo de más libertad que los campesinos alemanes o franceses. Pero ella sabía dónde estaba la verdad. Posiblemente, todos los gobiernos mentían y mienten; los del régimen zarista se distinguieron de los demás gobiernos sólo en que supieron hacerlo con más habilidad y provecho. Pero en cuanto a lo que es verdadero, la opinión de los gobiernos rusos no difería de la de sus adversarios. Estos, que sabían lo que es mentir porque también recurrían a esa saludable práctica cuando les con-

venía, no se llamaban a engaño. Cuando, so pretexto de proteger los Santos Lugares, el ejército ruso avanzaba sobre Constantinopla, todos sabían que era Constantinopla lo que importaba; y la Corte de Saint-James, con uno u otro pretexto, también ficticio, se apresta a cerrar el paso a los rusos. Era un juego de duplicidades en el que nadie engañaba a nadie, porque la verdad era una sola para todos. No es éste el caso de Briejniev y de sus interlocutores. Briejniev no cree mentir cuando, siguiendo los pasos de Lenin, declara que el ciudadano soviético es el más libre del mundo, porque sus palabras se refieren a un ciudadano situado en la superrealidad utópica, donde las palabras reciben un sentido nuevo y muy peculiar: para esa superrealidad ideológica, el ciudadano suizo vive en plena servidumbre.

Lo contrario de la mentira es la verdad, y para referirse a una y otra se emplean palabras distintas. En el ámbito de la realidad corriente, *esclavitud* es lo contrario de *libertad*; dos palabras opuestas. Si unos interlocutores se ponen de acuerdo en el uso de una misma palabra, pero la refieren a dos realidades diferentes, entonces aquella palabra definirá conceptos contrarios. De este modo, la libertad, en su sentido soviético, es para nosotros *lo contrario* de libertad; la distensión, lo contrario de distensión, y la defensa de la paz, lo contrario de

defensa de la paz. A tenor de un convencionalismo muy extendido, lo que distingue la política soviética es su doble lenguaje. Pero no es así: el lenguaje es único, pero se aplica a dos realidades distintas. Este es el esquema: una palabra y dos realidades.

Comunista perfecto es el que, a la manera de Lenin, tiene una sola palabra, usa un solo lenguaje y vive enteramente dentro de la superrealidad y para ella. Si el comunista miente, salvo que fuese al enemigo (lo cual es un deber), deja de ser un buen comunista. Si cree que el lenguaje que emplea tiene un curso legal en la realidad "real", entonces es un ingenuo. Si en el círculo de sus amistades o en su fuero interno emplea un lenguaje distinto al oficial, es un cínico. El buen comunista tiene que ser perfectamente sincero en sus convicciones.

Por lo general, una negociación se desarrolla en dos planos: el de los hechos y el de los principios. Por razones que no es necesario justificar, resulta evidente que, en el plano material, es preciso negociar con el gobierno soviético, y hay que poner en ello todo el empeño. Habrá que obstinarse en el regateo, buscar fórmulas de entendimiento en lo que se refiere a fronteras, materias primas, armamento, intercambios comerciales... En tal tipo de negociaciones, siempre provisionales, por supuesto, ambas partes se encuentran en un terreno común. disponen de

idéntico arsenal de mentiras, artimañas y maquiavelismo para el logro de sus fines; y es bueno que así sea.

En el plano de los principios, en cambio, la negociación puede tomar malos derroteros. Y esto es más peligroso porque la experiencia nos muestra que las declaraciones de principios suelen encubrir un fracaso en la discusión de cuestiones prácticas. Cuando no hay entendimiento en lo que se refiere a cohetes intercontinentales u otro tema semejante, las conferencias suelen terminar en un comunicado donde las altas partes se declaran entusiastas de la paz. Si el Vietnam, Angola o Portugal son motivos de desacuerdo, se sale momentáneamente del atolladero declarando intangibles la no-injerencia y el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Ahora bien: las declaraciones de principios producen efectos tóxicos en la negociación y ponen, además, a los interlocutores occidentales en una situación contradictoria. Porque los americanos también ponen cabezas termonucleares en sus cohetes teledirigidos e intervienen en el Vietnam. Cuando es la URSS quien realiza prácticas semejantes, "defiende la paz" y "lucha contra el imperialismo". De este modo, la ideología superrealista invade los campos de la realidad auténtica y hace perder a ésta el norte de su brújula.

He aquí la regla que, a mi entender, debiera

servir de gobierno en cualquier trato con los soviéticos: negociar únicamente con la realidad; nunca con la superrealidad. Es una norma rigurosa, lo reconozco. Resulta más fácil "dialogar" con los soviéticos, es decir, inquirir humildemente cuáles son sus intenciones (ellos responderán que son "la paz, la justicia y la libertad"), que intentar, sin gloria ni recompensa moral, el logro de acuerdos precarios, claudicantes, siempre sometidos a revisión.

Discutir con el gobierno soviético cuando miente y negarse a ello cuando se muestra sincero exigiría de los occidentales un esfuerzo ascético constante. Frente al extraño maniqueísmo que deriva de admitir la existencia de "otra realidad", no hay otra conducta eficaz que mantenerse con firmeza en el campo "de la realidad única". La fantasmagoría de los espejismos y alucinaciones exige mantener muy clara la propia capacidad de discernimiento. Esta es la virtud y debe ser la norma práctica. A los gobernantes occidentales compete decidir el cuándo y de qué manera.

INDICE

Págs.

Este libro, publicado por Ediciones Rialp, S. A., Preciados, 34, Madrid, se terminó de imprimir en Tordesillas, Org. Gráfica, Sierra de Monchique, 25, Madrid, el día 10 de noviembre de 1977.